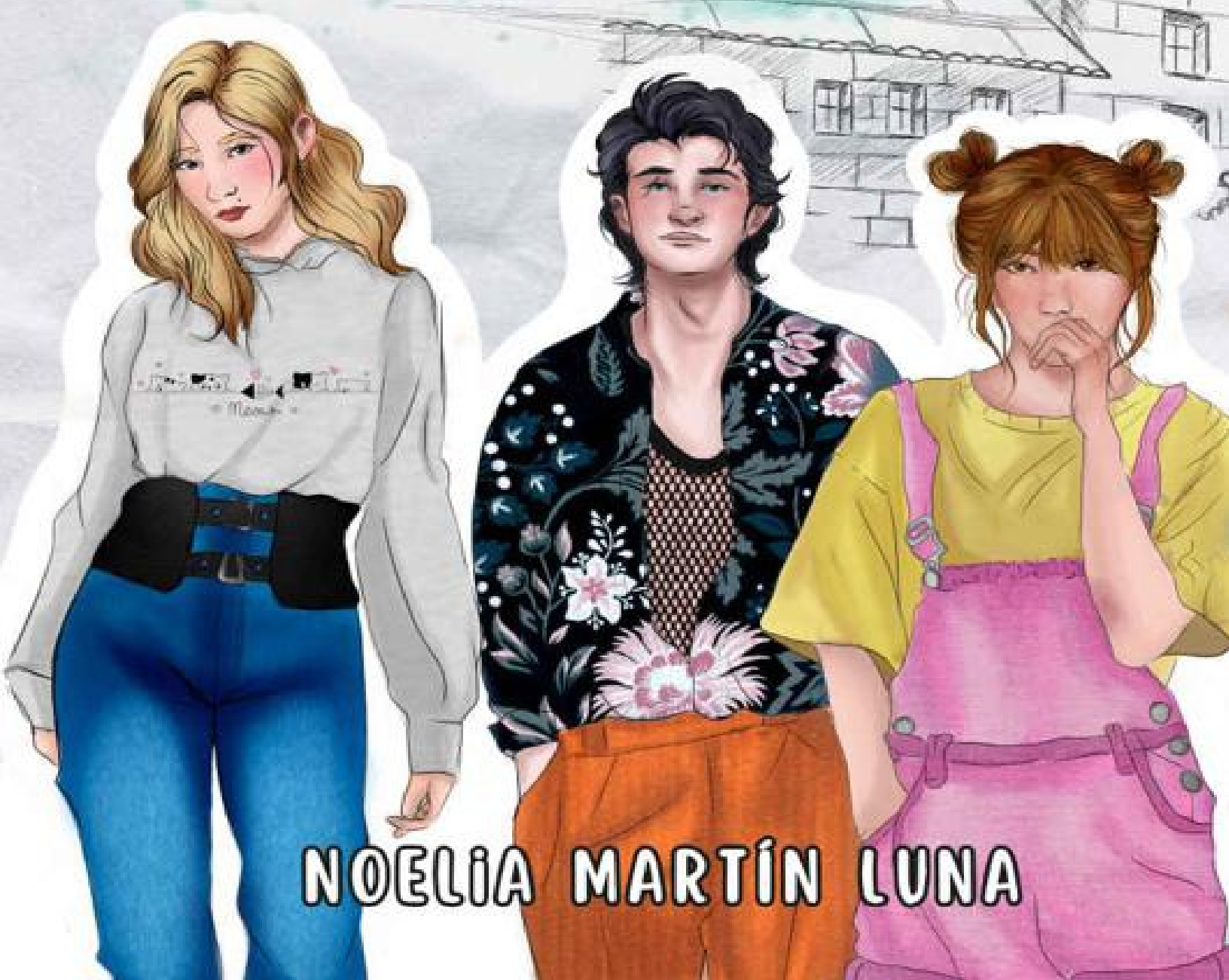


Somos efímeros



NOELIA MARTÍN LUNA

SOMOS EFÍMEROS

NOELIA MARTÍN LUNA

CONTENIDO SENSIBLE

Atención: esta información puede contener datos relevantes de la trama.

Homofobia, ansiedad, salud mental, lenguaje malsonante

Primera edición: marzo de 2024

Somos efímeros

© de la obra: Noelia Martín Luna

© de la corrección: Helena Serrano

© de la cubierta e ilustraciones interiores: Mónica Martín Luna (@m.moonrain)

© de la maquetación: Rebeca Cid Vela (@RebecaCid__)

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su traducción ni su adaptación ni su difusión por cualquier medio o formato sin autorización previa de los titulares de copyright.

Para ti, que estás leyendo esto.

*Para Rebe, por estar siempre ahí y por ayudarme
a que los efimeros vean la luz. Y para Raquel,
por darme el empujoncito que me faltaba.*

Para Carly, por encabezar el club de fans de Ivarlos.



LA GLORIOSA ABRE SUS PUERTAS

11 de septiembre, 2020

«Maldita nueva nuevísima normalidad».

Por su culpa, Elena y Julia estaban perdiendo el tiempo ahí, rodeadas de imbéciles hasta el culo de alcohol y de lo que hubieran pillado con tan poco margen.

«Malditos cayetanos».

Nadie le impedía cagarse en esos niñatos que no merecían el aire que respiraban. ¿Estaba ese tío en pelotas en el borde del puente? ¿Y ese otro se acababa de derramar la botella encima? Era imposible que unos meses de confinamiento trastocaran a la gente hasta el punto de poner su vida en riesgo por un puñado de *likes*.

No le entraba en la cabeza.

—¡CARPE DIEM! —gritó alguien, pasándole por delante con una señal de tráfico en sus partes.

A su lado, Julia dio un paso atrás.

Era *su* culpa, ¿a quién intentaba engañar? Elena había convencido a su hermana para que fueran a la verbena del pueblo. «¡Es nuestro último año, hemos sobrevivido al confinamiento con un padre muy pesado y una madre tocanarices!». Eso sí, habían tenido un jardincito en el que refugiarse y a Canijo, un gato gordo con el pelaje más suave del mundo, que no paraba de hacer travesuras, para hacer la experiencia más llevadera. Julia, que no las había tenido todas consigo, agotada del viaje en coche y de poner el armario en orden, cedió cuando Elena puso cara de cachorrito abandonado.

Alguien la agarró del brazo, sacándola de sus pensamientos y Elena se tensó en respuesta, y se giró preparada para sacarle los ojos a quien hubiera tenido la genial idea de molestarlas. Su padre decía a menudo que tenía un pico de oro y la mecha demasiado corta. De hecho, podía soltar una retahíla de improperios que haría temblar al camionero medio, sobre todo si invadían su espacio sin permiso.

Era su hermana, con la nariz arrugada, mirando con horror hacia el puente (que no era un puente al uso, porque el río estaba más seco que su paciencia, que luego dijeran que el cambio climático era un invento) y al tipo que gritaba despavorido «¡Sin manos, con un pie!» como si le fuera la vida en ello. Que así era. Solo Dios sabía por qué no había tenido un accidente aún o cómo había sobrevivido tantos meses encerrado. La consola le había frito las neuronas.

O la falta de vitamina D.

—Lena, esto es una locura. ¿Y si pedimos un taxi?

Elena negó con la cabeza, restándole importancia. Estaban junto al botellón, al lado del río. Era normal que hubiera tanto jaleo. Habían ido ahí en busca de un cacharro, que era lo que necesitaba después de meses encerrada y otros tanto adaptándose a la no-normalidad. Por las historias de Instagram, sabía que varios de sus compañeros estaban por la zona con más alcohol del que podrían consumir en una noche, dudaba que pusieran muchas *pegas* a compartir algún cacharro con ellas y si no, estarían lo bastante borrachos como para no fijarse si habían puesto dinero.

Julia no parecía muy cómoda con la idea.

—Pillamos algo y nos vamos, prometido.

—No sé yo...

Deberían volver a los puestos, conseguir un peluche nuevo (tirar el dinero en saco roto y cabrearse justo después) o comprar algodón de azúcar.

Julia jugueteaba con el cable rosa de sus auriculares.

—Anda, vamos a por algo de picar. —Con cuidado de no tocar su piel, Elena rodeó su muñeca y le dio un pequeño tirón en dirección a los puestos, después sonrió. Era fácil estar con Julia, con sus grandes ojos marrones, que brillaban con luz propia y esa sonrisa que le regalaba solo a ella —. ¿Una manzana de caramelo o algodón de azúcar?

Si bien parecía un macrobotellón (en esencia, lo era), se trataba de la feria del pueblo. Se celebraba todos los años por las mismas fechas para dar inicio al nuevo curso en la Gloriosa. El ayuntamiento estuvo a punto de cancelarlo, pese a que no se había detectado ningún caso en las últimas semanas y los testes PCR estaban a la orden del día, pero al final cedieron a la presión social y a la campaña de firmas que un iluminado había iniciado unos días atrás.

Nadie tenía claro qué vino antes, si el pueblo o el internado. La Gloriosa se inauguró durante la dictadura, unos años antes de la transición. Desde entonces, con numerosos cambios y lavados de imagen, se había convertido en un referente educativo a nivel nacional: una escuela de prestigio con más alumnos graduados con expedientes de matrícula en todo el país. El pueblo vivía del internado, casi todas las tiendas y negocios que abrían sus puertas lo hacían teniendo presente que su público objetivo era el cuerpo estudiantil y el profesorado.

Aun así, el transporte público dejaba mucho que desear.

El curso comenzaba el lunes. Después de medio año encerrados en sus casas, agobiados con el telecole y con la vida, volvían a sus rutinas. O volvían para encerrarse medio año en otro sitio. Eso sí, no tendrían que ver los carretos de sus padres y vivir pegados a una pantalla, cruzando los dedos para que el wifi no diera problemas en medio de un examen.

Menos daba una piedra.

Julia pagó seis euros por dos algodones de azúcar. Elena necesitaba algo más fuerte que eso, cualquier cosa. Incluso el vodka del Mercadona. Entrecerró los ojos y se alzó por encima de sus

sandalias para ver si reconocía a alguno de sus compañeros. Ahí, tirado junto a unas columnas, estaba Martín, el baboso de segundo.

—¿No se graduó el año pasado?

A Elena le importaba bien poco. Tenía alcohol.

Ese fue su error. O el segundo. El primero, no quedarse en la sala común del internado haciendo un maratón de pelis malas con comida basura, con Canijo aplastándole las piernas y con su hermana, como esta le había sugerido después de desempacar. Qué cabezota había sido.

Primero, la feria.

Después, el vodka o lo que fuera ese líquido del demonio.

Ninguna estaba acostumbrada a beber. Julia le dio un sorbo al cacharro, tosió, porque estaba fuertísimo y negó con la cabeza, con el gesto torcido, antes de devolvérselo.

Elena se encogió de hombros.

—Más para mí.

—Pero ¿qué te pasa?

—Nada —respondió con los labios sobre el vaso.

Julia hizo una mueca.

Sus neuronas se fueron a paseo al tercer idiota en pelotas que le pasó por delante y cuando el alcohol dejó de agarrársele en la garganta. Se deshizo de la cazadora porque el calor era insoportable y se quedó con una camiseta de media manga. Si había algo que le encantaba, más que fotografiar cada tontería que le llamaba la atención, eran las camisetas con imágenes estampadas. Esa tarde llevaba una gris con la cara asustada de *Agallas, el perro cobarde* y la espalda al aire.

Elena tropezó con sus propios pies, Julia la sostuvo a duras penas.

Y la Muerte vino a saludar.

O el alcohol era más malo de lo que Elena había supuesto o el tiempo que llevaba sin probarlo le había pasado factura. Oteó a su alrededor con la nariz arrugada. Todo se emborronaba con cada paso que daba, y adquiriría un matiz digno de una peli de Tim Burton. Se zafó del agarre de su hermana como si este quemara y avanzó a trompicones entre la multitud. Se apartó el pelo —rubio, ondulado, un desastre que un día cortaría de raíz— de un manotón y empujó a la gente para pasar.

—¡Lena, más despacio!

Julia no pudo seguirle el ritmo. Los auriculares le fallaron y todo se intensificó; las personas, sus carcajadas despreocupadas, la montaña rusa de emociones que la rodeaban hasta asfixiarla, la superaron. Se llevó las manos a los oídos, cerró los ojos con fuerza.

Si algo las caracterizaba, más allá de ser dos clichés (la rubia y la morena), era que tenían poderes. Desde luego no eran los típicos de los cómics de superhéroes, no manipulaban la luz

para hacerse invisibles ni el espacio para teletransportarse. Eran más bien los que alguien escogería en una partida de rol para hacerse el interesante o para marcar la diferencia. Mientras una leía y sentía las emociones, con todos los quebraderos de cabeza que conllevaba, la otra absorbía la energía vital y dependiendo de su estado de ánimo, podía provocar una migraña o algo peor.

Elena tropezó con sus propios pies y el mundo empezó a girar, girar y girar.

La Muerte saludó con su peor cara, con una borrachera de tres pares de narices y con una copa medio vacía entre las manos.

—Será mejor que...

Julia no tuvo tiempo de terminar la frase, porque al tocar el brazo desnudo de Elena, no solo sintió un *puñetazo* de emociones y sentimientos sin orden, sino también *algo* —oscuro, denso y podrido— que la agarró con fuerza hasta dejarla exhausta.

Y fue solo un roce.

El golpe fue tal que la pobre se tambaleó y si no se dio de bruces con el suelo, estropeando así su nueva falda, fue porque estaban rodeadas. Eso era un problema gordo. Cualquiera que rozara a Elena, que se acercara lo suficiente, podría caer inconsciente, sobre todo si la cantidad de alcohol en sangre superaba lo mínimo.

Se puso en pie con cierta dificultad.

—Tía, mira por dónde vas.

—¡Elena! ¿¡Quieres parar!?

Se puso de puntillas. Pudo ver la cabeza rubia de su hermana a unos metros de distancia, aunque no alcanzarla, no sin tocar a gente con una cantidad desorbitada de emociones que la dejarían exhausta. Se mordió el labio con fuerza.

Estaba sola. Estaban solas.

Julia perdió el control. Sintió, sintió y sintió. Se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos hasta ver lucecitas. Necesitaba concentrarse. Necesitaba *no* sentir. Estaba asustada y preocupada. Esos sentimientos eran suyos. No los nervios por la primera vez de alguien, ni las ganas de potar (el ramalazo de asco) que otra persona estaba experimentando.

En cuanto encontró un hueco, se armó de valor y salió corriendo. Se puso los auriculares, subió el volumen y maldijo en voz baja. El móvil no los reconocía, eso le pasaba por comprarlos en cualquier sitio.

—Ahora no —se lamentó, después buscó el número de su hermana.

No podía estar tan borracha, ¿verdad?

Al final, la localizó. Detrás del puesto de churros, potando hasta su primera papilla. Julia quiso estrujarla entre sus brazos, incluso oliendo a bilis y a alcohol, pero paró en seco, no al ver que su hermana había manchado sus vaqueros nuevos, sino por las venas negras decorando, *casi*

devorando, sus brazos, quitándole la vida, alimentándose de ella y de todo aquello que estuviera a su alcance.

Julia ahogó una exclamación.

Por un momento, no tenían diecisiete años, sino diez y gritaba, gritaba y gritaba y su hermana no la escuchaba y la Muerte la devoraba una y otra y otra y otra vez.

—Lena —la llamó despacio, manteniendo las distancias y con el corazón en la garganta. «Es mi hermana, es mi hermana, es mi hermana» se repetía como un disco rayado. Elena no se movía, con las manos sobre las rodillas y la respiración entrecortada—. Tus brazos...

No solo sus brazos, también su rostro. Estaban por todas partes. «No sus ojos, por favor, no quiero perderla». Por suerte, sus ojos seguían siendo esa extraña mezcla de colores, donde el gris gobernaba sin ley. Julia dio un paso vacilante en su dirección. Sin embargo, un día, aunque le doliera en el alma, la oscuridad, la Muerte en sí misma, ganaría la batalla.

Esa noche, no.

Era su hermana. Aunque Elena era la mayor por unos minutos, Julia actuaba como la adulta, la responsable y la que protegería su secreto y el de su hermana con uñas y dientes, por eso mantuvo el control. Daba igual que las manos le temblaran, que estuviera bañada en sudor y se sintiera desfallecer, no podía caer con su hermana así.

No lo haría. Habían hecho una promesa.

—Jul. —Su voz sonaba hueca, artificial. Era ella y la Muerte. Eran lo mismo y no lo eran. Julia se aferró a sus lágrimas y a su miedo, *a su humanidad*. Eso era real—. Estaba bien, te lo juro, todo lo bien que se está borracha y de repente...

A Elena se le trabaron las palabras, se atragantó con ellas.

—Tranquila, podemos con esto, ¿vale? —Julia se arrodilló a su lado, cuidándose de no pisar el vómito y manteniendo una distancia de seguridad, por si tuviera que apartarse o defenderse o lo que fuera—. Tú respira conmigo. Nadie te ha visto. Nadie nos ve. Estamos a salvo.

Julia quería llamar a sus padres.

Julia quería hacer muchas cosas, pero no rompería el contacto visual, porque, aunque sus iris seguían siendo grises y no había visto ni rastro de vetas negras en el blanco de los ojos; temía que, si parpadeaba, si apartaba la mirada, la perdería.

Fingió, por el bien de las dos, que Elena no pendía de un hilo.

Ese fue su error.

Alguien, con una barrita de KitKat en la boca y vestido como si se hubiera escapado del reparto de *Grease*, con chaqueta de cuero y botas militares, dio a parar con las hermanas Salgado. Y como él diría más tarde, en la seguridad de su cuarto y con una sonrisa enorme, mientras se desmaquillaba: «no estoy solo, joder».

La barrita se le cayó al suelo cuando levantó la mirada del teléfono. Fue Elena quien reparó

primero en su presencia, con los ojos grises y no negros, pero con los brazos y el rostro aún marcados. Pese a que las venas fueran casi imperceptibles y se estuvieran retirando, no eran invisibles. No todavía.

El tiempo se detuvo. Dos pensamientos tuvieron cabida en ese momento y muchas palabrotas. Muchísimas.

«Estamos en peligro».

«Hostia puta».

La chica que sentía demasiado, la que se convertía en Muerte y el chico que temía a las sombras y lo que estas le podían arrebatar. Estaban juntos, en medio de una feria y con el curso a la vuelta de la esquina. Con muchas posibilidades en el aire y con un miedo horrible en los huesos.

El resto no importaba.



CARLOS ESPÓSITO Y EL TRABAJO DE FILO

17 de septiembre, 2020

El profe de filo era nuevo.

Aparte de ese dato, que la institución había proporcionado por *email* esa misma mañana, Julia ignoraba qué había pasado con la seño Gertrudis y quién era el nuevo, cómo llevaría el curso y de qué pasta estaba hecho. Ni el *classroom* tenían abierto. A diferencia del resto de la clase, que se mordían las uñas de los nervios, porque «la PEvAU, tía, qué ganas de jodernos» o se bañaban en rumores cada vez más rocambolescos, a Julia le preocupaba de cero a nada que ese año tuvieran a otro profe. ¿Qué más daba? A ella, filo le daba bastante igual. ¿Memorizar nombres? Perfecto. ¿Reflexionar sobre todo y sobre nada? ¿Por qué no? ¡Era muy emocionante!

Su hermana, sentada a su lado, tenía la cabeza apoyada sobre el cuaderno y revisaba Instagram con cara de póker. A Julia no la engañaba; por mucho maquillaje que utilizara para cubrir las ojeras y por mucha sonrisita de superioridad que le diera al mundo, no había pegado ojo en toda la semana y estaba al borde de un precipicio del que ella no podía sacarla. En esos últimos días, había perdido al menos siete gomas del pelo. Si eso no era una señal, no sabía qué lo sería.

Ella miró su propio cuaderno, lleno de garabatos e ideas a medio esbozar.

Elena se tensó a su lado.

El culpable de su reacción estaba entrando por la puerta haciendo el tonto como todos los años. Alguno le regaló una risita, otro una bolita de papel que no dio en su diana y el resto o lo ignoró o cuchicheó a su costa.

Julia nunca le había prestado atención, pese a que habían compartido alguna asignatura en los últimos cursos. Carlos Espósito era otro niño rico con complejo de superioridad, pero con un coeficiente intelectual por encima de la media (o eso decía la gente). Y unos años atrás, antes de ingresar en la Gloriosa, le adelantaron un curso, porque no paraba quieto y porque se aburría con muchísima facilidad.

Si le preguntaban a Julia, que nunca lo hacían, el chico seguía igual. Estaba todo el rato llamando la atención o mirando las musarañas con la sutileza de Canijo cuando quería hacer una trastada. ¡Alerta *spoiler*! Ninguna. Era como si se alimentara de la atención que recibía, aunque fuera mala. Julia no lo entendía ni pretendía. No obstante, era capaz de reconocer sus méritos. Por muy despistado que pareciera, si estaba de humor, respondía a las preguntas de los profesores sin pestañear y a veces con más información de la solicitada.

Era un niño de matrículas, de sonrisas fáciles (repleta de hoyuelos y con las paletas un poco separadas) y con un estilo que dejaba bocas abiertas a su paso. Esa mañana, vestía unos

pantalones naranjas ajustados de corte pirata con una camisa negra de flores metida por el bajo de los pantalones, unos mocasines, también negros y los ojos pintados. Estaba guapísimo.

—¡Eh, compis!

—Espósito, qué estilazo —se rio uno.

Carlos hizo un giro sobre sí mismo, y luego una reverencia.

Sus miradas coincidieron por unos segundos y le guiñó un ojo para su propia consternación y para molestia de Elena, que se incorporó y lo fulminó con la mirada. Para el mundo, su hermana era una tipa dura, de las que podía patearle el trasero a un cachorrito por cruzarse en su camino. A veces, Julia se preguntaba si solo ella se percataba del temblor de sus manos, de la tensión de sus hombros y del pánico en su mirada.

Y de que era una amante de los animales.

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Que llega el profe nuevo!

Más tarde, Julia se preguntaría cómo habían sabido que ese hombre alto, con sonrisa afable y con una barba que bien podría competir con la de Gandalf, era el profe de filo, si iba cargado con mapas y una bola del mundo.

No parecía el típico profe de filo, ¿verdad? Pero lo era y lo primero que hizo al entrar en el aula fue tirar los mapas sobre el escritorio y maldecir la prueba de acceso a la universidad.

—Sí, sí, muchachos del diablo, no pongáis esas caras, ¡odio dar clase a segundo! Selectividad por aquí, selectividad por allá ¡y a la porra todo lo demás!

A Julia le hizo gracia.

—Un pirado no, por favor —se lamentó Elena por lo bajini, mientras limpiaba las gafas; arrugó la nariz disgustada. ¿Por las gafas que nunca terminaban de quedar limpias o por lo que el profe estaba diciendo?—. Tiene que ser una broma.

No, no lo era. Alejandro, así se llamaba el profe nuevo, quería dividir la asignatura en pruebas teóricas y comentarios de texto y dejar el último trimestre para practicar exámenes de selectividad. De hecho, al comienzo de cada sesión, le pediría a un alumno que resumiera las ideas más importantes de la clase anterior y que todos llevaran un registro exhaustivo de las mismas. «Y no, no es una broma».

Todos protestaron al unísono. El profe sonrió maquiavélico.

—Eso no es todo, animalitos. —Si alguien, aparte de Julia, se dio cuenta del apodo, no se notó, porque estaban todos cuchicheando en voz baja planeando una muerte lenta y dolorosa—. Esto es filosofía, sí, pero no es solo estudiar a cuatro figuras y teorías mal puestas. Es mucho más, por eso, aparte de los trabajitos puntuales, de los que hablaré más adelante, debéis entregarme por equipos una reflexión para conocernos mejor y para que nos conozcan.

El silencio fue lapidario.

Y las protestas, segundos después.

Elena boqueaba como pez fuera del agua.

—¿Otro trabajo?

—¿Reflexión para qué? ¿Cómo se come eso?

—Folladas mentales, no —lloriqueó alguien.

—Todo mal.

El profe cogió una regla (a saber de dónde la había sacado) y dio un par de golpes en la mesa.

—No es un trabajo al uso, pero sí obligatorio si queréis aprobar en mayo y no arrastrar mi asignatura a septiembre. —Parecía disfrutarlo, era como esos escritores que se alimentaban de las lágrimas de sus lectores. Quizás así cuidaba su barba—. No hay una estructura predeterminada ni bibliografía recomendada. Es una reflexión. En ella, debéis conoceros y que os conozcan.

Esa primera clase fue un despropósito.

El profe quería que los estudiantes aprendieran a reflexionar sobre ellos mismos, que se conocieran *de verdad*, no solo a partir de su visión, también por medio de la perspectiva del resto de los compañeros de equipo. Así aprenderían cómo pensaban, qué prejuicios arrastraban, cómo se veían... Repitió varias veces que no había un método correcto para abordar el trabajo, que se sentaran y hablaran, que escribieran lo primero que se les viniera a la cabeza, que empezaran si les resultaba más cómodo, con analizar a sus compañeros.

—Es más difícil mirarnos al espejo que mirar al otro. Y muchísimo más complicado observar que mirar.

Pero eso no fue lo peor.

—¿Por sorteo? ¡Pero si solo mis amigos me conocen!

—Créame, señor Moreno, cuando le digo que eso no es cierto. Seguro que todos en este aula tienen una opinión sobre usted.

Julia cruzó los dedos para que le tocara con su hermana. Tuvo suerte. Por alguna razón, sus nombres salieron juntos. Pero no hubo tiempo para celebraciones, no más allá de que sonrieran triunfantes, porque había un tercer nombre. «¿Dos hermanas? Interesante, muy interesante, pero no divertido»; así que cruzaron los dedos, no querían a nadie pisándoles los talones todo el año.

No con sus secretos.

—Y vuestro compi será... ¿sin tambores ni musiquilla de fondo? Es broma, es broma, qué poco sentido del humor: Carlos Espósito.

Silencio.

Elena se incorporó, tirando su estuche al suelo.

Carlos, que estaba al principio del aula, cosa que llamó la atención de Julia, se giró en su asiento y les guiñó el ojo como si nada. Al menos, él se divertía. Elena intentó protestar, pero el profe hizo oídos sordos.

Filo comenzaba a lo grande.



Elena salió del aula lanzando pestes a diestro y siniestro, y gesticulando tanto que Julia temió que estuviera a punto de perder el control («dos veces en menos de una semana, no, por favor») o que le diera un golpe a alguien sin querer y se liara. Por suerte, nadie de clase reparó en su molestia exagerada, porque todos estaban igual. Como si no tuvieran suficiente con sobrevivir al curso y lidiar con selectividad, ahora también tenían que cargar con un trabajo que no tenía ni pies ni cabeza.

Al verse rodeada de tantas emociones negativas, Julia se colocó los auriculares rápidamente y puso la primera *playlist* que encontró; dejó que la voz de Melanie Martínez inundara sus sentidos, creyendo inútilmente que su hermana dejaría el tema en cuanto encontraran un banco vacío.

No tuvo tanta suerte.

Pero no por su hermana, que se deshizo como el hielo en el agosto cordobés al ver a Canijo acercarse. Si algo caracterizaba a esa bola de pelo, era su capacidad para estar en todos lados y aparecer cuando más se le necesitaba. El problema fue Carlos Espósito, que tuvo la desfachatez de aparecer por detrás y sentarse en medio de las dos. Canijo se erizó y saltó de los brazos de Elena para desaparecer. Julia no daba crédito y Elena se puso de pie furiosa, casi tropezando con su bandolera. Señaló a Carlos con el dedo, incapaz de articular palabra.

—¡Tú! ¡Tú! ¡Tú!

O casi ninguna palabra. Ni la música la ayudaría a evadirse de esa tormenta de emociones y sentimientos que la rodeaban. Julia se quitó uno de los auriculares.

—Holi, compis de equipo, ¿qué hacéis?

El chico sonreía divertido, con los brazos cruzados por detrás.

—No, ¿qué haces tú aquí?

Carlos la miró desconcertado.

—¿Que qué hago aquí? Pues saludar a mis compis de equipo —respondió, como si fuera lo más evidente del mundo.

Julia negó con la cabeza.

—¿Qué quieres de nosotras? —insistió ligeramente molesta. No quería mencionar el incidente, ni darle más munición en su contra. Por lo que ella sabía, que no era mucho, bien podría estar aquí para hacerles chantaje y no quería que su hermana perdiera el control allí, donde no había nada que pudiera protegerlas.

Carlos se sentó derecho, dándose cuenta por fin de lo serio que era el asunto y se puso a jugar con un hilo suelto de la camisa.

—Ayudar —murmuró dubitativo.

Alguien había sacado un balón, detrás de ellas estaban jugando al fútbol.

—¿Qué?

Elena miró al chico como si le hubiera salido una segunda cabeza. De la incredulidad pasó a la furia silenciosa. Julia se puso sutilmente entre los dos.

—Quiero ayudar —repitió más animado, mucho más alto y hasta osó sonreír, aunque fue más una mueca que una sonrisa real—. Quiero ayudarlos. Eso es.

—Yo a ti te mato, sucedáneo de algas.

—¡Elena, por favor! Aquí no.

Ni aquí ni en ninguna parte.

Carlos estaba nervioso, muerto de miedo incluso. En ese momento, Julia fue incapaz de reconocer las señales, ocultas por su propia preocupación. Estaban expuestas, más de lo que nunca lo estarían y a diferencia de cuando eran unas crías, que tenían a sus padres para mantenerlas a salvo, ahora estaban solas. Y dudaba que pudieran achacar al alcohol lo que sucedió en la fiesta. Carlos Espósito sabía muy bien qué había visto y no estaba dispuesto a largarse de allí con las manos vacías.

El chico se removió incómodo bajo su escrutinio.

—Quiero ayudarlos. ¡Soy como vosotras! —insistió, dando dos sonoras palmadas en sus muslos, y su sonrisa se ensanchó, mostrando sus incisivos.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Elena se quedó congelada. El mundo se detuvo. Y Julia tomó una decisión.

O cometió otro error.

—¿Como nosotras? Demuéstralo.

Fue un impulso, el pánico reptando por su cuerpo.

Julia extendió una mano en su dirección. Elena intentó apartarla de un empujón, quizás le escupió por lo bajini que era una mala idea, que no necesitaba tocar a ese engendro del demonio y que, si alguien tenía que lidiar con ese marrón, sería ella, que era la mayor por unos minutos. O quizás no dijo nada.

Carlos vaciló una milésima de segundo.

¿Cómo fue tocar a Carlos Espósito?, ¿profundizar en sus sueños, en sus miedos y en lo más hondo de su alma? Fue pegajoso, incómodo y surrealista. No pasó nada al principio. A Carlos le sudaban las manos, tenía el pulso acelerado. Estaba asustado. Bien. Pero aparte de eso, no notó nada.

Fue como despertarse en medio de la noche con las persianas bajadas y la puerta cerrada. Solo

oscuridad. Profunda. Densa. Deforme. «No, deforme no, ¿por qué está deforme?». Pero fue un instante, un parpadeo, al siguiente, *algo* tiró de su interior y se vio atrapada por esa masa oscura.

Flores marchitas.

Culpa.

Ya no estaba en el patio entre Elena y Carlos. Estaba en ninguna parte. Recuerdos a medios esbozar. Emociones a pecho descubierto. Figuras sin forma que susurraban, que la acariciaban, que la atrapaban entre sus garras. Era una habitación. Alguien gritaba pidiendo auxilio. Monstruos de sombra. Alguien lloraba. Risas maliciosas. Miedo escurridizo. Pánico asfixiante.

Sangre.

Julia se soltó de su agarre de sopetón y se abrazó a sí misma con fuerza, como si quisiera asegurarse de que estaba ahí de verdad y no en su interior. En esa marea oscura de emociones, con esa *cosa*, fuera lo que fuera, riéndose a carcajadas de ella, tentándola hasta asfixiarla. Carlos no tenía mucho mejor aspecto, estaba igual de pálido, y parecía que estuviera a punto de vomitar.

Ella también.

Estaba aterrorizado, temblaba cual hoja de papel.

—Jul, Jul, ¿estás bien?

Era Elena, la estaba llamando.

—No me toques —le suplicó a su hermana, quien retrocedió dolida. Julia no tenía tiempo para eso, más tarde tal vez—. Estoy bien. En serio. Y dice la verdad. Es como nosotras.

O peor.

Había algo oscuro en el alma de ese chico. No era la Muerte, que usaba a su hermana de recipiente y salía a la superficie para acabar con todo a su paso, pero se le parecía. Muchísimo. Demasiado. Elena observó incrédula al chico.

—¿Y cómo piensas ayudarnos? —se burló su hermana, cruzándose de brazos.

Esa pregunta le pilló con la guardia baja.

Si Julia no hubiera estado tan devastada, se habría percatado del pánico que bullía en el interior del chico, muy distinto al anterior.

—Eh, yo...

—Renacuajo —le advirtió Elena.

—Os ayudaré buscando la cura —dijo atropelladamente, casi sin respirar. Después, mucho más tranquilo, al menos en apariencia, añadió—: Mi madre está en ello. Ella es... No. No es médica ni científica, qué tonto estoy. Tiene contactos poderosos, eso. Contactos. Lleva años buscando la forma de quitarme... Bueno, eso. Si hay una cura, la conseguirá para mí. Y para vosotras.

Elena y Julia compartieron una mirada

Filo había sido un desastre, igual que la fiesta en el pueblo, pero tal vez podían sacar algo

bueno de toda esta locura.

Tal vez.

Esa noche, Julia no pegó ojo, sus sueños marcados por esa *cosa*.

Por Él.



UN TÉ DE MELOCOTÓN PARA LA ASPIRANTE A SUPERHÉROE

30 de septiembre, 2020

Ir a terapia la ponía de mala hostia.

Estaba sentada con las piernas cruzadas en la sala de espera perdiendo el tiempo en TikTok. El despacho de la terapeuta se encontraba junto a la enfermería, así que no era raro que Elena, mientras esperaba su turno, se topara con algún estudiante extraviado buscando una excusa justificable —un papel, con la firma de un especialista— para que le quitaran una falta o le permitieran repetir un examen.

Esa tarde, la sala estaba desierta, excepto por la pareja de periquitos del enfermero. Harta, se puso a jugar con una goma del pelo, mientras escuchaba el molesto *tic tac* del reloj y el ruidito que hacían los pajaritos al dormir.

No quería estar ahí, no estaba cómoda. Incluso el ambientador le molestaba.

Llevaba yendo a terapia desde los once años. Al principio, con los brazos abiertos. Necesitaba que alguien le dijera que no era un monstruo y que eso que le estaba pasando era una fase o que existía un remedio para su *dolencia*. Pero en cuestión de meses, después de muchos intentos y especialistas, había cambiado de opinión y se había encerrado en banda. ¿Para qué seguir intentándolo si al final nadie podía ayudarla de verdad?

«Os ayudaré buscando la cura».

Una cura milagrosa, ¿sería posible?

Negó con la cabeza y bajó los pies al suelo. No podía permitirse que las palabras de ese enclenque se le metieran en la cabeza. Si hubiera una cura, si de verdad existiera, ¿no la habrían encontrado ya, no estaría siendo comercializada, no estaría en manos...?

«Detente, no te metas en un círculo vicioso».

Dejó de jugar con la goma y se miró las manos. Estaba sudando. ¿Por qué no estaba el aire puesto? No necesitaba ayuda. Por algún motivo, tenía algo malo en su interior, algo que salía a la superficie cuando perdía el control, cuando se cabreaba demasiado, cuando todo la superaba o cuando tenía miedo, muchísimo miedo. Aparte de eso, que no tenía cura, por más que el idiota insistiera, no necesitaba ayuda.

La puerta se abrió.

Julia estaba ahí, con su peto favorito y con el pelo recogido en una cola de caballo. Sonreía, por supuesto que sí. A ella la terapia le venía muy bien. Nunca tenía quejas, solo palabras de agradecimiento que a Elena se le clavaban en lo más hondo del pecho. No quiso preguntarse por

qué era así, por qué le fastidiaba que su hermana saliera feliz de esos encuentros semanales.

«Porque quieres encajar, porque te sientes vacía».

Ignoró deliberadamente ese pensamiento intrusivo.

La terapeuta, una mujer bajita y regordeta, de unos cuarenta años y con una sonrisa afable, le saludó con un gesto de la mano.

—Dame dos minutos, florecilla, voy a por más té y entramos, ¿vale?

Elena hizo un ruidito nada comprometedor. No era como si pudiera largarse por las buenas. Si no venía puntual, se chivaría a la directora y la directora a sus padres, y entonces ya tendrían un follón nuevo. Elena no necesitaba eso en su vida, no mientras tuviera que entregar dos trabajos para la semana que viene y fuera menor de edad.

Julia no se movió de su sitio; cambió el peso de un pie a otro e hizo sonar sus pulseras.

—¿Por qué nunca lo intentas? —preguntó bajito, uno de los periquitos pio más fuerte.

A Elena le reventaban esa clase de preguntas.

Julia tomó asiento a su lado. Olía a chicle, tenía la fea costumbre de usar esas colonias malísimas que olían a chuches, y a las velas relajantes que la doctora encendía. A Elena le entraban ganas de gritar, gritar y no parar nunca. Se contuvo.

«No sirve de nada».

—¿Qué tal con tu nuevo amiguito? ¿A qué jugáis ahora? ¿A las casitas o seguís con esa tontería de la búsqueda de la cura para el vampirismo? Porque esto no es *Crónicas vampíricas*, ¿sabes? Ni nada por el estilo.

«Esto es la realidad. Nuestra realidad».

Tal vez se había pasado un poquito, pero por lo menos se sentía mucho mejor consigo misma. Más a gusto. Más en equilibrio.

Julia hizo una mueca.

—El trabajo de filo no se va a hacer solo —respondió en su lugar y clavó sus ojos marrones en ella—. ¿Has hecho ya tus notas?

Fue el turno de Elena de hacer una mueca.

Julia le había comentado que el renacuajo y ella habían decidido que lo ideal sería usar ese fin de semana para hacer una lluvia de ideas antes de reunirse para elegir el enfoque y la estructura del trabajo. Pese a que Elena había aceptado (a regañadientes, eso sí), le había parecido todo el asunto una soberana estupidez y se había pasado toda la semana de después rehuendo cualquier tipo de encuentro, alegando que no había tenido tiempo para pensar en nada.

Por suerte el renacuajo ni se le había acercado.

Elena suspiró resignada.

—Sí, sí que las he hecho.

—¡Genial! —Miró a Julia un instante, sonreía de oreja a oreja—. ¿Nos vemos a la hora de

almorzar? ¿Sabes qué? ¡Déjalo! Nos vemos sí o sí en el almuerzo. En el patio del aula de filo.

—¿Qué? Jul, ¡mi trabajo de literatura!

—¡Hasta las dos!

La doctora eligió ese momento para entrar en la sala, con dos tazas de té enormes. ¿Tenían mensajitos a lo Mr. Wonderful? Elena se hundió en la silla y se armó de paciencia. Esperaba que al menos el suyo fuera de tarta de queso.

No tuvo esa suerte.

El ojo izquierdo le empezó a palpar.

«Maravilloso».



El sol estaba justo sobre sus cabezas.

El renacuajo ya estaba allí, tumbado en el jardín, con unas gafas de sol que le quedaban enormes y una bolsa de tela del Tiger al lado, repleta de comida basura. No parecía preocuparle los bichos que pudieran rondarle cerca. Por muy inofensivas que lucieran las hormigas, una nunca podía terminar de fiarse de sus intenciones.

Ni su salud, porque estaba comiéndose un paquete de ganchitos de queso.

Elena puso los ojos en blanco y con un escueto saludo, porque antes muerta que ser tan maleducada, se sentó con las piernas cruzadas en el banco y desenvolvió su bocadillo de tortilla con mayonesa.

Julia apareció unos segundos después, con prisas y con el portátil bajo el brazo.

—¡Ey, hola! ¡Perdón por el retraso! —se disculpó casi sin aliento y después, la muy traidora, se sentó con el renacuajo, que ya se estaba incorporando y sonreía con todos los dientes, las paletas ligeramente separadas—. Estaba ayudando a Francisca con el catálogo.

Elena asintió, limpiándose los restos de mayonesa de la boca.

—¿Francisca? ¿La bibliotecaria? —preguntó el moreno con curiosidad.

Y antes de que Julia pudiera responder, Elena le tiró un trocito de pan.

—¡Sí, Don Obvio! ¡Qué inteligente usted, eh!

Carlos enrojeció hasta la punta de las orejas. Sin embargo, no parecía molesto con su comentario ni con su tono de voz ni con nada en general, cosa que irritó todavía más a Elena si acaso era posible.

—Pues qué guay. A mí estar en un sitio tan silencioso tantas horas y rodeado de polvo me pone de los nervios. Ya sabéis, pero... Está guay. Muy guay.

Ese chico era tonto y medio.

«O tímido, tonta el culo», le rebatió una vocecita en su cabeza que sonaba como la de su hermana o peor, como la de la doctora.

Estaba mordiendo las uñas, que tenía pintadas en magenta, y mordisqueadas, rojo como un tomate.

Julia se compadeció de él.

—A mí me encantan los libros —dijo como si nada, mientras desenroscaba su botella y le daba un trago—. Y el silencio. Es relajante.

Para ella, sí, así no tenía que estar rodeada de tanto ruido (voces y sentimientos que se entremezclaban y hacían más mal que bien). Elena optó por un cambio de actitud. Tampoco tenía que estar a la defensiva por cada comentario que el chiquillo soltara. Estaban allí para poner sus notas en común y organizar el trabajo, uno que necesitaban para aprobar bachiller.

Se limpió las migajas de pan y guardó el resto. Más tarde se lo terminaría.

—Bueno, ¿y cómo vamos a hacerlo? —preguntó. Carlos arrugó la nariz confundido y dejó de mordisquearse la uña del pulgar. Julia desbloqueó el portátil y tecleó algo—. Yo tengo unas ideas, pero estoy abierta a otras posibilidades.

—Puedo hacer el grupo de WhatsApp mientras tanto.

Elena hizo una mueca.

—Como quieras.

—Pero... —interrumpió el renacuajo—. ¿No estábamos aquí para entrenar?

«Espera ¿qué narices?».

—También, también. —Julia tuvo la desfachatez de contestar sin apartar la mirada de la pantalla. Luego sonrió—. Ya he creado el grupo y he compartido un documento por *Drive*. ¿Empezamos?

No, no iban a empezar.

—¿Entrenar? ¿Qué coño significa eso?

El renacuajo tuvo la osadía de ponerse de rodillas y de hacer aspavientos, súper ilusionado.

—¡Claro! ¡Tenéis que practicar vuestros poderes! Será complicado, porque ya tenéis una edad, pero... ¡Podemos probar! He preparado un montón de ideas, empezaremos con algo sencillito.

Ese tío no tenía filtro.

Elena lo había intentado, de verdad que sí, pero ya se le había agotado la poca paciencia que tenía reservada para ese día y para el resto de la semana. El renacuajo seguía parlotteando. Ella ya no estaba escuchando. Iba a estallarle una vena si lo intentaba.

—¿Tú te escuchas? —le interrumpió, poniéndose en pie y apretando los puños, se clavó las uñas en la palma de las manos—. ¿A ti te llega la sangre al cerebro? ¿Qué crees que somos, aspirantes a superhéroes?

Carlos abrió la boca para protestar o para seguir diciendo estupideces.

—¡Cállate! ¡No abras la boca si no es para decir algo inteligente! Ni entrenar ni tonterías. ¿Quién te crees que eres? He venido a organizar un trabajo, señor Furia, no a que me toquen las narices.

—Elena.

—Ni Elena ni leches. A ver, chaval, dime, eh, ¿cómo va tu madre? ¿O eso no te interesa?

Carlos palideció, para gran regocijo de Elena.

—Mi madre...

El chico lucía enfermo, a punto de echar la pota.

Fascinante.

—¡No, no, no! ¡Mejor todavía! ¡Qué tonta por no preguntar! —se rio con malicia; sintió la Muerte acechando por las esquinas de su visión, por la punta de los dedos, por la sangre que corría por sus venas. No le importó—. Dinos, héroe de pacotilla, ¿vas a enseñarnos cómo funcionan tus poderes? ¿Qué? ¿Echas chispas? ¿Mueves objetos con la mente?

Por un momento, le pareció que el chico se difuminaba por los bordes, que su pelo negro y revuelto se convertía en sombras por las puntas; que sus ojos, de un intenso azul, se oscurecían. Pero fue solo eso, un efecto del sol, un fallo de su visión, porque nada más parpadear, al dar un paso atrás, ya no estaba.

Era un chico con los ojos acuosos, temblando y con el pulso acelerado.

—¡Elena! ¡Para! ¡Lo estás asustando!

Era un crío.

«¿Qué coño estoy haciendo?».

La Muerte sonreía complacida, se reía a carcajadas en el fondo de su mente, en lo más profundo de su corazón. Estaba podrida. No se atrevió a mirarse los brazos descubiertos, por lo que podría encontrar en ellos, y se abstuvo de coger la chaqueta del banco para cubrirse.

—Estoy aquí para ayudaros —repitió, limpiándose los mocos con el dorso de la mano—. Pensé que entrenar sería divertido. No importa. Lo que sea que queráis hacer con el trabajo está bien para mí. Tengo Cultura Audiovisual en un rato, así que...

—Carlos.

—Adiós, chicas.

Recogió sus cosas apresuradamente y salió pitando.

Elena se quedó con el corazón encogido y con un sabor desagradable en el paladar. No se reconocía. Esa noche, mientras trabajaba con el mito de Perséfone, con Canijo dormitando sobre sus piernas, tomó una decisión. El trabajo de filo era obligatorio, su hermana estaba muy mosqueada y el renacuajo, a su forma, solo intentaba ser amable.

Era un poco intenso, un bocazas de manual y no paraba quieto, sí, pero...

«Le he hecho llorar».

—No tiene mala intención —reconoció en voz alta, Canijo se removió entre sus piernas y ronroneó en su dirección. Elena se mordió el labio inferior y abrió otra pestaña en el ordenador —. Y Jul miró en sus sentimientos. Si mintiera, o fuera un problema, ella se habría dado cuenta, ¿no, bola de pelo?

El gato alzó la cabecita y se restregó contra ella. Elena sonrió. Ese gato solo sabía comer, exigir mimos y aparecer sin avisar.

«He sido una idiota».

Abrió WhatsApp.



LA CHICA DE LOS PELOS DE COLORES Y EL LIBRO EQUIVOCADO

13 de octubre, 2020

La biblioteca era la joya de la institución, situada en la segunda planta, junto a las salas comunes y gran parte de las aulas más grandes; era un espacio inmenso con estanterías que llegaban hasta el techo y que se complementaba con los archivos del sótano. Julia rellenó la solicitud de voluntariado en cuarto, desde entonces ayudaba en la biblioteca cuatro días a la semana. Aunque tenía un horario flexible, procuraba pasar casi todo su tiempo libre allí.

Era más fácil no escuchar nada.

Y era el lugar idóneo para estudiar.

Con los auriculares puestos, con *Vetusta Morla* a un volumen moderado y con el pelo recogido en dos moños bajos, se puso manos a la obra. Había un buen puñado de libros fuera de lugar y muchísimo trabajo de mesa. Estaba contenta. Eso la mantendría entretenida hasta su próxima clase. Cogió un libro, comprobó la signatura en el tejuelo y se dirigió hasta el pasillo de Lingüística.

Pilló a dos chicas cuchicheando entre risitas.

—Shh.

Dobló la esquina, localizó el estante y se puso de puntillas.

Desde hacía un par de semanas, puntual como un reloj suizo, aparecía Luna Guerrero, con sus pelos de colores, sus pantalones raídos, sus zapatillas desgastadas y sus camisas de cuadros. A veces, venía a por un manual para clase y otras a por un libro al azar. Siempre con la nariz metida en su tablet, con la mochila llena de pines colgada de un hombro y los cascos de diadema al cuello. Tenía una de las sonrisas más bonitas del mundo, y un gusto exquisito para las lecturas, porque el otro día se llevó los cuatro tomos de *Heartstopper* y se cameló a la bibliotecaria para que aumentara el presupuesto para la sección de Literatura juvenil con un tiramisú casero que hizo salivar a media biblioteca.

Julia comprobó la hora.

Ese día llegaba tarde.

Eran las cinco y cuarto pasadas. En cuarenta y cinco minutos, tenía que dejar su puesto. Se mordió el labio inferior; después de dar vueltas entre las estanterías, se dirigió hasta el mostrador y desbloqueó el ordenador para actualizar el Calc y revisar las faltas.

Cinco y veinte.

Veinte minutos tarde.

—¿Tenéis el primero de *Los juegos del hambre*?

—¿No está en la estantería? —Minimizó el Calc y abrió el Opac, tecleó el título—. Está prestado, ¿te lo reservo? Dime tu nombre.

Cinco y veintisiete.

No iba a venir, pensó decepcionada.

Alguien soltó un manual sobre la mesa y ella dio un respingo. ¡Qué susto!

—¡Lo siento muchísimo! Perdona, no quería asustarte.

Era ella.

Un coro de «¡sh!» inundó la sala. Para cuatro gatos que había a esa hora, hicieron más ruido que Luna disculpándose. A Julia no podía importarle menos, con la boca abierta y con el corazón a mil por hora. ¿Se le había olvidado cómo se respiraba? ¿No debería cerrar la boca?, ¿por qué la mantenía abierta?

Luna estaba allí, mordisqueando el esmalte morado de sus uñas. ¿Tenía mechas violetas ayer?

Estaba guapísima, debería ser ilegal.

Ese pensamiento la pilló desprevenida.

—No pasa nada —atinó a decir, hasta consiguió que su voz no sonara chillona; se quitó uno de los auriculares y le dio una pequeña sonrisa—. Estaba ensimismada con mis cosas.

¡El culmen de la inteligencia! ¿Eso era lo único que se le ocurría? Luna asintió con una media sonrisa, el *piercing* en su nariz, un arito dorado con una estrella, captó toda su atención. Era más fácil fijarse en los detalles, perderse en ellos que intentar desentrañar el calorcito agradable que se le había instalado en el estómago al verla, justo al alcance de su mano. Y se quedaron ahí, como tontas, mirándose y sin hacer nada.

—Eh, bueno... Qué tiempo más raro el de hoy, ¿no te parece? Nublado, calor.

—Ya ves —rio nerviosa.

Luna sacudió la cabeza.

—Déjalo, no estoy muy avispada, vengo a por este libro. Quiero ese libro.

—¿Este? —se aseguró, señalándole bien la portada.

Luna ni se fijó en la cubierta del libro. En realidad, aunque de eso no se daría cuenta enseguida, no había apartado la mirada de su cara en todo ese rato.

—¡Sí! ¿Por qué no?

Julia parpadeó desconcertada. Era cierto. ¿Por qué no? Era extraño que una estudiante de arte quisiera un libro sobre cómo diseccionar bichos y no vomitar en el intento. Si no andaba confundida, pertenecía al pasillo de Biología para principiantes. Pero ¿quién era ella para juzgar? Estaba en Humanidades y se había matriculado en asignaturas de otros itinerarios, para abrir horizontes y no cerrarse ninguna puerta, les había dicho a sus padres. Tal vez, Luna estaba en Biología o tenía por afición diseccionar bichos.

«Espero que no, pobrecillos».

Cinco y treinta y cinco.

Y un anuncio de Spotify. Apagó la aplicación.

—¡Claro! Dame tu identificación.

Luna se la entregó con torpeza procurando no rozar sus dedos. Fue un gesto normal, uno que llevaba haciendo desde el primer día, pero hasta ese momento, mientras tecleaba el número de identificación, Julia no se había percatado de ello. Luna no la había tocado nunca. Ni una vez.

Evitaba tocarla, como si supiera que el contacto físico le incordia.

Julia la miró de reojo con las mejillas sonrosadas. Luna había agarrado el libro y lo abrazaba contra su pecho.

—Tienes una semana. Disfruta de la lectura.

—Eso haré, ¿nos vemos en clase?

Cinco y cuarenta.

—¡Claro! ¡Hasta luego!

Luna asintió con efusividad, recuperó la mochila del suelo y salió disparada de la biblioteca, no sin antes dedicarle una de sus sonrisas arranca suspiros.

Desde principios de curso, habían compartido sonrisas de todo tipo: comprensivas, cómplices, de sorpresa y de triunfo, cuando a alguna de las dos le salía algo bien. Así como diferentes saludos con un par de pupitres entre ambas o al cruzarse por los pasillos.

Esos encuentros habían sido tan inesperados como bienvenidos. Luna aparecía todos los días a por un libro nuevo y muchas veces, cuando la biblio no estaba muy llena, compartían impresiones, comentarios casuales y recomendaciones. A veces, le traía un dulce, los restos de lo que ella llamaba un «ataque de estrés, cuando la vida se me hace bola me cuelo en las cocinas y hago alguna receta ¡y se me da de culo calcular!» y eso siempre le sacaba una sonrisa.

El otro día fueron galletas con pepitas de chocolate.

Julia cerró sesión y recuperó la mochila del suelo cuando Luna volvió.

—Tienes razón. Este libro no es mi libro. Me he equivocado de pasillo.

Ignoraba cómo alguien se equivocaría de pasillo, cogería un libro y no se daría cuenta hasta después de llevárselo.

—No te preocupes. ¿Qué es lo que buscabas?

—Pues ¿un manual de las vanguardias?

Muy general.

—¿Literatura o Arte?

—Arte.

—¿Alguna preferencia? ¿O queda a mi elección?

—A tu elección, me fio de tu criterio. —Y le guiñó un ojo.

Julia se ruborizó otra vez.

—Vuelvo enseguida.

Ese día, Julia salió tarde de su turno y llegó con el tiempo pegado al culo a Griego II. Luna la acompañó en silencio hasta su aula en la primera planta y se despidieron sin saber muy bien qué decir o cómo actuar, manteniendo las distancias, y con un gesto torpe de la mano, una sonrisa suave y un manual sobre las vanguardias entre ellas.

Justo antes de entrar en el aula y dejar su imaginación correr, se giró y se encontró con que Luna seguía ahí, abrazada a su libro y con la misma sonrisa arranca suspiros.

En ese momento, a tres metros de distancia, Julia tomó una decisión.

—¿Te gustó? —Por la mueca que Luna le dedicó, supo que no la había entendido—. ¿*Heartstopper*? ¿El libro del otro día y que todavía no has devuelto?

El corazón le latía a mil por hora.

Luna agachó la cabeza y después la miró por encima de sus pestañas.

—Me encantó. Quiero releerlos.

—¿Ya?

—¿Por qué no?

Sí, ¿por qué no?

—Podemos leerlo juntas —se animó.

—¿Tienes mi número? Así será más fácil *fangirlear*.

Luna se apresuró a desbloquear el móvil y se lo tendió para que escribiera su número, mientras parloteaba sin cesar sobre Tao, Elle y que Nick era su personaje favorito, pero que tenía debilidad por Darcy y Tara. Julia se mordió el labio inferior.

—Me he hecho cuenta en Tapas y todo.

Se guardó a sí misma como «Jul, biblio».

—¡Listo!

Luna tocó la pantalla, y su móvil vibró en el bolsillo de su falda de pana.

—¡Hablamos!

Julia repitió su conversación con Luna en bucle durante toda la clase de Griego. Como era natural, la traducción le salió fatal. Durante la cena, mientras Elena se quejaba del *speaking* que había tenido ese día, se percató de que había apagado la música en la biblioteca y que había estado con alguien, que no era su hermana ni sus padres, en silencio y sin agobiarse.

Se quedó pilladísima, el tenedor a medio camino, y con el corazón desbocado.

Era sorprendente.

Y raro.

Ese pensamiento no le dio miedo, le hizo sonreír aún más.



EL REY DE LA BIBLIOTECA Y LA CHICA DE LAS BOTAS DE FLORES

19 de octubre, 2020

Estaba escondido en la biblioteca, medio cuerpo fuera de la ventana, le gustaba poner de los nervios a la bibliotecaria, y un Chupachups de nata y fresa en la boca, por si le bajaba mucho el azúcar. Estaba en el cielo. El fresquito en la cara, revolviéndole el pelo y renovándole las energías, unas vistas espectaculares al entrenamiento de atletismo con muchos tíos sin camiseta, y con la sensación de ser el rey del mundo sin tener que llamar demasiado la atención.

Estaba en paz. Por ahora.

Alguien decidió que era una idea fabulosa sentarse a su lado en el bordillo de la ventana sin avisar. Se sobresaltó, la mano con la que se sujetaba le resbaló y casi se cayó de boca por el vacío. Adiós y muy buenas. Por suerte, ese alguien le agarró de la camiseta, clavándole las uñas en el pecho, y lo estabilizó, evitando así un accidente fatal. Hasta tendría que darle las gracias, sería algo como «gracias, colega, por el susto de muerte y por impedir que me espachurrara contra el suelo, tú sabes».

Carlos podría jurar en voz alta, y montando un buen espectáculo, que había visto la luz: un túnel enorme y una mano bañada en purpurina dándole la bienvenida al paraíso con un cartel de neón. Tal vez lo haría, lo de contárselo al mundo. En el comedor. O en el patio. Pero cuando se le quitara el susto del cuerpo.

El Chupachup se había perdido en alguna parte. Hizo un puchero.

—Deja de lloriquear, que casi te caes.

Eso le sobresaltó de nuevo. Era Elena.

En esos últimos días habían coincidido más veces. Muchísimas. Con Julia en medio para limar asperezas. Hasta se había animado a acompañarlos a una sesión de entrenamiento, de la que se había marchado a los diez minutos sin decir ni una palabrota. Todo un logro. Carlos se pasó las manos por encima de la camiseta, para asegurarse de que estaba de una pieza y que ninguna arruga invisible hubiera aparecido por arte de magia. En realidad, hacía tiempo hasta que Elena se esfumara por donde había venido. Pero ahí seguía la tía, con las piernas recogidas y con el ceño fruncido mirando en dirección a los atletas como si les dieran repelús.

Carlos se pasó la lengua por encima de los dientes y se removió incómodo.

—Bonitas botas, ¿las flores las has hecho tú?

Era una pregunta estúpida. Él lo sabía, ella lo sabía y todos lo sabían, incluso la araña que colgaba peligrosamente cerca de su cabeza. Elena arrugó la nariz. ¿Molestia? ¿Disgusto? ¡A

saber!

Eran unas botas negras de estilo militar con flores rosas pegadas.

—Qué va, son un regalo.

—Vale, genial. Son bonitas.

Elena le miró con una ceja alzada.

—¿Quieres unas? Te quedarían bien.

Estaban teniendo una conversación civilizada. Solos. Sobre unas botas. ¿Y si se había estampado contra el suelo y había ido a parar a uno de los círculos del infierno? Era todo tan absurdo que hasta le parecía creíble.

—¿Tú crees? Me harían más alto.

—Te quedarían bien —repitió más animada—. Hasta parecerías guapo.

Carlos ahogó una carcajada.

—Soy guapo, muy guapo.

Elena puso los ojos en blanco.

Estaban en silencio otra vez. Podían oír de fondo los gritos de los atletas (y las ganas que más de uno tenía de morirse) y el ruido que hacían las teclas de un ordenador al ser aporreadas. Para su sorpresa, no era un silencio incómodo. No le incomodaba estar cerca de Elena, al menos ahora que no le miraba como si fuera un bicho repugnante. Por el rabillo del ojo, se fijó que la chica jugaba con la goma del pelo que llevaba en la muñeca. ¿Era un tic nervioso?

A Carlos le hacían cosquillas los dedos de las ganas que tenía de sacar su libreta, pero como sabía que ese gesto (el de ponerse a dibujar las manos de otra persona) se podría malinterpretar, sacó su teléfono del bolsillo del pantalón y se metió en la tienda de aplicaciones. ¿Y si se descargaba un juego?

También podría echarle un vistazo al tablero que había creado esa mañana.

—Quiero perder la virginidad.

Menos mal que no estaba comiendo ni bebiendo nada. Qué directa la tía.

—Me parece bien —respondió despacio, esperando que no estuviera tendiéndole una trampa y sin saber muy bien cuál sería, si ese fuera el caso y qué fin tendría. Elena le daba miedo. Mucho —, pero conmigo no cuentes, ¿eh?, porque soy muy *muy* gay.

«Las cosas claras y el chocolate espeso», como diría su madre.

Elena bufó divertida.

—Y muy muy gilipollas.

—Me lo dicen a menudo —dijo, encogiéndose de hombros y guardándose el teléfono. Ya no lo necesitaba. Después, llevándose la mano al corazón y echándose hacia atrás un poco, dramatizó con una sonrisa tironeando de sus labios—. Siento romperos el corazón, mi bella dama.

Elena le dio un codazo amistoso.

—¡Para!

—¡Te has reído! —aplaudió divertido.

—Que nos van a echar, renacuajo —siseó prácticamente sobre su rostro, pero a él ya no le dio miedo, porque podía ver el brillo divertido en sus ojos y porque olía bien. Muy bien.

—¿Qué colonia usas?

—Es imposible hablar contigo —se rindió.

Al final, la señora bibliotecaria apareció de la nada con una regla de madera gigantesca y con cara de pocos amigos. ¿De dónde se había escapado? Por supuesto, les pilló aguantándose las risas y dándose empujones amistosos. Elena se quedó boquiabierta, roja como un tomate y súper avergonzada.

Carlos no se rio por respeto y porque valoraba su vida, muchas gracias.

—¡Señora bibliotecaria, qué gusto verla! —canturreó dos segundos después, con una sonrisa artificial en la cara y agarrando a Elena de la muñeca—. ¡Ya nos íbamos! ¡Hace un día precioso para estar aquí encerrados! ¡Qué injusticia no poder pasear hasta el pueblo!

Mientras parloteaba sin cesar, y la señora bibliotecaria parecía estar a punto de explotar, como el reactor nuclear de Sanctum en la última temporada de *The 100*, arrastró a Elena fuera de su objetivo.

Explotó de todos modos.

—¡SEÑOR ESPÓsito!

—Pero señora bibliotecaria, ¿no sabe usted leer?

Elena no daba crédito. El renacuajo tuvo la desfachatez de señalar el cartel donde se pedía silencio. Salieron de allí corriendo. Carlos aguantándose las carcajadas y Elena muriéndose de la vergüenza. No se detuvieron hasta llegar al patio de las bicicletas, que se encontraba en la primera planta. Fue ahí cuando Carlos se tiró al suelo entre risas y Elena se sujetó las rodillas mientras recuperaba la respiración.

Y la dignidad.

—Tú no eres tonto, ¡lo siguiente!

No le dio una patada porque no tenía fuerzas ni para eso.

—Ay, ha sido divertidísimo. —Tumbado en el suelo, mirando el cielo despejado y con un dolor de mandíbula de tres pares de narices, le echó un vistazo a Elena por el rabillo del ojo y le sonrió aún más si cabía. Había un brillo peligroso en sus ojos. En los de ambos—. ¿Quién me diría que podría reírme contigo?

Elena hizo una mueca de exasperación.

—Te odio.

—¡Pero si has sido tú quien ha venido con una proposición indecente!

—¡No me refería a ti! ¡Osú, qué paciencia!

Él se echó a reír. Otra vez.

Para su sorpresa, o para su cúmulo de sorpresas, Elena se recostó a su lado, con el pelo desparramado por el suelo y los ojos cerrados. Parecía disfrutar de su compañía. Si se pudiera sonreír más, Carlos lo haría sin problemas. ¡Le iban a salir agujetas en la cara!

Tal vez, la chavala lo estaba intentando en serio. No solo por mensajes. Su disculpa, semanas atrás, le había sonado forzada e impersonal, pero esto, que le siguiera el juego y que se tumbara a su lado a pasar el rato, le hacía cosquillas en la barriga.

—¿Y esto? —preguntó curiosa girando el rostro en su dirección, repasó en el aire, muy cerca de su ojo derecho, la cicatriz apenas visible que lo atravesaba. Él se tensó en respuesta—. ¿Cómo te la hiciste?

«Fui yo».

«Fueron *ellas*».

Fue Él.

—Un gato con muy mala hostia —dijo en cambio con una sonrisa que no le cabía en la cara y una guasa exageradísima. Elena resopló y se giró, dándole por perdido y él pudo respirar de nuevo, marcar distancia—. Puedo ayudarte. Con lo de tu pretendiente. O pretendienta. ¿Con quién prefieres tener tu primera vez? ¿Chico, chica, chique?

Elena se giró e hizo el ademán de pegarle.

—¡Lo digo en serio! Quiero ayudarte.

—Tú siempre quieres ayudar.

—Pues va siendo hora de que te metas en esa cabecita tuya de rubia de bote que lo digo en serio.

—Soy rubia natural.

—Mis cojones.

No le arreó un golpe por muy poco.

Elena se mordió el labio inferior.

—¿Cuáles son tus poderes?

Carlos no respondió inmediatamente. Elena se incorporó y apoyó la cara en la palma de su mano. No había malicia en sus ojos grises, solo curiosidad.

—Puedo convertirme en sombras —confesó de sopetón, muerto de miedo.

Elena asintió despacio y volvió a tumbarse. Sin hacer preguntas.

—Puede. Un día.

—¿Cómo?

—Que puede que un día me crea que lo dices en serio.

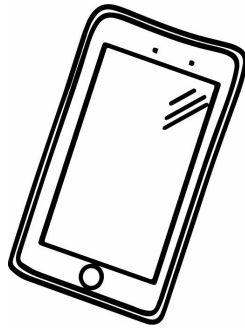
Él esbozó una media sonrisa divertida.

—Con Joselu de Informática, nunca en la vida, por favor y gracias.

Fue el turno de Elena de echarse a reír, incluso se sujetó el estómago por la fuerza de sus carcajadas.

Elena era divertida.

Le gustaba esa tía.



CHAT 1: EN BUSCA DE TU PRETENDIENTE

renacuajo
en línea

20 DE OCTUBRE

Y que te parece Víctor de primero?

¿De la ESO?

ADONDE VAS ASALTACUNAS
JAJAJAJAJA primero de bach!

Vete a la mierda

y Raquel de teatro?
espera solo chicos o...?

No tengo preferencias
Ni lo había pensado

Vamos a hablar de la forma
tan rara de buscar cacho
o seguimos fingiendo q esto es normal?

para que te digo nada
déjalo

fingimos fingimos
que se me da de diez
hablemos de Raquel muy mona
ay no q tiene pareja
PERDONA AJAJASDJE
NO ME BLOQUEES

22 DE OCTUBRE

marcos del tecnológico??

¿no tienes nada mejor que hacer?
¿trabajos que entregar?
¿apuntes que pasar a limpio?

y sandra espejo???
olvidalo es muy hetero

o no si te gustan los retos...

te voy a silenciar
en dos días me has nombrado
a medio curso

y mendoza? parece un poco facha pero...
QUITA Q CREE EN LA MARCHA ATRÁS
y hector de sociales???
no he oído nada malo de él

25 DE OCTUBRE

y este silencio?
te has enfadado??
no me digas q esto es por
la noche de juegos
RENACUAJO

Este mensaje ha sido eliminado
Héctor es la mejor opción

ya estamos
q sí pesado llego a saberlo y

me pido ser tu dama de honor si os casáis

PERO Q DICES???
PERO A JUL NI MU SOBRE ESTO

PALABRITA DEL NIÑO JESÚS

CARLOS Q TE CORTO LOS HUEVOS



MI LIBRO FAVORITO Y MI PRIMER CRUSH DE AMISTAD

23 de octubre, 2020

—Ayuda.

Se encontró con Luna en las cocinas, la ropa y el rostro manchados de pegotes de masa. Sorprendida, paseó la mirada desde Luna, junto a uno de los fregaderos a rebosar de trastos, hasta la bandeja de galletas abandonada de cualquier manera sobre la encimera y los ingredientes desparramados por el suelo.

Luna hizo un mohín cuando sus ojos coincidieron.

—¿Qué ha pasado?

—¡El apocalipsis! —se lamentó, pescó un trapo para limpiarse los restos de masa de las manos, pero cambió de idea. Estaba más sucio que ella—. Perdona por fastidiarte la tarde, sé que me dijiste que tenías cosas que hacer, pero estaba probando una receta nueva y de repente... Uf, se me fue la pinza.

Julia se tapó la boca para ocultar su sonrisa.

—¿Y podemos estar aquí? —dudó, adentrándose en las cocinas. Se cuidó de no pisar ningún pegote de masa y de no escurrirse con lo que imaginaba era harina. Cómo había hecho ese desastre ella sola, un misterio que resolver más adelante—. ¿Qué le ha pasado a esas galletas?

Entrecerró los ojos, ya no estaba segura de que fueran galletas.

Estaban carbonizadas.

—Soy multitarea —se justificó, luego arrugó la nariz—. O eso pensaba, no ha saltado la alarma y yo qué sé, se ha echado todo a perder.

A Luna le encantaba la repostería, y la usaba como saco de boxeo cuando la vida se le hacía bola. En cuanto había leído sus mensajes, donde le pedía con muchos *stickers* que viniera a echarle una mano, que la había liado pardísima y que seguro que la ponían de patitas en la calle, Julia no dudó en correr hasta allí.

Luna era una alumna becada.

Que no tuviera la confianza para preguntar por qué estaba tan estresada, qué le había llevado a hacer de las cocinas un campo de batalla, no significaba que no fuera a tenderle una mano cuando lo necesitara.

Eso hacían las amigas, ¿verdad?

—Mi tía es la cocinera jefa —le contó, sentada en la encimera y balanceando las piernas. Julia mojó la punta de un trapo limpio, se colocó entre sus piernas y le pidió que agachara la cabeza—.

Como vea la que he liado...

—No te muevas.

Desde esa distancia, Julia tenía un primer plano de su rostro, de la curva de sus pestañas, de los dos lunares que decoraban su mejilla y de la costura de sus labios, el de abajo más mordisqueado que el de arriba. Tragó saliva y se centró en deshacerse de los pegotes de masa. «No te fijas en su boca, no te fijas en su boca». Pero era difícilísimo, porque Luna seguía parlotando sobre su tía, la bronca que le iba a echar si la pillaba con las manos en la masa, y a Julia se le iba a salir el corazón por la boca.

Se echó hacia atrás.

Marcó distancia.

—¿Estás bien? —Luna se bajó de un salto, y su mirada azul, teñida de preocupación y de *algo* más, fue superior a sus fuerzas.

Pilló el móvil, subió el volumen de la *playlist*.

—Toma. —Le entregó el trapo, se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y se acercó hasta el armario de los productos de limpieza. Tuvo que abrir dos puertas hasta dar con él—. Lava los platos, yo limpio el suelo y la encimera.

—Pero...

—Si nos ponemos, en una hora habremos terminado.

Luna abrió la boca para replicar. Julia no le dio la oportunidad.

Le supo fatal. No tenía la culpa de que Julia hubiera estado a punto de traspasar la línea invisible que había entre las dos. Se mordió el labio, agarró con fuerza el palo de la fregona y se esmeró en dejar el suelo brillante, para no derrumbarse. El problema no era que *quisiera* emborronar la línea, sino que no podía. No con su secreto.

¿Qué pensaría Luna si rompía a llorar sin motivo? ¿Qué le diría?

¿Qué sentiría?

Estuvieron limpiando en silencio por cincuenta minutos (sí, había llevado la cuenta) y durante todo ese rato, con cada canción que se reproducía, Julia le había estado dando vueltas a lo que había pasado, a lo que podría haber pasado.

Elena la mataría por jugarse el pellejo así.

—¡Mi salvadora! —chilló Luna.

Julia se limpió el sudor de la frente con el brazo, y esbozó una sonrisa.

—Me debes una merienda.

—¡Las que quieras! —Y se puso a dar saltitos.

Se sentaron en el suelo, con las espaldas pegadas al mueble, y cerraron los ojos para recargar energías. Su móvil volvió a vibrar, ya era la quinta vez. No necesitaba encenderlo para saber que sería su hermana. Era la noche de juegos, y a Julia le tocaba elegir la peli. Como no habían

podido pillar la última extensión del Dixit, y se habían dejado el juego en casa, se conformarían con algún juego de cartas.

Sin embargo, no le apetecía moverse, no porque le doliera todo el cuerpo de la paliza que se había metido, sino porque estaba a gusto así.

Porque le apetecía alargar ese momento un poquito más.

Solo un poquito.

Luna estiró los brazos por encima de su cabeza, y gimió.

—¿Cuál es tu libro favorito?

—¿Cómo?

—Tu libro favorito.

Julia abrió la boca, la cerró enseguida.

—Es muy difícil.

—¿Qué va...? ¡No es difícil!

Sí que era difícil, odiaba ese tipo de preguntas, porque su cerebro cortocircuitaba y se reiniciaba, dejándola como una idiota. Daba igual qué le preguntaran, si tenía que elegir, ya fuera una peli, un libro, una serie o incluso un sabor de helado, se bloqueaba.

Se mordió el labio, dubitativa.

—¿Y el tuyo? —contraatacó. Luna hizo un puchero y a Julia se le colorearon las mejillas de rosa en respuesta.

Se apresuró a apartar la mirada.

—¡He preguntado primero! Es... —suspiró, se revolvió el pelo y apartó la mirada, pero no antes de que pudiera ver el rubor extendiéndose por sus mejillas—. Quiero leerme tu libro favorito.

Vaya.

—¿Qué? ¿Por qué?

Luna se encogió de hombros, se recogió las piernas y jugueteó con los cordones de sus bambas. Julia se quedó ensimismada, su corazón latía con fuerza contra su caja torácica y su cerebro le mandaba mensajes contradictorios. No ayudaba que Spotify reprodujera *Enchanted* de Taylor Swift justo en ese momento.

Luna se mordió el labio, y la miró de reojo.

—Quiero leerme tu libro favorito —insistió, mucho más segura.

—*Cazadores de sombras* —respondió por fin, porque si tenía que elegir, haría trampas. Luna abrió muchísimo los ojos y Julia temió que le dijera que no valía, que probara otra vez—. *Princesa mecánica*.

—No es el primer volumen.

—Qué va, lo siento.

—Qué fastidio.

—¡Yo no te he dicho que leas la saga!

Luna se puso en pie, se sacudió la ropa y le enseñó su sonrisa favorita, la arranca suspiros y Julia se incorporó sin apartar la mirada, le dolía la mandíbula de tanto sonreír y ya no le importaba haberse manchado los pantalones o que Taylor Swift le estuviera provocando mariposas en el estómago.

—¿Cuál es el tuyo? Para estar en igualdad de condiciones.

Luna se encogió de hombros.

—¡A saber!

—¡Luna! ¡Eso no vale! —le riñó medio divertida, medio molesta. Luna dio un paso atrás, y otro, su sonrisa se acentuó y el brillo en sus ojos azules le chivó que se estaba burlando de ella.

Julia se mojó los labios, dio un paso al frente, dispuesta a iniciar una persecución, pero alguien carraspeó a sus espaldas.

Luna se puso recta.

—¿Qué estáis haciendo?

Era la cocinera jefa.

Era la tía de Luna. Avergonzada, se abrazó a sí misma y desvió la mirada. Luna acortó la distancia con su tía y le dio un beso en la mejilla. Su tía, una mujer bajita, de mediana edad, fingió que era un incordio, pero le pasó un brazo por la cintura y se dejó mimar.

¿Cómo sería abrazar a sus seres queridos sin miedo a que las emociones la desbordaran?

—Qué morro tienes, niña. ¿No me habías dicho que ibas a cocinar no sé qué?

Luna torció los labios.

—Se ha intentado.

—Y aquí estás, ligando.

—¡Tita, que no!

Luna enrojeció hasta la punta de las orejas.

Ester, así se llamaba la cocinera jefa, rompió en carcajadas. Luna se cruzó de brazos y Julia no supo dónde meterse. Aun así, no cambiaría ese instante, ese pedacito de Luna con su familia, por nada en el mundo. Ester les preguntó si querían picar algo, que todavía quedaba un rato antes de que el resto del personal ocupara su puesto, pero las dos negaron con la cabeza.

Se marcharon lo más rápido que pudieron.

—Perdona.

—¿Por? —Estaban subiendo las escaleras, de camino a las habitaciones. Luna paró dos escalones por debajo y apartó la mirada. Se la veía cohibida. No necesitaba sacarse los auriculares para saber qué le molestaba. Se le escapó una sonrisa suave—. Me gusta tu tía.

A Luna se le iluminó la cara.

—¿En serio? —Subió los dos escalones de golpe, sus narices casi tocándose. Julia abrió muchísimo los ojos ante su cercanía—. ¡Qué alivio! Mi familia puede ser muy intensa.

Julia rio bajito.

—¿No lo son todas?

Luna le habló de sus padres y de su yaya, que tenía un problema con los bombones de licor aunque dijera que no. Que echaba mucho de menos su pueblo y que ojalá algún día conociera a sus cómplices de fechorías. «Tamara te caería bien, tiene un perfil de *bookstagram* y todo». También le contó que durante las fiestas todos se reunían en casa y era un jaleo, porque entre sus tíos, que venían de Jerez de la Frontera, sus primos los chicos y su yaya, que vaciaba el armario de los dulces, no había tiempo para aburrirse.

—Mi yaya es una pasada.

—¿Vive con vosotros?

—Sí, desde hace un par de años. Papá se queja mucho, pero es pura fachada. Se llevan muy bien. Mi padre dice que cuando conoció a papá y se lo presentó, la yaya cogió y le dijo que lo desheredaría, que el niño de la Puri era mucho mejor partido.

—¿Y lo era?

—Da para un drama turco de los que le gustan a Su —se rio, y se encogió de un hombro, restándole importancia—. Ve prefiere los coreanos.

—¿Y tú?

—Yo los libros. —Luna dudó, frunció el ceño—. ¿Te vienes?

—Tengo planes.

Luna hizo un puchero.

—Otra vez será —se lamentó, pero antes de que Jul pudiera explicarse, una sonrisa se hizo un hueco en su rostro y su corazón se saltó un latido. Luna le enseñó el dedo meñique y Jul no supo dónde meterse—. ¿Lo prometes?

Se moría de ganas de tocarla.

—¿Qué?

Luna rio bajito, escondió las manos detrás de la espalda y ladeó el rostro, sus mejillas coloreadas de rosa y sus ojos azules escondían tantas cosas que se mareaba solo de pensar en descifrarlas.

—Es una promesa.

—Pero si no me ha dado tiempo...

—No necesitamos una promesa de meñique —insistió, luego le guiñó un ojo.

«Algún día».

Algún día sería ella la que le enseñaría el dedo meñique.

Algún día sería ella quien no pudiera aguantarse las ganas de tocarla.

—Es una promesa.

Se despidieron junto al pasillo de Julia con la promesa de un picnic en el parque de los poetas. Julia se recostó sobre la puerta de su habitación, cerró los ojos y suspiró, una sonrisa tironeaba de sus labios y la *playlist* que se reproducía de fondo, olvidada por completo.

Luna era genial.

Se moría de ganas de conocerla más, de ser su amiga y de compartir momentos así. El móvil le vibró, esperando que fuera Lena otra vez, se sorprendió al encontrarse con una nota de voz de Luna.

Dio al *play*.



LA HORA DE LAS BRUJAS (AKA EL DESASTRE EN MAYÚSCULAS)

31 de octubre, 2020

Era la noche de Halloween.

Había una fiesta —una pequeña reunión— en las salas de bachiller, a las que no tenían acceso los de la ESO y donde no debería de haber ni una gota de alcohol. Se suponía que aquellos que fueran mayores de edad se les permitía bajar al pueblo, pero dadas las medidas de seguridad del centro, las salidas extraordinarias quedaban prohibidas. Muchos habían hecho piña para reunir la mayor cantidad de bebidas. Una fiesta así de cutre sin un cubata no sobreviviría a medianoche.

Elena había decidido pasar de la fiesta para quedarse en su habitación. Podría haberse puesto su pijama de cabezas de unicornios guiñando el ojo, atiborrarse a palomitas de caramelo y ver una peli en Netflix, pero al final se había decantado por pasar la noche con Héctor Cañizares de Sociales. Era alto, con rastas y con un cuerpo de escándalo.

Encendió la vela de *Pumpkin Spice Latte* y apagó el ordenador.

Nada de eso habría importado si hubiera escuchado algún rumor repugnante sobre él. Todo habían sido palabras bonitas, suspiros de enamorados y muchas promesas sobre el tamaño de su paquete y lo que hacía con él. De hecho, si Elena había optado por subrayar con rosa pastel su nombre de una lista cada vez más pequeña de candidatos, había sido por el renacuajo, que le había jurado que era lo mejorcito que había parido la Gloriosa.

Elena se lo había acabado creyendo. Parecía perfecto.

En ese momento, ya no estaba tan segura. Héctor había llegado puntual con un ramo de rosas rojas *de verdad*, una caja de bombones con forma de corazón (¿dónde estaban sus calabazas de chocolate?) y vestido de punta en blanco. Si el tío se había percatado de su cara de horror, no se lo mencionó o le importó tres pimientos en vinagre; porque arrancó una rosa, la olisqueó y le soltó una cursilería que, si tuviera que repetir, potaría de la vergüenza.

Con el ramo en las manos (sin saber muy bien qué hacer con él, si ponerlas en agua o dejarlas secar o ponérselas de sombrero al iluminado ese), Elena le dejó pasar al cuarto. El chaval observó la habitación embelesado, como si quisiera memorizar cada detalle y almacenarlo con mimo en su memoria. Elena arrugó la nariz disgustada.

«Es guapísimo, súper listo. Es el mejor. Es como arrancarte una tirita».

Pero cada minuto que pasaba, se preguntaba por qué narices no había hecho una lista de candidatas. Seguro que las tías le daban menos dolores de cabeza.

—¿Quieres quitarte la chaqueta?

—¿Eh? Ah, la chaqueta. Es que pensaba que podríamos ir a la fiesta.

—No, no hace falta.

—¿Tienes Netflix o algo? Podríamos ver una peli.

Esto tenía que ser una cámara oculta.

—O podemos directamente hacer a lo que has venido —le sugirió un pelín mosqueada; soltó el ramo sobre el escritorio, cuidándose de que no hubiera nada que pudiera estropear las rosas y se cruzó de brazos—. ¿Necesitas que te dé permiso? Vale. Vamos a follar.

—¿Sin preliminares?

¿Qué entendía por «preliminares» ese tío?

—Si te refieres a una cita, no, no hace falta. Los dos sabemos muy bien a qué hemos venido. ¿Que hemos compartido, dos frases y media? Te gusto. Me gustas. Es sexo. Así de simple.

El tío asintió dubitativo y se miró las manos, nervioso.

—Entonces...

Era una cámara oculta segurísimo.

—¡Quítame la ropa! —explotó y después, al darse cuenta de cómo había sonado, respiró hondo y le dio una sonrisa tentativa. Era sexo, por el amor a lo más sagrado—. Podemos empezar por ahí, ¿te parece?

Él asintió más convencido.

Y ella era la que no había hecho nada con nadie. Al igual que el *boquerón* en la ESO, por alguna razón necesitaba acostarse con alguien como quien tachaba una tarea en la agenda.

Su terapeuta le preguntaría si era lo mismo el primer beso que la primera vez, y si esa autoexigencia venía de algún lado. Gracias a Dios, nunca se enteraría.

Héctor agarró el dobladillo de su camiseta de tirantes con una sonrisa tironeando de sus labios carnosos. Era guapo de narices. Olía a desodorante y a otra cosa más suave, tal vez su olor corporal o algún tipo de colonia. Ella le ayudó con la camiseta y después, al ver como tropezaba con los botones, le apartó la mano de un manotón amistoso y se quitó ella solita la camisa, maldiciéndose en silencio por haberse puesto eso, en lugar de un saquito de cuello alto.

Antes muerta que sencilla.

Él dio un paso atrás, los ojos le brillaban.

—Estás...

—No desnuda todavía.

—Eso también, quería decir...

—Lo sé, lo sé. Quítate la ropa tú también.

Mientras Héctor se deshacía de la chaqueta y de su camiseta de manga corta, ella se dio la vuelta, respiró hondo varias veces y se quitó el sujetador por encima de la cabeza. Aunque todavía llevaba los pantalones cortos y los leotardos, se sentía más desnuda que nunca. Cuando

Héctor rodeó su cintura, apartó a un lado, y con mucha delicadeza, su cabello y dejó un reguero de besos desde su cuello hasta la caída de sus hombros, ella se estremeció.

Casi sin ser consciente de lo que hacía, como un acto reflejo, se cubrió el pecho desnudo.

—Eres preciosa.

Esa vez, se permitió ahogarse en sus halagos.

—Tú tampoco estás mal. —La voz se le quebró al final, las palabras se le atragantaron.

Tuvo que notarlo, su rostro se suavizó.

—¿Puedo verte?

Elena tembló un segundo. Él no la forzó a hacer nada. Podía echarlo. Mandar todo a la mierda. Héctor no protestaría ni le haría preguntas. No necesitaba perder la virginidad esa noche. Ni nunca.

«¿Por qué es eso una preocupación?», le interrogó la vocecita de su cabeza.

No lo era.

Pero quería hacerlo. Quería quitarse la tirita por fin.

Sentir.

Quería sentir.

—Está bien, claro. A eso hemos venido.

Él se mordió el labio con fuerza, procuró no apartar la mirada. Ella dejó caer los brazos despacio, liberando su pecho. Era la primera vez que alguien la veía así. Sin protección. Al descubierto. Con el corazón a punto de salirse por la boca. No le gustaban sus tetas. Eran pequeñas y picudas. Encima, para rematar, en la derecha, cerca del pezón, tenía dos pelos gruesos.

«Si te dice algo, le destrozamos vivo».

Elena se congeló en el acto.

—¿Puedo besarte? ¿Puedo acariciarte? Eres preciosa.

Elena asintió despacio, se mordió con fuerza el interior de la mejilla para no llorar. Héctor se dedicó en cuerpo y en alma en hacerla sentir bien. Sin embargo, cuando estaban los dos tumbados en la cama, en bragas y en calzoncillos, con la caja de condones entre ellos, la situación cambió radicalmente.

—¿Qué pasa? ¿Son muy pequeños? ¿Muy grandes?

Él negó con la cabeza.

Entonces ¿por qué narices ponía esa cara? Eran condones, no una fórmula matemática. Ella le arrebató la caja, sacó uno y lo abrió con cuidado, procurando no toquetear la cosa más de lo necesario por si acaso. Roja como un tomate, le dio un pequeño empujón para que se recostara. Era una imagen ridícula: un tío con los calzoncillos en las rodillas rodeado de peluches. Menos mal que Canijo no estaba allí.

Ella se montó a horcajadas. ¿Cómo de difícil sería ponerle un condón a alguien?

—Eres súper sexy, Salgado.

—No me llames Salgado.

Solo necesitó dos intentos. Y tres condones.

Fue torpe. Todo el proceso. Hubo besos, caricias y muchos tropiezos. Era como si el condón hubiera sacado a la luz todos sus defectos. Elena casi le dio un rodillazo en la cara mientras se quitaba las bragas. Él la aplastó cuando echó todo su peso sobre su cuerpo. Ella gruñó. Él no atinó con el agujero. Ella se sintió estúpida.

—Pero ¿no decías que no era tu primera vez?

—¡Y no lo es!

Tuvo que ayudarle. Ni un libro se había leído el tío. No duró mucho. No más de treinta segundos. Se corrió enseguida, haciendo mucho ruido, como si se estuviera muriendo, y aplastándola al finalizar. Ella le sonrió por sonreírle cuando en realidad lo que quería era estrangularlo y sacarlo a patadas del cuarto. Se sintió incómoda, fuera de su cuerpo, dolorida por todas partes. No quería mirarse ahí abajo, solo ponerse las bragas, meterse en el baño y darse una ducha larga y relajante.

Solo quería que el tío desapareciera. Ni ganas de masturbarse le quedaban.

—Ha sido... ¡guau, espectacular! ¿Verdad?

Ella lo miró como si le hubiera salido una segunda cabeza. ¿Cómo podía conformarse con tan poco? Era guapo y cuidadoso (más o menos), pero el tío necesitaba mucha práctica y limpiarse el oído o revisarse la vista o las dos cosas. No podía pensar en serio que ella hubiera disfrutado eso.

Héctor se levantó, se perdió en el baño y tuvo que escuchar como meaba. Por lo menos, tiró de la cisterna.

Tenía que echarlo. Con amabilidad. El tío se rascó las pelotas y se puso cómodo en la cama, apartando un gato unicornio.

No, eso sí que no. Con sus peluches, no.

—¿Qué coño haces? —dijo con más brusquedad de lo que había querido en un primer momento, pero no pensaba permitir que ese tío aplastase a sus peluches.

«No en esta vida».

—¿Ponerme cómodo? —preguntó dubitativo, mientras rebuscaba en los bolsillos de sus pantalones—. ¿Quieres ver una peli? ¿Hacer la cucharita?

A Elena le iba a estallar la cabeza.

—Quiero que te vayas.

—¿Cómo?

—¡Que te largues! —Agarró un cojín y se lo lanzó a la cabeza—. ¿Necesitas que te lo apunte en un papel o qué te pasa?

Estaba empezando a ver borroso, todo el cuerpo le pesaba una tonelada.

—Estás como una cabra, tía.

Héctor se puso los calzoncillos, los pantalones y la camiseta a toda prisa.

Elena le cerró la puerta en las narices, no sin antes lanzarle los zapatos a la cabeza, claro. No se había comportado bien con él, debería haberle contado cómo se sentía, porque la comunicación en estos casos era esencial, pero todo le superó y se aferró a la primera excusa que encontró para deshacerse de él, para culpabilizarlo de todo. Se miró las manos. Estaban bien. No había ni rastro de las venas negras. Estaba bien. Era ella. Nadie más. Estaba bien. Era ella. Nadie más.

«Soy yo. Soy yo. Soy yo».

Era la hora de las brujas. Después de asearse, se frotó a conciencia la piel, se recogió el pelo en un moño alto y abrió la ventana. Dejó que el fresquito de la noche le despejara las ideas. Le pareció ver a un par de idiotas correteando por los jardines y a una parejita haciendo manitas. Pero toda su atención se centró en la luna, que estaba enorme y preciosa. Recuperó su teléfono de la mesita y sacó un par de fotos. Más tarde, las editaría. Y subiría alguna a su cuenta artística de Instagram.

Héctor había sido un desastre al final. Cogió el teléfono y le mandó un mensaje al renacuajo. No pensaba hacerle caso nunca más. ¿En qué había estado pensando? Sacó las sábanas, hizo una bola con ellas y las metió en el cesto de la ropa sucia, luego se tiró en el colchón, agarrando con fuerza el teléfono. Quería sentir algo, cualquier cosa que no fuera ese agujero negro que lo absorbía todo a su paso, que estiraba sus largos tentáculos para asfixiarla. Sentir para no pensar en la oscuridad que habitaba su interior, que ansiaba dolor, vida.

Se estiró, su mirada puesta en el techo.

—La práctica hace al maestro, ¿no? —musitó a la habitación, a sí misma.

Con el tiempo, con cada persona con la que estuviera, se sentiría más segura de sí misma, más en control. Sería ella. Nunca la Muerte.

El móvil vibró entre sus manos, lo desbloqueó.

Era un *gif* de un gato descojonándose.

Iba a matar al renacuajo por listillo.



LOS VÍNCULOS QUE SE FORMAN COMPARTIENDO ALCOHOL BARATO

4 de noviembre, 2020

¿Estaba Iván Sierra dándole un puñetazo a un árbol?

Era un meme.

Carlos parpadeó desconcertado, le echó un vistazo a su alrededor, para cerciorarse de que sí, estaban solos y cerca de los baños exteriores (abandonados por la madre naturaleza y habitados, según las malas lenguas, por los fantasmas extraviados de la guerra civil). Allí iban quienes querían fumarse algo más fuerte que un cigarro, que no era su caso, muchas gracias, o quitarse del medio un rato, porque la vida les superaba y la batería social estaba bajo mínimos, que sí era su caso.

Con el Chupachup colgando de los labios, y con las manos metidas en los bolsillos de la sudadera, sopesó sus opciones. Podría darse media vuelta, ignorar al pijo tonto el culo de Sierra o hacerse notar y averiguar qué pasaba.

La señora del visillo asomó la cabeza.

Se sacó el Chupachup de la boca, mientras una sonrisa maliciosa le tironeaba de los labios. Iván continuaba en la misma postura que antes, se aferraba al árbol como si fuera lo único que lo mantenía de una pieza y miraba el suelo con una concentración que daba hasta repelús.

O eso intuía, porque con el pelo (castaño oscuro, recogido en una coleta, excepto por el flequillo que siempre se echaba hacia atrás con esa sonrisilla de superioridad que le ponía de los nervios) tapándole la cara, lo tenía bastante difícil. Muy difícil.

Carlos se humedeció los labios resecos. Necesitaba un bálsamo nuevo.

—¿Está todo bien por ahí? ¿Qué te ha hecho ese árbol? —Se hizo oír.

Iván se sobresaltó, fue pura suerte que no se resbalara con las hojas del suelo.

«Qué ojazos tiene».

—Desaparece, maricón.

Directo al grano. Sin sutilezas ni nada.

—Vaya, qué original —atinó a decir, con la diversión todavía coloreándole las facciones—. Fíjate, un cliché con patas: chupa de cuero carísima en el suelo, pelito largo, *piercing* en la nariz, mueca de asco. Eres un *señoro* en potencia, ¿y la pulserita también la tienes? ¿Has pensado en renovar tu armario para incluir algún chaleco o...?

Eso pareció molestarle.

Normal.

—Mira, tío, lo siento, no sé qué me pasa. —Se pasó la mano por el pelo, la manga se le bajó lo suficiente para comprobar que sí, que tenía una pulserita, pero los colores no eran los que esperaba. Magenta, lavanda y azul. Eso sí que era una sorpresa—. No debería haber dicho eso, pero no estoy de humor para tus tonterías habituales.

¿Tonterías habituales? Arrugó la nariz.

Pero ¿acaso era mentira?

Para la mayoría, Carlos Espósito era un crío superdotado que no paraba quieto ni durmiendo y que todo lo que soltaba por la boca eran bromas sin sentido, indirectas y muchísimo ruido. No le faltaba razón. Al igual que a Sierra le mosqueaba que lo llamaran *señoro* en potencia, a él le picaba hasta en el alma que lo retrataran como él mismo se había hecho retratar desde que había puesto un pie en el internado.

Era más que todo eso, maldita sea.

«Ah, ¿quieres ser más? Déjame entrar».

Por un segundo, cerró los ojos. Ahí estaban las sombras, siempre hambrientas (¿De qué? A saber), susurrándole en el oído que no era nada sin ellas, que se dejara llevar, que ellas le darían cobijo, que serían intocables juntos.

Que *él* tomaría el control.

Sacudió la cabeza.

Iván estaba ahí, a unos metros de distancia.

—¿Y para una ronda de chupitos de vodka? —soltó la primera tontería que le vino a la cabeza.

Funcionó de maravilla, porque las sombras desaparecieron del borde de su visión. Iván tardó un minuto de reloj en reaccionar, arrugó el ceño y apretó los labios hasta dibujar una fina línea. Probablemente porque no terminaba de creerse que ese niño de tres al cuarto hubiera dicho lo que creía haber oído. Era imposible. O tal vez sopesaba si sería una trampa o una broma que no terminaba de pillar.

Todo era posible.

Era Iván Sierra.

—¿A las seis de la tarde?

Carlos sonrió de oreja a oreja.

—¿Ahora quién dice tonterías? —se rio, después le echó un vistazo a su teléfono. Ignoró la falta de notificaciones, la falta de interés de la gente en él—. Son las siete menos cuarto. ¡Es la hora feliz!

Iván no daba crédito.

—¿Vodka? ¿Un miércoles por la tarde? Y con clase.

Carlos se iba a saltar las dos últimas de todos modos.

—Oh, usted perdone, señorito, ¿iba a clase? —se burló.

—No tienes edad para beber, mocoso —le devolvió la pullita.

En ese momento, ni se coscó, pero estaban los dos sonriendo como idiotas.

—¿Y tú sí?

Iván se encogió de hombros.

—¿Y de dónde vas a sacar una botella de vodka?

—¿Eso es un sí?

No era un no.

Iván se rascó la nuca, comprobó la hora en el móvil una vez más, murmuró algo por lo bajini que sonó peligrosamente a «mierda, ¿por qué no?» y recuperó su chupa del suelo, repleta de tierra y hojitas.

A Carlos se le dispararon las pulsaciones, Iván le estaba siguiendo el rollo.

—Vale, bien, lo que tú digas, tío, ¿y tu botella? Espero que no sea del Mercadona.

Carlos soltó una carcajada. Ni rastro de las sombras. Era como si la tarde se hubiera despejado de pronto.

—No, hombre, no. ¡La tengo de marca, no te jode!

Iván agachó la cabeza para ocultar su sonrisa.

—Qué boquita tienes.

Tenía una sonrisa muy bonita.

En cuanto estuvo a su altura, Carlos le pasó un brazo por los hombros (daba igual que él fuera mucho más bajito o que Iván oliera a chicle de menta) y lo arrastró hasta su escondite de contrabando, uno de los baños abandonados, para pillar la botella.

Iván puso cara de culo cuando sacó la bolsa de una de las cisternas.

—Está precintada, ¿ves?

—Como eso me mate, mi fantasma te pateará el culo.

Carlos le hizo burla.

Esa tarde, dos chicos sin nada en común, se encerraron juntos en un aula vacía para compartir una botella de vodka.

—Cuánto polvo, ¿no ventilan o qué?

—Le da cierto encanto.

—A mi funeral —le dio la razón, empujó una mesa y se subió para correr las cortinas—. Tengo una alergia asmática.

—Ah.

—Ayúdame a abrir la ventana, no puedo.

—Blandengue —le picó, porque sí y porque le apetecía probar los límites de Iván, hasta dónde llegaba su paciencia. Iván le sacó el dedo corazón en respuesta.

Les costó tres intentos abrir la ventana.

—Pásame la botella.

Bebieron a morro. A medida que se pasaban la botella, Carlos tuvo la sensación de que Iván, con esos ojos enormes y verdes como el Mediterráneo, podía ver más allá de sus máscaras, de las sombras de las que intentaba escapar, profundizar en su alma y arrancarle el corazón de un mordisco.

Eso, o el alcohol le estaba pasando factura.

—¿Lo haces a menudo?

—¿El qué? —Sus dedos se rozaron al pasarse la botella. A Carlos se le secó la garganta cuando el contacto duró más de dos segundos—. ¿Ser irresistible?

Iván ladró una carcajada.

—No, esconder botellas y beber rodeado de mierda.

—Y de cucarachas.

Iván se puso en pie tan rápido que se mareó, Carlos se carcajeó.

Eran iguales, se complementaban.

—Que te den.

—Que es broma.

—Como vea un solo bicho, te juro que...

—¿Tu fantasma me perseguirá hasta el fin de mis días?

Tal vez ese pensamiento vino después.

Fue más tarde, cuando el cielo se coloreó de naranja y el alcohol emborronó las líneas, y la distancia entre los dos se acortó tanto que su cabeza acabó en el hombro de Iván. Ahí fue cuando todo dejó de importar, cuando adquirió un matiz distinto.

—Para ya, no tienes que hacer el tonto aquí —le soltó Iván, con la boca de la botella rozando sus labios húmedos y con los ojos tan brillantes que dolía mirarlos.

¿Fue real o su imaginación?

No importaba. Ninguno de los dos lo mencionaría después.

—Que te jodan, Sierra —se rio él, con una sonrisa boba tatuada en la cara, que chocaba con la fuerza de sus palabras.

A Iván le temblaban los hombros por el ataque de risa que intentaba aguantar y a él todo, ellos dos tirados ahí, la botella abandonada, los ojos vidriosos y el corazón en carne viva, le hacía muchísima gracia.

—No me hagas reír —le advirtió Iván.

—¿Te estás meando?

—¡Tío! No me gusta mi risa.

Él no lo entendía, su risa era divertidísima.

Iván le hizo la peseta cuando se lo dijo. Él le sacó la lengua.

Tal vez, si no hubiera estado buscando el sentido de su existencia en una clase vacía repleta de telarañas, y si no se hubiera dejado hechizar por su risa de cerdito y por todo lo que le confesó después, se habría dado cuenta de que se estaba metiendo en un callejón sin salida.

Que Iván era una trampa mortal.

—Mi padre es gilipollas.

—¿Y eso?

Iván desvió la mirada.

—Perdona por lo de antes, no sé en qué estaba pensando.

—Está olvidado.

Tal vez, si no se hubiera dejado abrazar por las miradas intensas, las risas torpes y el alcohol barato de esa tarde; si no se hubiera dejado llevar por los encuentros robados y los mensajes a altas horas de la madrugada, más tarde; Carlos habría marcado distancia, no habría cavado la tumba de su corazón.

O tal vez sí.

—Me debes dos euros.

Y le señaló la botella vacía.

—¿Qué dices?

—Hazme bizum, anda.

—Tú lo que quieres es mi número, capullo.

Él se encogió de hombros, los dos rompieron a reír.

Después, en medio de encuentros robados o entre mensajes compartidos, Carlos descubrió que el señor Sierra era un cabronazo, con sus banderitas y las maldades que escapaban por su boca.

—Tengo el culo helado.

—Tienes un culo muy respingón.

Iván le hizo la peseta.

Descubrió que era una marioneta que ansiaba cortar los hilos a cualquier precio y que Carlos no era el héroe de su cuento de hadas, el príncipe con brillante armadura que rescataría a su príncipe de las garras de un dragón anticuado. Que nunca podría haberlo sido, porque eso no era un cuento.

Esa tarde, entre miradas intensas y movimientos torpes, Carlos Espósito se condenó.

O semanas más tarde.

¿añadir contacto nuevo? ACEPTAR
¿guardar cómo? OJAZOS





LAS SOMBRAS CHISMOSAS

13 de noviembre, 2020

Esto sería interesante.

Carlos se estiró cuan largo era en el asiento mientras una sonrisa felina le trepaba por la cara. Sus compañeros miraban a la profe entre cabreados y desesperados. Habían tenido una jornada muy intensa, repleta de fechas de entrega y de tareas absurdas. Ni el descanso había sabido a nada. Él estaba tan agotado como su clase. Aun así, era capaz de verle el lado positivo.

Por lo menos, no estarían dibujando músculos de nuevo.

Todo un avance.

Eva, así se llamaba la de Dibujo Aplicado, continuó con las directrices de la tarea sin fijarse en sus alumnos. Luna Guerrero, dos asientos por delante, ocultaba el rostro entre sus brazos, mientras su amiga le comía la oreja en susurros. Por las muecas que hacía, debía ser un chisme jugoso. Con disimulo, y pese al escándalo que sus compañeros estaban montando, intentó poner la oreja.

No sirvió de mucho, maldijo entre dientes.

Era un cotilla de manual.

Por el rabillo del ojo, una sombra se arrastró entre las mesas, acercándose peligrosamente hasta Susana y Luna. Carlos no atinó a reaccionar, se quedó paralizado, con el corazón golpeándole las costillas y con el miedo helándole la sangre. Cientos de posibilidades le rondaban la mente, cada una más oscura y horrible que la anterior. Sin embargo, temió apartar la mirada, parpadear siquiera, ¿y si era un espejismo? ¿Y si dejaba de mirar y las sombras se alzaban y devoraban todo a su paso?

¿Y si todos se daban cuenta, se revolvían contra él y lo señalaban como el bicho raro que era?

Las sombras treparon por la pared, deslizándose hasta Susana.

Y susurraron en su mente.

—Pues lo que yo te digo, tía, está más perdida.

—Déjala, ya se le pasará.

—Ve nunca se encapricha y lo sabes.

—¿Quieres callarte un rato? No quiero que nos pongan un parte.

—Illa, están todos hablando.

Cuando quiso darse cuenta, se había puesto en pie y tirado el estuche al suelo, junto a su A4 y un par de cosas más. El silencio fue lapidario, todas las cabezas giradas en su dirección; hubo miradas de incredulidad, destellos de preocupación y de diversión, pero también bufidos, porque

el idiota de la clase estaba haciendo el idiota y no era ninguna novedad. A Carlos no podía importarle menos, su mirada fija en Susana y en Luna, en la sombra que se desvanecía y que, al mismo tiempo, acariciaba su rostro con familiaridad, bebía de él y susurraba en su corazón promesas que no quería escuchar.

Habían sido ellas.

Había sido *él*.

—¿Señor Espósito? —Se hizo oír la profesora, brazos cruzados y mirada exasperada—. ¿Puede saberse ahora qué le pasa?

Que no podía más.

Que él no quería esto.

No dijo nada, no pudo; la lengua le pesaba una tonelada, la cabeza le daba vueltas y el sudor frío le pegaba la tela de la camiseta en la piel. Recogió sus cosas. Tomó asiento, intentando hacerse pequeñito y fallando estrepitosamente. Él había querido esto, desde el principio. Había querido llamar la atención, ser el centro de todas las miradas. Ocultó las manos en el interior de la chaqueta, obvió las sombras, invisibles ahora, pero siempre presentes, que acechaban a su alrededor.

Se difuminaba, se perdería entre las sombras. Y a nadie le importaría.

Ellas habían saciado su curiosidad. No había duda.

—Niños, escuchadme, que os jugáis la nota. —Como siempre. Y si siempre se jugaban la nota, ¿qué importaba fallar una o dos veces? Habría otros trabajos, otras notas por las que luchar. *Otros problemas*—. Tenéis dos horas para hacer un retrato de un compañero. Técnica libre. Se valorará la originalidad. Como ya sabéis.

Podría ser peor.

Mientras intentaba recomponerse, el caos se hizo otro hueco en el aula. Eva tuvo la osadía de señalar que no solo debían hacer un retrato al aire libre, con el frío que hacía, sino que encima el modelo debía ser alguien ajeno a la asignatura. Debían, pues, pedirle a otra persona que posara casi dos horas en el patio. Era una puta locura.

—Pero profe...

—Eva, si aquí hay gente de sobra, ¡podemos hacer lo mismo que en la prueba inicial!

—¿De verdad nos va a hacer correr por el centro para buscar a alguien que nos haga de modelo? Si hay fotos de la peña del insti en Instagram. Es que ni loco.

Carlos entró en pánico. ¿Cómo iba a coger a alguien al azar? Vale que no tuviera pelos en la lengua, pero por eso mismo no le iban a tomar en serio. Además, no tenía el cuerpo para tonterías.

Era superior a sus fuerzas.

Pensó en escribirle a Elena, pero acabó desechando la idea enseguida; primero, le mandaría a

la mierda y segundo, si no lo hacía, acabaría dándose cuenta de que algo le pasaba.

No estaba preparado para lidiar con ella.

Estaba solo.

«¿Y qué tal Iván?».

Quiso darse de cabezazos contra la mesa. Porque una cosa era que se emborracharan juntos en un aula vacía y otra pedirle a uno de los tíos más buenorros de su curso que se quedara quietecito para dibujarlo en una clase repleta de chismosos. No sabía por qué le molestaba tanto esa posibilidad, si el cotilleo era lo que buscaba siempre, pero como no quiso analizar ese pensamiento muy de cerca, lo descartó con un «no somos amigos, no puedo pedirle eso».

Jugueteó con un lápiz.

Ese era el problema. Estaba solo.



Era una idea pésima.

—No sé yo...

—Puedes quedarte con los auriculares puestos. A Eva no le va a molestar.

Julia vaciló un segundo. Carlos hizo un puchero.

—Está bien —cedió con un suspiro, hizo algo con el ordenador y recogió su cárdigan y sus cosas—. Me debes una.

—¡Genial!

Sin darle tiempo a arrepentirse, Carlos la agarró de la muñeca (por encima del suéter, clavándose una de sus pulseras) y la sacó de la biblioteca casi a rastras. Ni loco se quedaba más tiempo del necesario allí, no quería lidiar también con la bibliotecaria. Atravesaron los pasillos y bajaron las escaleras como pájaros a punto de abrazar la libertad, de surcar el cielo sin restricciones. Julia protestó un par de veces, él rio a carcajadas y ella acabó sonriendo, con la banda sonora de ese instante de fondo.

—¡Nos vamos a caer!

—¡Que no, confía en mí!

Estaban en el patio de la fuente. Aún faltaba gente, más de uno habría aprovechado para hacer bomba de humo y el resto se estaría tirando de los pelos buscando a alguien que estuviera dispuesto a hacerle un favor.

Él mismo podría haber desaparecido.

—¿Quieres que haga algo en especial? —preguntó mientras tomaba asiento.

A Carlos no se le escaparon las miraditas que Luna Guerrero les disparaba desde la otra punta del círculo, ni el codazo que le propinó Susana un segundo después. Era una pena que Julia estuviera de espaldas, habría sido divertidísimo verlas interactuar desde tan cerca.

«¿No quieres escuchar lo que dicen?».

Julia chasqueó los dedos para llamar su atención.

—Qué va, ponte cómoda —respondió recordando que le había hecho una pregunta.

—¿Y las coletas?

—Déjatelas, ni te rayes.

Por mucho que sus compañeros se hubieran quejado al principio, el silencio reinó en el patio y todos se pusieron manos a la obra enseguida. Carlos no tardó mucho en coger ritmo, en dejarse llevar, y cuando quiso darse cuenta, había terminado el primer boceto. Corrigió los defectos que alcanzó a ver antes de decirle a Julia que podía relajarse, cambiar de postura o incluso marcharse si quería.

Ella negó con la cabeza.

—Me quedo un rato si no te importa, se está bien aquí.

Él asintió. Había tiempo de sobra.

Enseguida se arrepintió de haberla elegido. ¿En qué había estado pensando?

Julia tenía la mirada fija en él. Probablemente no significaba nada, tenía los auriculares puestos y a él le parecía escuchar un murmullo de la música que estuviera reproduciéndose. Pero, sin embargo, fue inevitable sentir que estaba *mirando* más allá de él. Casi le pareció notar una mano invisible hurgándole en la cabeza, en sus recuerdos, arrastrándose hasta alcanzar su corazón.

Fue una pésima idea, la peor.

Casi la cagó con el delineado.

—¿Y si entrenas?

Se agarró a un clavo ardiendo, el primero que pilló. Ella frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Ahora?

—¿Por qué no?

Julia echó un vistazo, la mayoría de las parejas seguían trabajando en silencio, pero había otras, como ellos dos, que ya habían terminado la parte más difícil por lo que se podían permitir charlar en susurros.

Nunca habían practicado rodeados de otras personas. Preferían aulas vacías, sus habitaciones o hasta las zonas más apartadas de la escuela. Pese a que había sido una idea improvisada, Carlos no veía más que ventajas. Era la única oportunidad que tendrían sin que a nadie le pareciera raro. Hasta ahora solo habían practicado la relajación y otros ejercicios similares a los que Julia realizaba en terapia.

Ahora podían probar de verdad.

Era emocionante.

—Elige a una persona, intenta concentrarte en ella y dime qué siente.

Era una locura de proporciones gigantescas, el tipo de locura que le hacía cosquillas en la barriga y le hacía sonreír como un idiota.

El tipo de locura que le permitía olvidar todo lo demás.

Julia se mordisqueó el labio inferior, vaciló, solo un segundo, y después cedió. Claro que sí, no solo a él le parecía emocionante.

Estaban aquí, vivos.

—¿A cualquiera?

—Menos a mí, a quien quieras —dijo de prisa, tropezando con las palabras, ahogándose en ellas—. Quiero decir... A ver, preferiría que no te metieras en mi cabeza otra vez. Solo pienso en gente desnuda, como ya sabrás.

Era una broma.

Era una mentira que escapaba con facilidad de sus labios.

Ella rio bajito, sus mejillas arrojadas y una sonrisa que no le cabía en la cara.

—Estoy aterrorizada, pero ¿por qué no? Por probar.

—Por probar —repitió con la misma energía.

Eran efímeros.

Julia se colocó a su lado, sus brazos casi tocándose y eligió a Susana. No se quitó los auriculares, pero sí que abrió la aplicación de Spotify para detener la música. A Carlos no le pasó desapercibido el temblor de sus manos, el nerviosismo que de repente parecía abrazarla. Pero confiaba en ella, creía en ella. Él la ayudó a relajarse, a que se centrara en los latidos de su corazón, a que olvidara que estaban rodeados.

Eran ellos dos. Nada más. Nadie más.

Después, todo dependió de ella.

Él estuvo en tensión todo el rato, una eternidad.

—Cansancio —murmuró despacio, unos minutos después, más tiesa que un palo y con la frente perlada de sudor. Ni parpadeaba—. Está cansada. Muy cansada.

Él esperó sesenta segundos antes de hablar.

—¿Y qué más? —vocalizó más que pronunció cada palabra; la miró de soslayo, temiendo que, si sus miradas coincidieran, rompería la conexión y todo el avance se habría ido a la porra—. Ve más allá, intenta escuchar sus sentimientos.

Ella apretó los labios.

Carlos borró los restos de lápiz. Dudaba si sería mejor utilizar lápices de colores con las acuarelas o con los rotuladores nuevos. Había optado por un retrato realista, así que tenía que

asegurarse de que el resultado valiera la pena y destacara.

Julia le clavó las uñas con fuerza en el brazo.

—Está cansada, le duelen las piernas. Tiene miedo. No, miedo no es. Asco. Siente asco. Muchísimo. Cree que ha visto una lagartija. Le duele... No. Eso no. Le duelen los riñones. ¡Está con la regla!

Eso último lo gritó.

Pocas veces algo le avergonzaba en público, hoy fue una de ellas. Ocultó el rostro rápidamente detrás del cuaderno y cruzó los dedos para que nadie se fijara en ellos, bastante ridículo había hecho él ya.

«Espera un momento».

—¿Le has leído el pensamiento? ¿Puedes hacer eso?

Julia hizo una mueca, perdiendo el color de sus mejillas. Rápidamente desbloqueó el teléfono y puso la primera canción que encontró. Durante unos minutos permaneció con los ojos cerrados murmurando algo que Carlos no consiguió entender. Julia le diría después que, a veces, cuando todo la abrumaba, cuando la música no hacía efecto, contaba hasta cien o hasta el número que hiciera falta.

Abrió los ojos casi dos minutos después.

—Más o menos. No. Es más que eso. He leído sus sentimientos y sus emociones. Ellas me han hablado.

—Pues parecía...

Era fascinante, sacudió la cabeza. ¿A quién pretendía engañar? No sabía una mierda de su propio don como para intentar entender el de Julia. Había sido un fiasco. Pero Julia, pese al cansancio más que evidente y la mueca de dolor que había hecho al perder la conexión, sonreía de oreja a oreja. Estaba radiante.

Estaba preciosa.

—¿Qué pasa?

—Que lo he hecho, que durante un rato solo he oído a Susana. ¡Lo he hecho!

Julia se le echó encima, enterró el rostro en el hueco entre el cuello y el hombro. Carlos tardó un segundo en corresponder el abrazo, demasiado afectado por sus palabras y lo que estas implicaban para fijarse que era Julia quien había iniciado el movimiento.

La había ayudado. Ella le estaba dando las gracias.

Le estaba dando las gracias.

A él.

—Me alegro por ti, sabía que lo conseguirías.

Las palabras se le atragantaron.

—Si sigo así, no necesitaré la cura —bromeó, le dio un codazo amistoso y alucinó en colores

al ver el retrato. Todo a la vez—. ¡Soy yo!

Él no pudo concentrarse en sus palabras. La cura. La maldita cura. De la que no sabía una mierda. Por suerte no tuvo que cambiar de tema, encontrar una excusa entre las sombras que le rodeaban para explicarle a su amiga por qué aún no les había dicho nada. Eva se acercó para ver cómo iba el retrato. Julia le hizo un gesto de triunfo con los dedos. Carlos intentó sonreírle, ni una mueca le salió.

Ese día, no prestó atención a las correcciones de la profe, ni siquiera fue capaz de elegir qué materiales utilizar. Al menos no tendría que entregarlo hasta el lunes. Si Julia notó algo raro, tuvo la decencia de no comentárselo.

—¿Vienes? —Julia le hizo un gesto hacia arriba. Carlos imaginó que se refería a las habitaciones o a la sala común—. Me ha escrito Lena, ¿maratón de *The Crown*? Para prepararnos para el estreno de la nueva temporada.

Él quería decir que sí, que nada le apetecía más.

Pero no podía, necesitaba recuperarse a sí mismo. Recuperar el control. Hizo su mejor interpretación; una sonrisa artificial que destrozaba sus facciones, un gesto despreocupado con la mano y una excusa barata. Julia apretó los labios, como si no terminara de creerse su actuación, pero no le quedara más remedio que fingir que sí, porque ella no estaba allí para hurgar en la herida. Para incomodarle.

Pero ojalá lo hiciera, ojalá preguntara.

—¿Desayunamos mañana juntos? —probó suerte de nuevo, casi parecía estar a punto de imitar pobremente su puchero—. Quiero que estés delante cuando le cuente a Lena lo que hemos hecho hoy ¡Eres un genio!

Él asintió a duras penas. Mañana sería otro día. Mañana no tendría que lidiar con las secuelas de las sombras, con lo que había descubierto de sí mismo.

Después de ese día, hubo otras prácticas, otras sesiones de entrenamiento. Era la única forma de que Julia aprendiera a dominar su don. Él le había prometido ayudarla. No le fallaría. No quería fallarle. No lo haría.

No podía fallar, tenía que ser útil.

Necesitaba ser útil.



LIBROS, FANFICTION Y CHUBASQUEROS PARA EL SOL

24 de noviembre, 2020

Julia conectó los datos al salir del aula. Quería escribirle a su hermana para avisarle de que tenía todos sus apuntes y que como el wifi había ido fatal ese día, no había podido subir nada a *Drive*. Por suerte, no compartían muchas asignaturas.

Elena llevaba mala con la regla desde el sábado. Se había tirado todo el fin de semana maldiciendo a sus ovarios y lloriqueando en la cama por no poder hacer nada de clase. Con los exámenes a la vuelta de la esquina, y las fechas de entrega, Julia cruzaba los dedos para que la regla se marchara pronto por una vez.

A diferencia de su hermana, la regla le duraba tres días y los dolores brillaban por su ausencia. «Eres la elegida de Dios», le decía Elena en sus mejores días o «que te jodan» si estaba sufriendo la peor de las torturas. Guardó el teléfono antes de que su hermana se conectara. Ya la aguantaría en persona cuando fuera a su cuarto.

Al otro lado del patio, con un chubasquero violeta y una sonrisa resplandeciente, estaba Luna. Julia se quedó congelada. Seguían coincidiendo en la biblioteca, y se pasaban el día intercambiando mensajes y notas de voz, pero aparte de su encuentro en las cocinas y de la promesa que hicieron, no habían vuelto a coincidir fuera del aula.

No supo la razón, pero le sentó fatal.

Luna corrió para alcanzarla.

—Ya está. Ya lo he hecho —le informó sonriente, si acaso se podía sonreír más y casi dando saltitos en el sitio.

¿Por qué llevaba unas botas de agua? Julia le echó un vistazo al cielo. Estaba despejado. Ni una sola nube.

—¿Va a llover?

—Nunca se sabe —respondió enigmática, después se echó a reír, probablemente por la cara que Julia puso—. ¿Te cuento un secreto? No he sacado la ropa de invierno de las maletas y me daba pereza ponerme un abrigo. ¡Estamos casi a treinta grados!

Era una exagerada.

—Dudo que lleguemos a los treinta.

—Nunca se sabe —repitió.

—Supongo. —Julia quiso darse un golpe en la cabeza. ¿No se le ocurría nada mejor que decir? ¿Bonitos pendientes? ¿Son arco iris bebés eso que llevas en las botas? Era ridículo todo—. ¿Qué

es lo que has hecho?

Luna frunció el ceño. Era adorable.

—¡Ah! ¡Qué cabeza la mía! ¡Pues leer *Cazadores de sombras*, tontita! ¿Qué si no?

Julia tardó un segundo más de la cuenta en procesar sus palabras. No podía haber dicho lo que acababa de decir. Era imposible.

—Espera, ¿todos los libros?

—Soy una máquina, ¿eh?

Era su saga favorita. Había vivido entre sus páginas.

—Todos, todos, no. Me quedan las historietas, el libro que se publicó hace poco, el que va de Magnus y Alec en París. Uf, y la última trilogía la tengo a medias. ¡Que eBiblio no hace milagros!

Luna siguió parlotando sobre los personajes, los *ships* que más le gustaban y sus teorías sobre el final de la saga. A Julia no le salían las palabras, se le atascaban en el pecho y le impedían tragar con normalidad.

—No me escondo, hay cachos que he leído en diagonal.

También le comentó que estaba contentísima con que Cassie apostara por la representación trans. «¡Ya era hora, que existimos y queremos ser los protas de nuestras propias historias!». Pero Julia la escuchaba a medias, no le entraba en la cabeza que se hubiera leído todos los libros.

—Y hay cosas que me chirrían, pero bueno... ¿La serie vale la pena? He visto que hicieron una peli, pero no sé si me convence que los personajes parezcan tener treinta tacos.

Era increíble. Desde luego, a Julia no se le había pasado por la cabeza que Luna fuera a leerse su saga favorita, ni siquiera intentarlo, por dos frases y media que compartieron un mes atrás. Sí, le había preguntado por WhatsApp el orden de lectura, y si se lloraba mucho con algún libro en particular, pero ni así imaginó que lo decía en serio.

—Pero ¿por qué?

—¿Que por qué me gusta Magnus Bane? ¡Es Magnus!

Julia negó con la cabeza, ligeramente abrumada. Esto le superaba. Luna se había leído su saga favorita. En un mes. ¿Por qué? ¿Por qué haría alguien algo así? ¡Eran muchísimos libros! Y ella solo había *fangirleado* durante veinte minutos, ¿media hora? Dudaba seriamente que hubiera dicho algo con coherencia, aparte de sonreír y suspirar como una tonta. ¡Y por notas de voz!

Julia observó a Luna otra vez, pero desde otra perspectiva. Memorizó cada línea, cada sonrisa, cada gesto y se perdió en el brillo de sus ojos, en la intensidad de sus palabras y en la forma en la que mordisqueaba su labio.

No, no podía preguntarle por qué, le daba miedo la respuesta, que su mente tomara las riendas y divagara hasta terreno hostil.

Que quisiera inclinarse.

—No sé qué decir.

Luna alzó una ceja divertida.

—No digas nada. Te toca a ti.

—¿Que me toca qué? ¿Me vas a decir tu libro favorito?

Luna hizo una mueca.

—¿Y qué me dices de un *fanfic*?

—No he leído muchos.

Luna alzó los brazos al cielo.

—¡No te puedo creer! No pasa nada, te vas a estrenar con el mejor *fanfic* de internet. Lee el *Marauder!Crack* y luego *Mortífago*. ¡Es lo mejorcito que te puedes echar a la cara!

—Pero...

—Quizás *Mortífago* es un pelín fuerte para ti.

—Si no es eso.

—¡Pero es que mola muchísimo! Y la chavala esta acaba de publicar un *young adult* muy cuqui que seguro que te encanta. Va a triunfar.

—¿Quieres dejarme terminar? —protestó; aunque había querido sonar molesta y autoritaria, no pudo evitar sonreír. Luna brillaba con luz propia y no paraba quieta a su alrededor—. ¿No debería, ya sabes, leerme los libros primero? Mi hermana lleva insistiendo años y yo siempre...

—Espérate. —Frenó en seco, casi tropezó con ella. Dio un paso atrás por si acaso—. ¿No te has leído *Harry Potter*? Me dijiste que viste las pelis.

—Ya, ¿y? Fui más de *Percy Jackson*.

Luna ladeó el rostro y entrecerró los ojos pensativa.

—¿Sabes qué? ¡No importa! No hay que darle dinero a esa señora. Con las pelis bastará, ¡el *fandom* te espera con las puertas abiertas!

—Pero ¿y los libros?

—Yo resuelvo todas tus dudas, pero ¡léete a Irati!

Estuvieron charlando sobre *Cazadores de sombras* y el fenómeno del *fanfiction* todo el camino hasta las habitaciones. Luna le confesó que el año pasado, por las risas, escribió un *self insert* con Susan y que a Vero se le ocurrió la maravillosa idea de escenificarlo.

—Y la muy guarra nos grabó.

—¿Puedo verlo?

—¡Por encima de mi cadáver!

Mientras subían las escaleras haciendo el tonto, la mano de Luna rozó la suya al pasar. No fue más que una caricia a medias. Julia comprendió, en medio de las escaleras y con las risas de dos críos de primero de fondo, que no llevaba los auriculares puestos, que no había música acallando las voces (la montaña rusa de emociones sin nombre) que constantemente bombardeaban su

mente, solo la voz de Luna, sus risas y sus comentarios.

Luna se quedó a medio camino, a un par de escalones de distancia.

—¿Todo bien?

Julia se quitó la mochila de un asa y buscó los auriculares a tientas.

—Genial.

—Después te paso el archivo del *Marauder*, ¡no me falles!

Se despidieron con prisas, como si Luna se hubiera dado cuenta de su malestar y quisiera concederle el espacio que no se atrevía a pedir.

Julia se colocó los auriculares con torpeza y puso la primera *playlist* que pilló. No se quedó tranquila hasta que el mundo exterior desapareció. Sin embargo, aunque el corazón le latiera desbocado, aunque las garras del miedo se le hubieran hundido en la carne, no pudo evitar sonreír como una idiota.

Esa noche, se quedaría hasta tarde leyendo.

Esa noche, se quedaría hasta tarde comentando la lectura por mensaje.

Tenía un chat sin leer de su hermana, lleno de *stickers* y de exclamaciones. ¿Qué pensaría Elena de su amistad con Luna? Porque eran amigas, estaba clarísimo. Compartir recetas de dulces, recomendarse libros y *fangirlear* juntas las convertía en algo más que compañeras de clase, ¿verdad?

Estaba a punto de tocar la puerta de su hermana cuando un pensamiento, uno lleno de dudas, se le coló. ¿Elena y Luna se llevarían bien si las presentara? Paró en seco, se mordió el labio inferior. A su hermana nunca se le había dado bien lidiar con terceras personas, salir de su zona de confort, pero con Carlos había funcionado al final.

¿Por qué no le había dicho nada aún?

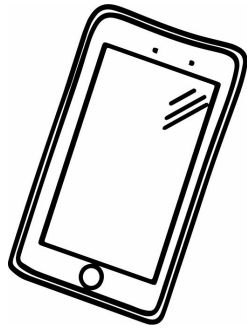
—¡Jul! ¡Me muero!

Canijo salió disparado entre sus piernas en cuanto abrió la puerta. Su hermana, la más dramática, murmuró un «traidor» que de normal le habría hecho mucha gracia, pero que en ese momento no podía gestionar. No dejaba de preguntarse por qué no le había dicho nada de Luna, por qué le dolía el pecho de pensar en verbalizarlo.

—¿Te has tomado la infusión? —Se obligó a actuar como siempre, cerró la puerta tras de sí y se acercó hasta el escritorio.

Su móvil vibró.

Era Luna.



CHAT 2: DE MENSAJES QUE NO ENVIAMOS

Luna
en línea

24 DE NOVIEMBRE

nota de voz (24:34)
perdón por el pódcast!!!
Marauder-archivo.pdf

Pero bueno ¿me has spoileado todo el fic
o qué? JAJAJAJAJA

Era necesario TE LO JURO
La loca del fondo es Ve, pasa de ella

30 DE NOVIEMBRE

Mátame Ve no se calla ayuda
nota de voz (7:09)

¡que voz más bonita!

nos tiene quemadas
la artista de los huevos
te paso su tiktok

y el tuyo? porq ME INTERESA
mensaje no enviado

me ayudas luego a grabar una cosa?
quiero probar a abrir un tiktok de recetas

tu voz es preciosa
mensaje no enviado

claro!



PSICOANALIZAR (O CÓMO SE DIGA) SE NOS DA DE PENA, PROFE

14 de diciembre, 2020

El profe de filo quería un adelanto para el viernes y no aceptaba un «pero, es que» por respuesta. No se fiaba de sus estudiantes, mucho menos de sus promesas de boquilla. Aun así, Carlos estaba seguro de que al final algún grupo conseguiría dejar el trabajo para última hora, y el profe, por buenazo, se compadecería de ellos. Por eso, Julia y él estaban rodeados de libros, apuntes y *posits*, poniendo sus notas al día. Porque eran chicos responsables y, sobre todo, porque a las hermanitas Salgado les estallaría una vena, si osaban dejar el trabajo para el final.

Eran unas exageradas. No llegarían a viejas, a ese ritmo. Por ejemplo, él mañana tenía una prueba de Dibujo Artístico y apenas había practicado. Estaba bien, no se había muerto. Para no estresarse demasiado, y empezar a quitarse el esmalte con los dientes, pensaba en las vacaciones y en los regalos que conseguiría si aprobaba todo a la primera. También en los mantecados y en los polvorones. Prioridades.

Julia se recogió el pelo en una coleta alta y le señaló un párrafo, como si él pudiera saber cuál desde su sitio. Estaban sentados en la alfombra de su cuarto, uno frente al otro, con los ordenadores de por medio. Pero no dijo nada. ¿Para qué?

—Esto no está bien —suspiró mientras cambiaba de postura. Carlos no sabía cómo no pasaba frío en falda. Por muy larga que fuera, la calefacción era una mierda—. Elena no rompe corazones ni se acuesta con todo lo que se mueve, porque se sienta inferior o tenga que rellenar algún tipo de vacío o lo que sea.

—Hombre, no, todo lo que se mueva, no, chiquilla. Es todo lo que se mueva que sea humano —puntualizó divertido.

Julia hizo una mueca.

De todos modos, eso no era exactamente lo que había puesto, tenía un vocabulario más amplio, pero como resumen no estaba mal. Igualmente, se abstuvo de hacer ningún otro comentario. No quería que la morena sacara la vena Salgado y le lanzara un libro a la cabeza.

¿Por qué llevaba la *Iliada* a todas partes? ¿La tendría que memorizar?

—No hace eso —la defendió a duras penas, como si él la estuviera juzgando.

—¿Cómo que no? —insistió, echándose hacia atrás para apoyarse en el borde de la cama—. ¿No eras tú la chica que lee los sentimientos? Pues aprovecha.

—Es mi hermana.

—¿Y qué? Eso no le resta verdad a mi análisis.

—Esto no es un análisis, no tienes pruebas.

Carlos abrió la boca para protestar o para echarle en cara los últimos escarceos amorosos que su hermana había tenido a lo largo del último mes. Que no eran pocos precisamente. Él no la juzgaba, pero sí lo que buscaba era tratar a todo el cuerpo estudiantil de bachiller como pañuelos de usar y tirar, que luego no se sorprendiera si la gente le echaba la cruz o recolectaban firmas para coronarla como la Mayor...

Menos mal que le caía bien.

Probó de otra forma.

—¿Dónde está ahora?

—¿Qué? ¿Eso que tiene ver?

—Que dónde está tu hermana. Hace casi tres cuartos de hora que dijo que se retrasaría veinte minutos como mucho. Dime, dónde crees que está.

Julia no supo responder. Carlos se anotó un tanto.

—No la juzgo, me limito a analizar su comportamiento y a extraer conclusiones. Es lo que dijo el pirado del profe. Yo no me quejé cuando Ele dijo que era un mocoso malcriado con aires de grandeza que se pasa el día haciendo el imbécil para llamar la atención.

—Dijo síndrome de...

—Da igual, no me quejé.

—Te quejaste y mucho —le recordó molesta.

—¡Tonterías! Y da igual si lo que decimos es cierto o no, porque nuestra visión siempre será parcial. ¿Qué has puesto tú? Mejor, ¿qué pondrías para complementar lo mío?

Julia vaciló.

—No lo sé, tendría que pensarlo.

Carlos no insistió más. No necesitaba ser la chica de los sentimientos para saber que había herido los de Julia.

—Parece que esta tía le va a durar más de un polvo —dijo para animarla.

¿Funcionó? Por la mueca que hizo, en nada se parecía a una sonrisa, no estaba tan seguro. Hablaba de Verónica Galán. Era la pelirroja de artes escénicas o, mejor dicho, la única pelirroja natural de todo el internado. Tenía hasta pecas. Él no la había visto con Elena, pero sabía, por boca de la rubia, que se habían visto un par de veces en la pista de baloncesto y corría la voz, o las malas lenguas, que las habían pillado enrollándose en los vestuarios en una postura *muy* comprometedora. Dudaba que Julia quisiera saber eso.

Julia ladeó el rostro.

—¿Qué chica?

Carlos puso los ojos en blanco, y sacudió la cabeza dándola por perdida. Que Julia, de entre todas las personas, tuviera el don de leer los sentimientos, era un desperdicio para la humanidad.

En serio, ¿cómo se podía ser tan despistada y no tener un mínimo de interés por los chismes que corrían por los pasillos de boca en boca y por los chats grupales?

Era superior a sus fuerzas.

—Eres adorable —dijo en cambio, conteniendo las ganas de reírse.

Julia entrecerró los ojos en su dirección, fingiendo más molestia de la que era capaz de sentir, y él rompió en carcajadas. Verónica parecía una tía legal, eso tenía que contar, ¿verdad?

Su teléfono vibró, así que no pudo preguntárselo.

—Dame un segundo.

Era un mensaje de Iván. Era una *selfie* de su torso desnudo en el espejo. Amplió la imagen. Sí, estaba en calzoncillos. Se dio un golpecito en las paletas con la punta de la lengua, pensativo. «Otra foto para Tinder, supongo». Le aumentaron las pulsaciones cuando vio el aviso de *escribiendo* y casi se le resbaló el teléfono de las manos.

Julia levantó la mirada de la pantalla.

No era la persona más adecuada para criticar los hábitos sexuales de nadie, no cuando hacía *sexting* con quien hasta hacía un par de semanas no era ni su colega. Sucedió por error. Iván le había enviado una foto subidita de tono y él, en lugar de quedarse quietecito, había respondido con unos *stickers* que no dejaban margen a interpretación. Dos minutos después (no los contó, jurado), Iván se disculpó por audio, dejando clarísimo que había sido un malentendido.

«Malentendido, mis cojones».

Ahí podría haber quedado la cosa, pero él tuvo que darle al icono de llamada.

—Era para un colega.

—Ajá, cuéntame más.

—No seas guarro, quería su opinión, ¿vale? —Silencio, un suspiro al otro lado y un ruido que no terminó de ubicar—. ¿Te mola para Tinder?

—Me mola para muchas cosas.

Iván rompió a reír.

El *sexting* y los *nudes* (por parte de Iván, a él le daba muchísimo reparo hacerse fotos así) se convirtieron en otra rutina. Daba igual que Iván quisiera enmascararlo con sus «¿te molan los bóxers? No me terminan de convencer» o el millón de excusas ridículas que le mandaba a lo largo del día, porque él no se cortaba ni un pelo con sus respuestas.

Era una rutina más que bienvenida, se podían tirar horas lanzándose pullitas con la misma facilidad con la que se enviaban memes, vídeos de peluditos o hablaban de la primera tontería que se les pasaba por la cabeza. Así, descubrió que Iván tenía debilidad por los animales, sobre todo por los perros y que las Matemáticas se le daban de diez.

Era como si ahí, a través de una pantalla, fueran más ellos mismos que nunca.

—Empollón —le había picado la última vez que coincidieron en el pasillo.

Iván le había respondido con un corte de mangas.

Pero, sin embargo, sus encuentros en persona eran escasos, mantenían las distancias y se limitaban a hacer el idiota, compartiendo miradas y sonrisas que decían mucho, pero tenían un regusto agri dulce.

«Es suficiente», se decía a sí mismo cuando las noches de insomnio lo ahogaban y las sombras acechaban maliciosas. «Es suficiente», se repetía, tapándose la cabeza con la almohada y cerrando los ojos con fuerza, cuando las sombras adquirían voz y le susurraban que no bastaba, que nunca sería suficiente y que para Iván no era más que un juguete.

«Existo».

Era suficiente, igual que hacer el idiota o mentir descaradamente.

«Existo, así existo».

—Carlos.

Deslizó el dedo hacia la derecha para revisar la foto anterior.

La primera *selfie* fue de casualidad. El primer mensaje también. Después ya no, no colaba. Por el rabillo del ojo, le pareció verse borroso. A veces, se preguntaba qué pasaría si se permitía abrazar a las sombras, escucharlas, aprovecharse de ellas cómo hacían con él. Ser algo más que un recipiente, ser uno. Qué pasaría si se convertía en ellas y desaparecía. ¿Habría otro lugar a dónde huir? ¿Estaría allí a salvo? ¿Se encontraría con...?

«No, no, no, para».

Sintió un ramalazo de escozor en la cicatriz de su ojo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Era Julia. ¿Cómo se le había olvidado dónde estaba y con quién? Bloqueó el móvil, y lo dejó bocabajo en el suelo. Escondió las manos en su regazo, le temblaban. Estaba aterrorizado. Estaba junto a la chica que podía leer los sentimientos. ¿Y si...? ¿Y si se había metido en su cabeza, si había visto...? Era la segunda vez que se arriesgaba. No quería esto. No quería que ella viera más allá de las apariencias.

No más. Nunca más.

—¿Qué?

—¿Qué harías si te gustara mucho muchísimo una chica?

Si hubiera estado de pie, se habría caído de culo. Qué alivio. A Carlos le costó tragar saliva, volver a ponerse la máscara.

—Hacérmelo mirar —bromeó, más tranquilo.

Julia tenía un auricular puesto. Había dos ordenadores entre ellos. No podía ver sus sentimientos desde allí. No podía alcanzarlo.

«Pero sí que puede, tú le enseñaste».

—Hablo en serio —insistió, luego agachó la mirada, sus mejillas adquirieron un tono rosado

—. ¿Cómo sabes si te gusta alguien? ¿Y si me gusta como amiga y estoy confundiendo las señales?

Carlos no daba crédito.

—Si te gusta mucho muchísimo, tírate a la piscina.

—Pero...

—Hazme caso.

Y le guiñó un ojo.

Iván insistía por mensajes para que respondiera. Pescó el móvil. Muchos *stickers*. Muchas exclamaciones.

«Tírate a la piscina».

No lo supo en ese momento (¿cómo podría?), mientras se devanaba los sesos para elaborar una respuesta adecuada, una que no gritara «a tus pies, rey» ni diera a entender que no le gustaban sus atenciones. Pero esas palabras, ese «tírate a la piscina», lo perseguirían durante semanas.

Prefiero una foto de Pepe ☺

qué gilipollas eres, pero dame un minutillo.

Es que Pepe es mucho Pepe
no vas a comparar eh

Media hora más tarde, tenía un reportaje completo de fotos del husky de Iván en la galería. Estaba en Sevilla en el piso de su hermano. Iván había pasado la cuarentena allí. Resultó que Rafa, su hermano, era casa de acogida y colaboraba con una asociación de animales. Así, después de mucho insistir, y muchas promesas, Iván lo convenció para que lo adoptaran.

Carlos sonrió embobado.

—Lena no viene.

Se quedó con las ganas de preguntarle si le apetecía echar unas partiditas en la sala común o pasar el rato juntos. Julia cerró el ordenador, se acercó hasta el escritorio y él, con cara de idiota, se quedó esperando a que Iván le volviera a mandar otro mensaje, le diera la excusa que necesitaba para tirarse de cabeza al vacío.

—¿Vamos?

—¿Qué? —Julia se cruzó de brazos y ladeó el rostro. Mierda, le había preguntado algo y él ni se había coscado. Se guardó el móvil en la cinturilla del pantalón—. Por mí, guay.

Julia alzó una ceja.

Qué mona cuando intentaba imitar a su hermana.

«Es suficiente».



LA VAMPIRA PELIRROJA DE LA GLORIOSA

19 de diciembre, 2020

Al sonreír, se le veían los colmillos. Era *su* vampira pelirroja.

Elena se sonrojó hasta la punta de las orejas ante ese pensamiento, que trajo a colación su obsesión por los vampiros. Vero alzó una ceja divertida, probablemente porque su sonrojo habría alcanzado otras partes de su cuerpo, y se acercó para rozar la nariz con la suya y devorar su boca como si al día siguiente se acabara el mundo. La pelirroja no necesitaba ninguna excusa para quitarle el aliento; si quisiera, podría besarla así todos los días y ella se moriría gustosa.

A Vero le gustaba tomar el control: agarrarla de las muñecas y presionar su cuerpo contra el colchón, sacarle los gemidos a mordiscos y los suspiros a besos. Siempre que lo hacía, sonreía como si fuera la tía más afortunada. Elena moría un poquito más, porque todo era demasiado intenso, y nunca imaginó que se pudiera sentir así de bien con nadie.

Era su pelirroja, la chica de las constelaciones en las mejillas y la sonrisa más bonita.

Mientras Vero dejaba un reguero de besos húmedos desde el cuello hasta su ombligo, deteniéndose en sus tetas, como si fueran el manjar prohibido de los dioses y estuviera muerta de hambre; Elena memorizaba con mimo su rostro ovalado, las pecas que decoraban su cara (siete, ocho, nueve y diez), los lunares de su cuerpo (muchísimos), la suavidad de su pelo y la facilidad con que se le enredaba entre los dedos.

Vero se sentó a horcajadas sobre su cuerpo y le sonrió maliciosa.

—¿Me echabas de menos? —ronroneó.

Joder que sí.

Elena recordó la primera vez que la vio, con un balón de baloncesto bajo un brazo y unas zapatillas de balé en la mano. Fue en noviembre, reía a carcajadas completamente sola. Por eso, se fijó en ella. Por eso llamó su atención.

—Eh, tú, Galán, ¿te llega la sangre al cerebro?

De hecho, había querido preguntarle si se había tomado la medicación, pero en cuanto sus ojos verdes y enormes coincidieron con los suyos, todo a su alrededor se derrumbó y fue raro de narices. Era como si su cuerpo hubiera sabido lo que quería —lo que necesitaba— antes que su mente, o tal vez fueron las hormonas.

Seguro que fueron las hormonas.

—Más quisieras —se obligó a responder, a volver al presente. A Vero se le acentuó la sonrisa, apoyó las manos sobre el colchón, a ambos lados de su cabeza y se acercó despacio, muy despacio, hasta su boca.

Qué cruel era.

—Deja que lo arregle, rubia.

Ella tragó saliva justo antes de que sus bocas se encontraran.

También recordó su primer beso, torpe e igual de intenso, en la puerta del salón de actos. Se habían pasado toda la semana tirándose pullas cada vez que se cruzaban, y se cruzaban mucho y a propósito: en las pistas de baloncesto, en las puertas del gimnasio o del salón de actos, en los pasillos...

Y por WhatsApp, a todas horas.

Fue la propia Vero quien le dio su número, la agarró de la muñeca, y sin darle oportunidad a réplica, le sacó el capuchón al rotulador con los dientes y le escribió su número en la mano. «Aquí tienes, rubia, tócame los ovarios por ahí si te atreves» y se fue guiñándole un ojo, y dejándola con una mala hostia y un revoltijo de cosas sin nombre ni apellido justo en la boca del estómago. Por supuesto que le había escrito, odiaba quedarse con la palabra en la boca.

Si Elena era una impaciente de manual (cuestionable, muchas gracias), Vero tenía un doctorado en esa materia. Al salir de su clase de interpretación, y pillar a Elena esperándola, tomó las riendas del asunto y mandó ese tonto que se traían al cubo de la basura. Redujo la distancia en un par de zancadas, atrapó su rostro con las manos, sobresaltándola, y con un «no me pegues» muy bajito, casi rozando sus labios, le comió la boca.

Todavía le dolían los labios.

—Joder.

—¿Joder de “bésame otra vez” o joder “voy a partirte la cara, Galán”?

—Joder, o te callas o te mato.

—Me vale.

No, no le dolían por ese recuerdo, sino por lo que Vero les estaba haciendo en ese mismo instante. Era una bestia. Sonrió, se pasó la lengua por la costura de los labios y enredó las piernas en la cadera de la pelirroja para darle la vuelta. Le costó lo suyo, qué fácil se veía en la tele, pero valió la pena. Cada carcajada. Cada maldición. Todo.

—Casi me tiras de la cama, Salgado.

—Cállate y bésame.

El hambre en sus ojos verdes fue superior a sus fuerzas; de rodillas, se situó entre sus piernas y se mojó los labios, lista para invertir los roles, para sacarle los gemidos y crear una maldita canción con ellos, con todos los ruidos que pudiera arrancarle esa tarde. Vero se mordió el labio con ansia, abrió aún más las piernas.

Era una invitación con todas las letras. Recordó su primera vez. En los vestuarios. Días después de ese pedazo de beso. Elena fue con intención de dejarle las cosas claras, no podía llegar, besarla así e irse de rositas con esa sonrisa que le hacía *muchas cosas* en todas partes. Y la

tía tuvo la osadía de salir desnuda, con los brazos en jarra y con esa sonrisilla de sabionda que Elena quiso quitarle de un guantazo. Fue torpe, placentero e incómodo. No el guantazo, que nunca pasó, sino el sexo.

Elena tuvo agujetas hasta donde no sabía que se podían tener.

También se quedó un poco ronca, pero eso fue culpa de los críos que se colaron en los vestuarios y ella echó a base de gritos y maldiciones.

Y amenazas, muchísimas.

«Nunca más en un vestuario».

Era la quinta vez que se veían. ¿O la sexta? Elena había perdido la cuenta. Estaban tiradas en la cama, remoloneando. Quería darse una ducha relajante, pero solo de pensar en moverse de la cama, las ganas y el sentido común desaparecían.

¿Qué necesidad había de ser una persona funcional?

Estaba muy a gusto y en unos días tendría que volver a casa de su padre, así que necesitaba aprovechar cada segundo junto a la pelirroja. ¡A la mierda el sentido común! Vero estaba recostada a su lado, con la cabeza apoyada en su hombro y una pierna enredada con la suya. Hacía dibujitos con la yema de los dedos sobre su barriga, mientras le contaba sobre el último anime al que se había enganchado, uno sobre titanes y un tal Eren, y que debía ver con ella el primer capítulo de *Mr. Queen*.

—Paso de telenovelas.

—¡Que no son telenovelas! —Y la muy cabrona, le pegó un pellizco en el costado. Elena dio un respingo—. Voy a dar con tu *kdrama*, el que hará que veas las series coreanas desde otra perspectiva, mi seriéfila clasista.

Adoraba picarla con ese tema.

Aunque le hacía cosquillas, y le pegaba calor, ya se había acostumbrado a la necesidad enfermiza de contacto físico que tenía la pelirroja. Después del sexo, le encantaban los mimos, las carantoñas y estar lo más pegada a ella que pudiera.

Y hablar hasta por los codos.

—Mis amigos ponen un puesto en el mercadillo solidario del finde, dulces caseros mayormente —le informó como si nada, sin alzar la cabeza y sin parar de mover los dedos—. He pensado que... Les prometí que iría a echar una mano y he pensado que estaría guay que me acompañaras, así podríamos ver los puestos, comer alguna porquería o probar con el grupo de maquillaje.

«La he dejado entrar».

Elena se quedó helada en el sitio, desconectó y entró en pánico.

Pensó en sus padres divorciados; aunque ahora se llevaban bien y coincidían en fechas especiales, al principio fue duro. Pensó también en Miguel Ávila, cómo perdió el control de sus

emociones, en lo débil e indefensa que se sintió luego de estallar.

En lo que podría haber pasado, en lo que pasó.

También en Lucas Silva, su compañero de pupitre, a quien dejó en ridículo en tercero porque le entregó una nota con un «¿te gusto? rodea la respuesta correcta: sí, no, tal vez».

Pensó, pensó y se ahogó en sus recuerdos. En todas las personas que podría haber dejado entrar y que podrían haberle hecho daño. Que podrían haberle roto el corazón.

Porque vale que el amor romántico no fuera lo suyo (estaba bien, no era el fin del mundo), pero si dejaba que Vero se siguiera acercando, si conseguía que vieran una serie juntas o fueran de la mano al mercadillo, *a cualquier parte*, al final podría romperle el corazón y sería devastador, un punto aparte.

Un punto final de peli de terror.

—Lu hace un tiramisú que te cagas y Su tiene una labia que tela, pero si no te apetece, podríamos quedarnos en la sala común. Oye, ¿estás bien? Te has puesto pálida.

Pensó en sus poderes, en su cuerpo marcado por venas como enredaderas que escalaban hasta pudrir su alma. En la Muerte, esperando a que perdiera el control. En Verónica, llena de vida, sonrisas fáciles y planes interminables, fría al tacto. Muerta. Muerta. Muerta.

Pensó en sí misma, en su corazón.

Vero posó su mano en su mejilla, y sus ojos brillaron con preocupación. Tuvo ganas de llorar. «Se acabó».

—Es solo sexo, creía que estábamos en la misma página —cortó su parloteo y se cortó a sí misma.

—¿Cómo?

Elena se incorporó despacio, la Muerte susurrando en su corazón.

—Es solo sexo. No voy a ir contigo a conocer a tus amigas ni a comer porquerías. Es ridículo.

El «eres ridícula» se le atragantó.

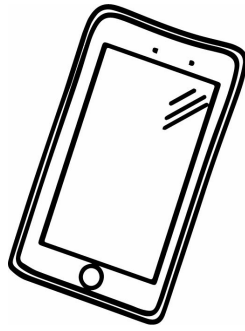
Vero asintió despacio, muy despacio. No dijo nada. «Insúltame, grítame. No te quedes callada». Salió de la cama, se puso las bragas y recogió el resto de su ropa para vestirse. Se quedó parada en la puerta del baño, la mano en el pomo y de espaldas a ella. A Elena se le dispararon las pulsaciones, pero no se giró, no pronunció palabra.

Ni en ese momento ni después.

Sus miradas chocaron cuando salió del baño. Pelo revuelto, labios hinchados y ojos vidriosos. No parecía enfadada, ¿por qué no lo estaba? ¿Por qué no gritaba como el resto?

¿Por qué?

Vero desvió la mirada, y Elena se quedó sola.



CHAT 3: LO QUE NO TE DIRÉ

Vero

última vez a las 1:23h

19 DE DICIEMBRE

no vas a decir nada?
no me vas a gritar?
mensaje no enviado

22 DE DICIEMBRE

te echo de menos
mensaje no enviado
que te jodan a ti a tus putas pecas
a tu cara de idiota
mensaje no enviado

25 DE DICIEMBRE

has roto todos mis esquemas
y te odio con toda mi alma
mensaje no enviado
feliz navidad
mensaje no enviado



EL TABLÓN DE LOS RECUERDOS Y LA FOTO ESCONDIDA

22 de diciembre, 2020

—¿Solo una maleta?

Con la nariz arrugada, los brazos en jarra y la mirada puesta en un gato muy vago, que solo sabía restregarse contra su ropa, Elena le respondió a su hermana con un «no necesito más, muchas gracias». Oficialmente, las vacaciones comenzaban al día siguiente, pero había gente que se había marchado esa mañana o que lo haría a lo largo del día. Julia había aparecido en su cuarto quince minutos antes, informándole de que había terminado su equipaje, una mochila con lo que necesitaba de clase y una maleta grande de ropa, y que no se fiaba de ella ni un pelo.

Elena prefería llevarse lo imprescindible y para qué mentir, la ropa que no había podido llevar a la lavandería esa última semana.

Julia carraspeó para llamar su atención.

—En casa de papá hay ropa de sobra —añadió por si acaso, un tanto molesta porque su respuesta anterior no fuera suficiente—. ¿Tú que has hecho? ¿Vaciar el armario entero?

Su padre vendría a recogerlas por la mañana. Era un viaje de menos de una hora a la capital. Ese año, su madre pasaría las fiestas con ellos. O ese era el plan, todo dependía de las restricciones de última hora y si le permitían o no atravesar la frontera. Por muy «allegada» que fuera, las cosas no funcionaban igual dentro que fuera del país. Harta de que Canijo hiciera lo que le viniera en gana, agarró al gato como pudo, llevándose algún que otro zarpazo y recuperó la chaqueta de borreguito.

Canijo bufó molesto antes de desaparecer por la ventana.

Julia negó con la cabeza, aún sentada sobre la colcha y abrazada a un cojín.

—Qué animal eres.

—¿Yo? Casi arranca mis nuevos parches.

Ese finde, se había entretenido en coser los últimos que le quedaban. Desde flores hasta frases clichés. Había quedado bastante bien.

—En serio, Lena, ¿una maleta?

Tal vez debería coger una mochila.

—Tengo cosas en el cesto de la ropa sucia.

—¡Qué guarra eres!

Elena se encogió de hombros, restándole importancia. Puso la chaqueta sobre la cama y comprobó que todo estuviera en orden en la maleta. No quería olvidar nada. Podría ser más

ordenada, así le entrarían más cosas y sabría si le faltaba algo. Pero, como bien le había dicho a su hermana, en Córdoba tendría todo lo necesario para subsistir esas semanas. Además, era su maleta, podía hacer con ella lo que le viniera en gana.

—Todo listo. Cogeré esa mochila de ahí, la vaquera y meteré la bolsa de la ropa como pueda.

—Ni te planteas ir a la lavandería.

—Lo haría si el cesto estuviera a rebosar.

Eran sobre todo bragas, algún que otro sujetador deportivo y varias camisetas. Todas las semanas hacía unas pocas lavadoras. Echó un vistazo al cesto, arrugó la nariz y comprobó que sí, que eran cuatro cosas mal puestas y que no, ni de broma iba a ir la lavandería a perder parte de su tiempo por eso.

—¿Y las sábanas?

Ya las había quitado, el otro día. Había hecho una bola con ellas y casi en bragas, y en piloto automático, había ido a la lavandería. Por suerte, no se cruzó con nadie por el camino, no habría sabido cómo justificarse. Estuvo sesenta minutos sentada en un banquito, con las piernas recogidas y la mirada fija en el tambor, dejando que el tiempo corriera en su contra y que los remordimientos le carcomieran el alma, desde la boca del estómago hasta la garganta.

No se permitió llorar, no tenía ningún motivo para romperse.

Aunque tuviera un millón y medio.

—Están limpias —respondió a duras penas.

Julia la ignoró a propósito, cosa que le agradeció enormemente, y se acercó hasta el tablón que tenía encima del escritorio. Era el rincón de los recuerdos. Para Elena tenía cierta lógica, pero le gustaba hacerle creer a los demás que no, que no había un sentido detrás, que solo hacía fotos a cosas al azar y las colocaba en el espacio que le quedaba libre.

Cada foto tenía su sitio y un mensaje escrito detrás.

Había una que le quemaba la piel en un cajón.

Prefería no pensar en esa foto, en por qué la había impreso y en lo que implicaba. Tampoco en su espalda desnuda, en las pecas que cubrían su rostro como las estrellas el firmamento, en la estela de lunares de su cuerpo ni mucho menos en su colmillo torcido. Ni en sus sonrisas de medio lado, ni en su risa aguda. Menos aún en lo que hizo para sacarla de su vida, en lo que ella no hizo y debería haber hecho.

Prefería no hacerlo, porque le hacía cosas nada agradables en el pecho.

«Ni un mes, maldita sea».

No habían estado juntas ni un mes. «Nunca habíamos estado juntas», se rió a sí misma, al mundo entero y a la maldita Verónica Galán por volverla majareta. Ni siquiera eran amigas, ¡por el amor a lo más sagrado!

Como mucho, compañeras con derecho a roce por muy raro que sonara. Vero no había llegado

a su vida para darle un giro de trescientos sesenta grados, no estaban en una comedia romántica. Para nada. Pero le afectaba cómo se había inmiscuido en su vida hasta tal punto que necesitara deshacerse de unas malditas sábanas y esconder una jodida foto para que escociera menos.

Y archivar su chat.

Era un polvo. Y ya está.

«Si tú lo dices...».

Era un buen polvo, una tía cojonuda. No le había dejado ser nada más.

«Pregúntate por qué».

Elena quiso darle una patada al escritorio. Fue en ese instante cuando recordó que no estaba sola en la habitación y que Julia le estaba hablando.

—¿Qué? Perdona, estaba...

Julia la miró por encima del hombro, todavía pendiente del tablón de fotos.

—Carlos está aquí.

Elena enrojeció hasta la punta de las orejas.

—¡No!

—Lena, si le estoy viendo.

—Quiero decir... Es el puto renacuajo, está en todas partes.

—¿Incluso en tu tablón?

—Es solo una foto.

Pero no lo era, nunca lo era.

Era un momento detenido en el tiempo. Era un recuerdo a medio esbozar. Era un pedacito del mundo que quería conservar, que merecía que lo conservara. Era una foto. Era todo.

—Claro, si tú lo dices.

Elena se acercó hasta el tablón, brazos cruzados y mil excusas en la punta de la lengua. No tardó mucho en localizar la foto. Era en el patio de bicicletas. El renacuajo estaba sentado con las piernas cruzadas, sonreía con todos los dientes y había una mancha de pintura, de carboncillo o de otra cosa, en su mejilla derecha. Tenía el pelo recogido en un quiqui. «Échate el pelo para adelante, anda», recordaba haberle dicho para reírse del pedazo frente que le hacía ese recogido.

Él le había devuelto la pulla con la misma facilidad.

Recordaba ese día, se habían encontrado en un pasillo y Carlos había decidido, como siempre y sin preguntar, darle la tabarra. Elena había acabado estallando y él la había arrastrado hasta allí para tomar un poco el aire. «Te me estresas muy rápido, vamos a que te dé el sol un ratito». Estuvieron juntos un buen rato, entre pullas y silencios ruidosos. Entre sonrisas cómplices y risas efímeras.

Si bien en ese momento ni se le había pasado por la cabeza, probablemente Carlos necesitaba una compañía amiga, alguien que no le riera las gracias, que viera más allá de las apariencias,

que le entendiera o que pudiera entenderle si le prestaba atención.

Carlos la había necesitado.

Y ella a él, a su manera.

Ella le necesitaba ahora.

«No, no, no, no».

—Es una foto y ya.

—¿Puedo mirarla de cerca? —Hizo el amago de quitarle la chincheta, Elena le dio un manotazo. Enseguida se arrepintió, no había sido su intención tocarla, pero Julia se echó a reír y ella tuvo que seguirle el juego, porque la risa de Julia, su felicidad, siempre era contagiosa—. Es una foto y ya.

—¡Exacto! Deja de darle vueltas.

Julia siguió escaneando con la mirada las fotos. Era como si estuviera buscando una en concreto.

En casa de su padre, donde se habían criado, tenía una pared entera repleta de fotografías, ordenadas por años, por personas y por sentimientos. Aquí solo tenía las de la Gloriosa, un abanico de recuerdos ridículos. Desde el primer día de clase hasta Canijo limpiándose el culo en primer plano.

Julia se removió incómoda.

—¿Te pasaste por el mercadillo al final?

No, no había ido y ella lo sabía perfectamente.

—¿Qué mercadillo?

«Qué inteligente, eh».

Julia se le quedó mirando por un minuto entero. Fue incómodo. Elena tuvo que recordarse un par de veces que su hermana llevaba los auriculares puestos y que nunca se metería en su cabeza sin permiso. También que no podía haber nada detrás de esa pregunta. Julia no sabía que Vero la había invitado, que había estado con Vero esas últimas semanas.

O quizás sí, y esperaba que ella se lo dijera.

¿Por qué no se lo decía?

«Porque sabes que has hecho mal, porque sabes lo que te diría que hicieras».

—Nada, no importa. Yo fui con Carlos.

—Ya, lo vi en Instagram.

—No te dije nada porque Carlos dijo que pasabas.

Elena asintió despacio. Esa mañana, Carlos le había escrito para preguntarle si le apetecía ir al mercadillo, aunque solo fuera a dar una vuelta. Que Julia se apuntaba y que así podían aprovechar para practicar en alguna zona apartada. Ella le había dado la primera excusa que pilló a mano y después, para no ver la respuesta, o cualquier otra cosa, había quitado el wifi y había

escondido el teléfono debajo de la almohada.

Al final, encendió el portátil y abrió Instagram. Muy lista no era.

Y la realidad la abofeteó con una *selfie* de Vero, Luna y Susan.

—Lena...

—¿Sabes qué? —la interrumpió, con el corazón en un puño y la garganta cerrada. Se ahogaba, necesitaba aire. Cualquier cosa, salir de allí—. Creo que voy a hacer una lavadora, ¡tienes razón! Nos vemos después en la sala común.

Agarró la bolsa de la ropa sucia y le faltó tiempo para salir disparada del cuarto. Julia se quedó con las verdades en la punta de la lengua, con su amistad con Luna bailando entre ambas y con la sensación de que Elena se le escapaba de entre los dedos, que se alejaban y que ninguna parecía estar dispuesta a resolverlo.

Miró de nuevo el tablón.

Ahí, a la derecha, rodeada de fotos de Canijo, estaban ellas dos, con doce añitos, un lío de brazos, sonrisas y promesas.

Abrazar a Elena era estar en casa. Aunque pareciera contraproducente, aunque Elena fuera la Muerte y ella la chica que sentía demasiado, nunca se había sentido tan a salvo como en los brazos de su hermana. Ahí nada más importaba, el mundo podría arder que ella ni se enteraría.

Echaba de menos ser solo ellas dos. ¿Cuándo se había vuelto tan complicado?

Y lo sería aún más.

Elena se había dejado el teléfono junto a la maleta. Julia vio que tenía una llamada entrante de *VERO*. Con el ceño fruncido, se preguntó si se trataría de Verónica Galán (qué Vero sería si no) y si debería o no contestar. Podría ser importante o podría estar metiéndose donde nadie la había llamado.

Si Elena no le había hablado de ella aún, como no le había hablado del resto de líos que había tenido, ¿cómo iba a meter las narices? No estaría bien. Ese segundo de vacilación, que fueron tres o cinco, fue suficiente para que la llamada terminara y el fondo de bloqueo, con las notificaciones flotantes, quedara en primer plano.

En el filo de la ventana, Canijo maulló. Julia se sobresaltó.

Era mejor dejar el teléfono donde estaba.

Era mejor no hacer nada.



LAS SOMBRAS ME HABLAN

27 de febrero, 2012

—Tengo miedo, ‘*manito*, no quiero desaparecer.

—Duérmete de una vez.

—Las sombras me hablan.

—¡No seas cría!

—No te vayas, por favor, por favor...

—Ya te he leído dos cuentos, ¿qué más quieres? Eres una pesadilla.

—Quiero a mami.

—Mami está trabajando.

—No te vayas —suplica al borde del llanto, con la nariz asomando por la colcha y el corazón latiendo con fuerza—. Están ahí, tengo miedo.

El niño hace una mueca, se aferra al pomo y niega con la cabeza.

—Eres una pesada.

—‘*Manito*.

Sábanas que se arrugan, lágrimas que se derraman.

—Ojalá no existieras.

Palabras que dañan, las primeras, las últimas. Ella dejó de existir y él temió que le pasara lo mismo.



HOGAR, DULCE HOGAR

25 de diciembre, 2020

—Tengo guardia al final.

Carlos se quedó con la palabra en la boca, se aferró a la puerta del frigorífico, igual que un náufrago a una tabla, y respiró hondo. Estaba bien. No era el fin del mundo. Ni la primera vez que se quedaba solo en un día festivo, así que se obligó a esbozar su mejor sonrisa y borrar todo rastro de decepción que pudiera haber en su cara.

Su madre ya tenía el uniforme puesto, y le miraba con una tristeza que casi le derrumbó.

—No pasa nada, tengo una llamada con estas en un rato.

Mentira.

—¿De verdad? Qué alivio.

Mentira. Mentira.

—¡Claro! Ni te rayes. —Pescó el brik de leche, y lo dejó sobre la isla de la cocina. Se acercó hasta su madre y le dio un beso en la mejilla. Su madre le rodeó la cintura con el brazo libre, y le dio un señor achuchón. Carlos parpadeó para no romper a llorar—. Avísame cuando llegues, ¿va?

—Y tú escíbeme si pasa algo.

—¿Qué va a pasar? Noche de *skin care* y pelis navideñas.

—¿Otra vez *Jungla de cristal*? —Carlos se encogió de un hombro y le guiñó un ojo. Su madre negó con la cabeza, dándolo por perdido—. Vale, pero no te pases con los mantecados, los tengo contados y ni se te ocurra tocar la botella buena.

Carlos alzó las manos fingiendo una inocencia que no le quedaba.

—Tú tranqui, mami. Que tu hijo controla.

—Carlos, por lo que más quieras...

—¡Que sí, que sí! ¡Vete ya, que no llegas!

Su madre dudó en la entrada, Carlos se apoyó en la pared y le dedicó su mejor sonrisa, aunque por dentro se muriera de ganas de aferrarse a su madre y no soltarla hasta que le prometiera cambiar el turno. Podía contar con los dedos de una mano, y le sobrarían, las veces que habían podido disfrutar de un día festivo sin que sonara el teléfono.

Era frustrante.

Con las llaves en la mano, se giró hacia su hijo.

—¿Churros con chocolate para desayunar? —Carlos asintió con dramatismo, aunque los dos sabían de sobra que su madre estaría tan cansada, que iría directa a la cama y que no se levantaría

hasta pasadas las doce—. ¡Mami te quiere! ¡Y que no se te olvide echar la llave!

No borró la sonrisa hasta que escuchó el ascensor bajar.



Puso la primera peli que encontró, subió el volumen y se apalancó en el sofá con una manta gigante, un bol hasta arriba de palomitas dulces y un par de latas de refresco. Hasta se había puesto el jersey con motivos de regalitos que daba vergüenza ajena. Pescó el móvil para curiosear las historias de Instagram y se le escapó una carcajada con la *selfie* de Elena con una diadema de reno en la cabeza.

Se mordió el labio inferior, ¿y si les preguntaba a estas si querían hacer una llamada? Lo descartó enseguida. Estarían con la familia, y le apetecía entre cero y menos mil que le preguntaran por su madre. Bloqueó el móvil, se arrebujó aún más en la manta, y se dijo a sí mismo que estaba bien así, que no necesitaba a su madre comentando la peli en voz alta y robándole las palomitas para pasar la Navidad.

Que no necesitaba a nadie. Que no se estaba perdiendo nada.

Tardó veinticinco minutos en coger el móvil otra vez. Guerrero había subido un carrusel de fotos familiares. Arrugó la nariz. Siguió deslizándose por entre los *posts* que sus compañeros habían subido en las últimas horas, algunos con sus regalos de Navidad y otros rodeados de amigos o familiares, como si fueran las personas más afortunadas del planeta.

No era para tanto.

Tiró el móvil en el sofá, se sacó la manta y fue al cuarto a por el portátil, ya estaría cargado. Tal vez una partidita en línea le quitara el mal sabor de boca. Estaba montando todo el tinglado en el salón cuando le saltó una notificación en la esquina de la pantalla y se le dispararon todas las pulsaciones.

Era Iván.

Joder, era Iván.

¿Puedo llamarte por Discord?

Carlos se mordió las uñas, dubitativo. El «estoy ocupado, perdona» en la punta de la lengua, pero las ganas de verle la cara, de no lidiar con un silencio cada vez más opresivo, ganaron la batalla. Abrió Discord, justo después de mandarle un «dame un minuto», y esperó a que apareciera en línea para llamarle.

Se sacó el jersey un segundo antes de responder.

—Pero ¿qué haces?

—¡Mierda! —Se le había atascado, y se estaba muriendo de vergüenza. Se peinó como pudo y se tiró del bajo de la camiseta. Las mejillas le ardían y la carcajada de Iván, al otro lado de la pantalla, no ayudaba—. ¿Qué? ¿Nunca te han hecho un *striptease*?

Iván se dobló por la mitad, su pelo le cubrió el rostro y por la fuerza de las carcajadas, se movía la cámara. Estaba en la cama y debía tener la lamparita encendida, porque apenas había luz. Se maldijo mentalmente por no haber apagado la del salón. Ahora, Iván tenía vía libre para burlarse de su cara sin maquillar, de los pelos que llevaba y de su pijama.

No lo hizo.

—Mocoso, me has dado la tarde.

—¿A que te bloqueo?

—Ya paro, ya paro. —Se limpió las lágrimas, y se recogió el pelo con una pinza—. ¿Te pillo regular?

—Qué va, mi madre tiene turno de noche.

—Vaya palo, ¿y tu padre?

Se echó hacia atrás, no le sorprendía que le hiciera esa pregunta, igual que no le sorprendía que todos dieran por hecho que siempre había un padre y una madre en la ecuación, pero sí que le molestó que Iván se preocupara por ese detalle justo ahora.

¿Por qué?

—No tengo.

—Perdona, tío.

—¿Por qué?

Iván abrió la boca, y la cerró. Desvió la mirada, se rascó el cuello y Carlos supo que no sabía dónde meterse, o cómo salir de esa conversación sin cagarla. Se le escapó una sonrisa. Iván podía llegar a ser hasta adorable si se lo proponía.

—El donante de esperma se largó cuando tenía cinco años.

Iván abrió los ojos como platos. Carlos se encogió de hombros.

—Qué putada.

—No puedo echar de menos a quien nunca estuvo, no te rayes. ¿Y qué tal tú?

—Ojalá mi padre se hubiera largado cuando tenía cinco años. —Se calló, se sonrojó y se apresuró a negar con la cabeza—. Perdona, soy gilipollas, no sé en qué estaba...

Carlos rompió en carcajadas.

—¿Habéis peleado o qué?

Iván se echó hacia atrás y se tapó la cara con el brazo.

—Como siempre. —Carlos no insistió, que Iván se abriera a él a su ritmo. O que no lo hiciera, pero que siguiera hablando—. Han venido mis tíos a casa, Rafa llamó anoche para avisar que se

le había complicado todo. Qué ganas de mudarme con él, porque vaya mierda de vacaciones.

Si sus tíos se parecían un poco a su padre, Iván estaba peor que él.

—¿Ya se han puesto a despotricar contra el gobierno? Tómame un chupito por cada «paguitas», «progres» o cualquier cosa del palo que digan.

—Si tú supieras... Qué cruz. Y lo que me queda, porque no se van hasta mañana.

—Te secuestro —bromeó.

—Por favor —le suplicó, entre sonrisitas—. Ojalá estuviéramos juntos. ¿Qué hacías?

Iván no podía decir cosas así y esperar que su corazón no diera un triple salto mortal en su pecho. Se removió en el sofá, y echó un vistazo a la peli que seguía reproduciéndose en la tele.

—Tarde de pelis.

—Planazo, ¿vemos una?

—¿Ahora? —Si la voz le salió más aguda de lo normal, Iván no dijo nada—. Eh, claro... Claro. ¿Qué quieres ver?

—¿Qué estabas viendo? Me adapto.

«Una pastelada navideña muy de sábado por la tarde».

Pilló el mando y pausó la peli.

—Ya está terminando y no es muy buena... ¿*Jungla de cristal*? Es un clásico.

Iván se quedó a cuadros.

—¿Eres de los que piensan que es una peli navideña?

Carlos asintió con efusividad. Iván se aguantó la risa, pero el brillo en sus ojos, incluso a pesar de la falta de luz, le delató, así que Carlos se puso cómodo y le listó las razones por la que *Jungla de cristal* era un clásico navideño, y que todos deberían verla en esta época al menos una vez.

Optaron por una comedia navideña, a la que no le hicieron mucho caso. Porque Iván resultó ser un culo inquieto (¡para que luego le dijeran a él!) incapaz de permanecer en silencio por dos minutos seguidos, así que pasaron de estar pausando la peli cada dos por tres, a no prestarle atención.

—Te tengo que dejar.

Iván hizo un puchero.

—¡Si tu madre no está!

—Tengo que lavarme la cara, hacer el *skin care* y prepararme la cena.

—¡Me da igual! Pásate al móvil y te llamo, pero no me dejes colgado, porfa.

—¿Estás suplicando? —se rio. Iván le hizo la peseta y él se mordió los nudillos para no romper a reír o quizás para que no se le notara tanto la cara de idiota que se le había quedado—. Vale, vale, pero ni una risita o te corto los huevos.

Iván se marchó a regañadientes media hora más tarde, a la segunda voz que le pegó su padre detrás de la puerta, y lo hizo poniendo los ojos en blanco. Carlos le prometió que otro día le

recomendaría una rutina de *skin care* para su tipo de piel. Iván le tomó la palabra con un «tú, yo y la tarjeta de mi padre».

Bloqueó el móvil, se quitó la diadema y salió del baño.

Dudó, frente a *su* puerta.

Podía quedarse solo en esa casa sin problemas, excepto cuando caía la noche. Las sombras salían de su escondite para reinar a sus anchas y *él* se volvía insoportable; como si allí, entre esas cuatro paredes y al amparo de la noche, fuera el triple de fuerte y corpóreo. Con la mano en el pomo, y el corazón latiendo desbocado, se preguntó qué pasaría si abría la puerta.

Cuando era pequeño, cuando todavía creía que había esperanza, soñaba con abrir esa puerta y que todo fuera un mal sueño. Cerró los ojos, contó hasta diez, y soltó el pomo. Ahí dentro no habría más que una habitación vacía, el recuerdo de la noche más horrible de su vida.

Dio un paso atrás, otro y otro.

Se instaló en el salón con las sobras de anoche, la tele a un volumen bajito y un puñado de mantas. Dormiría allí. Se despertaría un poco antes de que su madre volviera, no quería darle explicaciones ni ver cómo su rostro se teñía de preocupación, y superaría esa noche como un campeón. Que las sombras se escondieran por las esquinas, que *él* hiciera un fuerte en la habitación vacía, Carlos no pensaba sucumbir esa noche.

Durmió a trompicones, no fue la alarma lo que lo despertó.

—¿Qué?

Estaba a oscuras, y *él* le observaba. Buscó el móvil desesperado, el miedo anidando en su pecho, haciéndole cosquillas. Se resbaló del sofá y casi se dio un golpe con la mesita, pero consiguió desbloquear el móvil y poner la linterna. Allí no había nada.

Se había ido la luz, el interruptor no funcionaba. Ni loco iba a toquetear los plomos, no le daría esa satisfacción a las sombras, ni ninguna oportunidad a lo que se refugiaba en ellas. Se metió debajo de las mantas, se aferró al móvil con fuerza y se obligó a conciliar el sueño.

—Por favor, por favor, por favor...

Que ellas no se acercaran.

Que *él* no viniera a reclamar su alma esa noche, no mientras su madre pensaba que estaba a salvo en casa. Se quedó dormido con el corazón latiendo con fuerza contra su caja torácica, el miedo anidando en su pecho y el rostro húmedo por las lágrimas.

Ni siquiera escuchó la alarma.

—¿Carlos? ¿Qué haces...?

Carlos se abrazó a ella con fuerza. Su madre no hizo preguntas. Hacía años que no las hacía. Era mejor así. Le devolvió el abrazo, y hundió el rostro en su pelo negro. No protestó cuando Carlos le preguntó si podían dormir juntos, tampoco cuando se pasó el resto del día con ella.

Era mejor así.

Mentira. Mentira. MENTIRA.



DE MONSTRUOS Y PROMESAS QUE MARCAN

8 de marzo, 2014

«Es mi culpa».

—Es mi culpa. ES MI CULPA. ES MI CULPA.

—No es tu culpa, cariño.

—ES MI CULPA, MAMI. ES MI CULPA.

—Cariño, cálmate, no es tu culpa, te lo prometo.

—Tengo miedo. Soy un monstruo, mami.

Un abrazo, un empujón.

—Mi niña.

—¡No me toques! ¡No me toques! ¡Hago pupa!

Dos empujones, una rabieta. Y una niña que despierta, mucho más pálida, pero viva.

—¿Lena...?

—¡Mami! ¡Papi! ¡MAMÁ!

Lágrimas, muchas; una niña que sufre en sueños, otra muerta de miedo.

—Te prometo, Jul, que te protegeré para siempre jamás.

—Y yo a ti, tonta.

Una promesa que se distorsiona, que estrangula, que asfixia.

Un ancla.



EL MONSTRUO EN EL QUE ME REFUGIO

12 de enero, 2021

Era la semana de recuperaciones.

Como Elena había aprobado todo en diciembre, igual que su hermana, se había podido tomar la tarde libre. De hecho, para no alterar la programación del trimestre, el centro había optado por mover casi todas las recuperaciones a horario de tarde, así que no había nadie en los jardines.

Sentada en un banco, con el ordenador entre las piernas y Morat de fondo, se puso a editar las últimas fotos que había hecho durante las vacaciones. Tal vez probaría suerte con el concurso de jóvenes artistas que el ayuntamiento hacía todos los años, cualquier cosa que la mantuviera ocupada el máximo tiempo posible para no pensar, sonaba como una buena idea.

Cruzó los dedos para que los programas de edición no petaran. Canijo hizo acto de presencia, se paseó entre sus pies y maulló muy alto. Elena apartó la mirada de la pantalla para reñir al gato.

—Que te estés quieto, me vas a tirar el ordenador.

Canijo la ignoró, se subió al banco y se restregó contra su brazo.

A lo lejos, le pareció ver a Julia saludar efusivamente a alguien. Por una fracción de segundo, pensó que era a ella. Imposible, porque no miraba en su dirección.

Luna Guerrero.

Canijo quedó en un segundo plano.

Guerrero era una de las mejores amigas de Vero, salía en sus *posts* de Instagram y de pasada en varios de sus TikTok. Aunque no fuera así, si todo el mundo conocía a Vero por ser la única pelirroja natural de la escuela, lo mismo con Luna Guerrero. Era la chica de los pelos pastel, los apuntes más solicitados y la que siempre olía a dulce. Era inconfundible.

Tenía el pelo rosa con las puntas en azul y destellos en blanco. Como siguiera así, se quedaría calva antes de los treinta.

Elena soltó el portátil a un lado y se aferró al banco con las dos manos. Luna se acercó a su hermana. Iba con un libro enorme entre las manos. Julia se rio de alguna payasada, o de lo que fuera que le hubiera dicho, y apartó la mirada. Como llevaba el pelo recogido en dos trenzas, Elena pudo apreciar, incluso desde la distancia, el rubor que se extendía por sus mejillas y la sonrisa que le iba a reventar la cara de pura dicha. Estaba colorada, le brillaban los ojos.

Las señales eran obvias.

—La quiero mucho, pero Lu es lo más rencoroso que te puedes echar a la cara.

—¿Y eso? —se rio.

Vero se dio la vuelta en la cama, y se apoyó con un codo.

—Que se lo digan al ex de Susan... No te rías, hablo en serio.

¿Y si Luna quería vengarse por lo que le había hecho a su amiga? Tenía fama de ser una buscalíos, Vero se lo confirmó antes de que todo se fuera al traste. Julia era una ingenua. Elena se puso en pie a trompicones. Canijo maulló a su lado e intentó subírsele por la pernera del pantalón, pero no le hizo ni caso. Tal vez, si lo hubiera hecho, se habría ahorrado una cantidad obscena de problemas. No podía proteger a su hermana de todas las maldades del mundo.

«Sí que puedes, sí que podemos».

No, no podía, pero sí impedir que alguien le rompiera el corazón por su culpa. No lo soportaría. No sobreviviría a ese dolor y ella no podía perderla. ¿Desde cuándo Julia y Luna se veían? ¿Desde cuándo Luna estaba planeando esto? No podía haber pasado de la noche a la mañana. Julia no confiaba en nadie, así como así.

«Pero confió en el chico de las sombras y las hormonas son las hormonas».

Elena cerró los ojos, negó con la cabeza, como si así pudiera sacudirse esos pensamientos negativos de encima. Más tarde, en la seguridad de su cuarto, mientras se ahogaba en lágrimas, se preguntaría qué le llevó a atravesar los jardines hecha un basilisco. ¿Había sido la Muerte, ansiando un trozo de carne al que hincarle el diente? ¿Era Julia la mala por no apreciar sus buenas intenciones? ¿Lo era ella por no confiar, por no tirarse de boca al vacío con los ojos cerrados y las manos atadas?

La Muerte cubrió sus brazos, alcanzó su corazón.

—¡Tú! ¡Guerrero! ¡Apártate de mi hermana!

—¿Disculpa?

No podía culpar a la Muerte de lo que dijo e hizo esa tarde.

Julia dio un paso atrás por la sorpresa o por el miedo o por ambas cosas. Elena agarró del brazo a Luna y la alejó de su hermana. Supo, segundos antes de ponerle las manos encima, que había cometido un error, que tocarla, aunque fuera por encima de la ropa, era condenarse. La Muerte salió a saludar. Luna perdió el color de las mejillas. Julia reaccionó. Elena tropezó con sus propios pies, no tanto por el empujón de su hermana, sino por la sorpresa, por el miedo en sus ojos marrones y por la palidez enfermiza en el rostro de Luna.

Elena se miró las manos.

Ella estaba allí, en forma de ramificaciones.

—¿¡Te has vuelto loca!/? —le gritó su hermana, sin acercarse, pero en medio de ambas. No para protegerla a ella de lo que podría haber pasado, de lo que había hecho, sino para proteger a Luna. Para defender a una completa desconocida, para exponerla—. ¿¡Pero qué te pasa!/?

Su hermana nunca gritaba.

Ella veía negro.

—Te está usando... —atinó a decir, pero la lengua le pesaba tres toneladas y se sentía como si

intentara hablar en medio del océano, se ahogaba y no podía nadar, se ahogaba y su hermana no le tendía una mano—. ¡Aléjate de mi hermana, no tienes ningún derecho! ¡Jul! ¿No lo ves? ¿Por qué no lo ves? Te está usando. Quiere hacerte daño por...

Por su culpa.

No le salía decirlo, se le trababan las palabras, igual que todos los mensajes que le había escrito a Vero y que no se había atrevido a enviar.

Luna se puso de pie con torpeza, todavía pálida como un fantasma.

—Estás como una cabra, Salgado. Háztelo mirar.

—¿¡Cómo te atreves!?

—¡BASTA!

Julia estaba al borde de las lágrimas, temblaba y ni rastro de sus auriculares.

—Jul, cariño, ¿dónde...?

—¡No me hables! ¿Por qué nos atacas así? ¿Por qué le haces esto a Luna?

—Ella quiere...

—Ella no quiere usarme, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Sabes qué? Me da igual.

—Jul.

Estaba bloqueada. No sabía qué más decir.

—¿Por qué tu primer pensamiento es que todas las personas que se me acerquen quieren hacerme daño y no ser simplemente, ya sabes, mis amigas?

—Ella no es tu amiga. Verónica...

—¿Quién coño es Verónica?

Era la primera vez que maldecía en voz alta.

Luna, a unos pasos de distancia, como si supiera que su cercanía podía resultar violenta, como si de verdad conociera a Julia, negó con la cabeza y se cruzó de brazos. A Elena no le gustó ni un pelo la mirada condescendiente que le dio, el atisbo de compasión que le pareció percibir en su mirada. Ella estaba protegiendo a su hermana. Se lo prometió cuando eran crías. Siempre se protegerían. Siempre juntas. Pasara lo que pasara.

Elena se mordió el interior de la mejilla para no echarse a llorar.

—Por favor —suplicó a media voz; alzó la mano.

Julia la agarraría de la mano. Era así. Siempre era así.

—No. No tienes ningún derecho. ¡Es absurdo! Pero ¿qué te pasa?

Julia dio un paso atrás, otro.

Julia eligió y no la eligió a ella.

renacuajo
última vez hoy a las 17:24h

estoy súper cabreada
dónde estás??? necesito hablar con alguien
ven a mi cuarto porfa

Carlos llamó a su puerta una hora después. Iba con la ropa desarreglada, el rímel corrido y la mochila colgada de un hombro. Se pasó una mano por el pelo, dejó la mochila de cualquier manera en el suelo y se tumbó en la cama sin pronunciar palabra. En otras circunstancias, Elena le habría preguntado si le pasaba algo. Si le había ido mal en la prueba de recuperación de Volumen o si había discutido con alguien.

Pero no esa tarde.

Porque en cuanto puso un pie en la habitación, Elena se puso a echar pestes contra Luna Guerrero por robarle a su hermana y Vero la Innombrable por razones que se negaba a explicar. También le contó que se sentía súper traicionada, después de todo lo que había hecho por su hermana, Jul le daba la espalda.

Elena agarró el gato unicornio y lo abrazó con fuerza contra su pecho. No quería llorar. No quería romperse, porque si se rompía, ¿quién recuperaría los trozos por ella? ¿Quién la abrazaría y le diría que todo estaba bien, que todo había sido una pesadilla? Julia no estaba allí. No iba a estarlo. Carlos, que había permanecido inusualmente callado, rascándose el esmalte, la miró de reojo cuando le dio un golpecito con el pie.

—Di algo. Dime cómo lo soluciono —suplicó a duras penas—. ¿Puedes hablar tú con ella? ¿Hacerla entender? Luna quiere vengarse. Lo sé. Quiere hacerme daño. Vero quiere hacerme daño.

Carlos rio por lo bajini.

—Que quiere hacerte daño... Como tú se lo has hecho a ella, ¿no?

—¿Qué? Eso no es... No quiero que mi hermana...

—Tú le has roto el corazón a la pelirroja y no quieres que le pase lo mismo a tu hermana, porque está mal, porque es una putada.

Elena arrugó la nariz.

—¿A qué juegas? Se supone que eres mi amigo.

Carlos se puso en pie, se sacudió los pantalones y la miró con pena.

—¿Tu amigo? Vaya, primera noticia. Creía que los amigos se fijaban en las cosas. En los detalles.

Elena no entendía a qué venía eso. Estaba desesperada. Su hermana no le contestaba a los mensajes. Luna podría romperle el corazón en cualquier momento ¡o ponerla en su contra! No podía perder a su hermana. Era su hermana.

«No puedo. No puedo. No puedo».

Estaba aterrorizada, se negaba a reconocerlo.

—Es mi hermana.

—Es una persona que toma sus propias decisiones. No es tuya para tratarla como una marioneta.

—Luna, Verónica...

Carlos se mordió el labio y apartó la mirada. Si Elena hubiera estado en sus cabales, quizás habría visto las lágrimas que el renacuajo intentaba ocultar o la desesperación que teñía sus palabras, sus gestos. Todo.

—Deja de echarle mierda a la gente y pregúntate qué estás haciendo mal, por qué haces lo que haces. ¿Te has leído mis notas del trabajo?, ¿en las que hablo de ti?

Elena abrió la boca, Carlos la cortó con un gesto.

—¿Por qué hago lo que hago? ¿Proteger a mi hermana?

«Herir a las personas».

Pero ella no lo hacía. Era la Muerte.

—Eso no es proteger, míratelo.

Elena se puso en pie de golpe. No era su culpa.

—¡Intento alejar a las personas de mí para no hacerles daño! ¿No lo ves? —estalló muerta de miedo, al borde del precipicio. Le enseñó las manos, completamente inmaculadas—. ¡Puedo matar a alguien con pensarlo! ¡Con un toque! Estoy maldita. Soy...

—Eres un monstruo —completó la frase por ella; fue como un puñetazo en el estómago. Elena no se esperaba que alguien, que el renacuajo, pudiera llamarla monstruo con tanta frialdad—. Eres un monstruo, no por tus poderes, no te confundas, sino por lo que te haces a ti misma y a los demás. ¿No te cansas de toda esta basura? Es súper tóxico. Eres súper tóxica. Deja de usar tu don como excusa y empieza a madurar. Nada justifica tu comportamiento.

Elena no supo qué decir, se quedó ahí, congelada en el sitio, con el corazón hecho trizas.

Era un monstruo.

Siempre lo había sido. Entonces ¿por qué dolía tanto?

¿Por qué?



GAY PANIC!

20 de enero, 2021

«Arriésgate. ¿Qué es lo peor que puede pasar?».

Todo. Nada.

Carlos miró su libreta, se había pasado toda la tarde con el mismo puñetero dibujo y estaba a *esto* de mandarlo a la mierda. Era por Iván, sin ser Iván el problema.

Por supuesto que todo se reducía a un tío. Carlos podía ser tan básico como el resto de los simples mortales.

Cogió el carboncillo con tanta fuerza que le cedió entre los dedos. Maldijo en voz baja. Ese día nada le salía bien. Tiró los restos en el estuche. El ojo izquierdo le había quedado mejor que el derecho. Más realista. Igual que mirar una fotografía. Ese era el problema. No necesitaba una foto de Iván, lo necesitaba a él y todo lo que eso implicaba, y se tenía que conformar con conversaciones de WhatsApp y *selfies*. La videollamada en Navidad fue la gota que colmó un vaso que ya estaba a punto de rebosar.

«Tírate a la piscina».

A Julia le había ido bien su consejo. Más o menos. Ahora se la veía animada, más segura de sí misma, siempre acompañada de Guerrero, casi agarradas de las manos. Pero cuando no estaban juntas, la morena lucía como alma en pena, mirando con anhelo a su hermana desde lejos y cruzando los dedos para que la rubia diera el primer paso, se disculpara y todo volviera a la normalidad. Carlos no conocía muy bien a las hermanas, pero sí lo suficiente para saber que Elena era demasiado cabezota para ceder tan pronto. Pero él, a diferencia de Julia, no tenía nada que perder, ¿o sí?

Miró el dibujo, trazó con la yema de los dedos el contorno de la mandíbula, el grosor de los labios y el borrón del ojo derecho.

«Deja de hacerte daño».

Con manos temblorosas, recuperó el teléfono del bolsillo, lo desbloqueó y le escribió un mensaje a Iván. No estaba en línea. El corazón se le iba a salir por la boca. Escribió, borró y volvió a escribir. Envío el mensaje (uno, dos y tres) y guardó el teléfono para no verlo, para fingir que no existía y con unas ganas de potar increíbles.

Menos de un minuto después, sonó en el bolsillo.

No lo cogió en el acto.

OJAZOS
en línea

Podemos vernos??

Estoy en el patio de la fuente
Si estás en clase no pasa nada

voy enseguida :)

Iba a darle algo.

Le sudaban hasta las manos, se remangó la sudadera y se echó el pelo hacia atrás. Guardó la libreta y el estuche sin pensar. Tenía las manos manchadas de carboncillo, se las limpió sobre la tela de la sudadera. ¡Mierda! Empezó a frotar el manchurrón, no funcionó, recuperó la cazadora de la mochila. Estaba hecha un ovillo.

¿Por qué no se había arreglado un *mijilla* esa mañana? ¿Le daría tiempo a ir a su cuarto? Tenía calor, hacía fresco. ¿Por qué estaba tan nervioso? Le había escrito a Iván para verse y este le había dicho que sí. ¿Por qué no iban a poder verse? Eran amigos.

No, no lo eran.

No quería que fueran amigos. ¿Qué quería? ¿Qué significaba «tirarse a la piscina»? Eran amigos que hacían videollamadas la tarde de Navidad y se decían cosas del palo «ojalá me secuestraras». Vale, genial. ¿Quería llevar su no-amistad a un nuevo nivel? ¿Y cuál sería? Por teléfono todo era más sencillo. Hablaban, hacían el tonto y se picaban sin pensar en las consecuencias. Si se pasaban de la raya, tan fácil como cambiar de tema o bloquear el teléfono unas horas. Punto final. Ahora se verían en persona y Carlos no sabía qué mierda le iba a decir. ¡Qué narices! No sabía ni cómo tenía que saludarlo.

Estaba exagerando.

«Me voy cagando leches».

No le dio tiempo a moverse. Iván estaba justo enfrente, con una sonrisa de medio lado («solo para mí, esa sonrisa es para mí») y con la capucha de la sudadera puesta. Estaba chispeando. ¿Cómo no lo había notado? Quiso darse una bofetada, se conformó con dársela mentalmente, porque tampoco era plan de quedar como un pirado, muchas gracias.

—Ey, hola.

—Estás muy guapo.

Era imbécil. Pero imbécil nivel experto.

Iván se quitó la capucha, se pasó la mano por el pelo y sonrió aún más. Había un brillo burlón en sus ojos verdes. Carlos se quiso morir allí mismo. ¿Por qué no le caía un rayo encima? En su lápida podían poner algo tipo «murió como vivió, como un imbécil de campeonato».

O un bocazas.

—Tú también estás muy guapo, con manchas en la cara y todo.

Iván tomó asiento a su lado, sin preguntar y sin mantener las distancias. Muslo con muslo. Brazo con brazo. Olía a desodorante y a chicle de menta. Carlos se frotó la cara con furia, rojo

como un tomate y con el corazón en la garganta.

—Tío, para, la estás liando parda.

Iván le agarró de la muñeca.

Iván le estaba tocando la muñeca y se estaba chupando un dedo. ¿Por qué se chupaba un dedo? ¿¡Por qué le miraba mientras se chupaba un dedo!? Iba a tocarle la cara con ese dedo húmedo.

Iba a tener su saliva en la cara.

Carlos se puso de pie con prisas, tropezando con su mochila y casi dándose de culo con el suelo, pero al menos supo mantener la dignidad intacta, claro que sí, gesticulando una barbaridad, rojo como un tomate y diciendo estupideces sin sentido.

Iván le miró como si fuera tonto del culo.

—¿Estás bien?

Dos palabras, una pregunta y Carlos enmudeció.

—Te preocupas por mí —susurró, entre sorprendido y asustado.

Iván frunció el ceño.

—Claro que me preocupo por ti, ¿por qué no?

«Quiero existir. Quiero vivir. Quiero arriesgarme».

—¿Por qué no? —repitió dubitativo; saboreó cada palabra, como un puñal atravesándole el pecho—. Pues porque...

«Quiero existir. Quiero vivir».

Iván se había puesto en pie. Estaba a su lado, intentaba alcanzar sus manos.

«No quiero desaparecer».

Había miedo en su mirada, confusión.

—¿Qué te pasa? Carlos, háblame.

Él vio sombras, por todas partes.

—Yo...

«Quiero arriesgarme».

—Escúchame. —Iván le agarró la cara con las dos manos, y estaba tan cerca, sus narices casi se tocaban, que a Carlos se le cortó la respiración—. Mira, mocososo, si no quieres hablar, no hablamos, pero...

Más tarde, se disculparía por no haber preguntado. En ese momento, mientras Iván lo alcanzaba muerto de la preocupación y lo miraba de *esa* forma, al desnudo, con el corazón en la mano, Carlos mandó a la mierda su sentido común y le agarró de la sudadera con fuerza, con los nudillos pálidos, como si fuera su ancla en medio del océano, y le plantó un beso en la boca.

Para ser justos, no fue un beso de cuento de hadas, sino un choque desesperado de bocas y de narices; un salto al vacío, sin paracaídas y sin segundas oportunidades, un grito de desesperación, de anhelo y de pánico.

Fue ahogarse, morir mil veces.

—Maldita seas, mocososo.

—No hables.

Fue rozar el paraíso con la yema de los dedos.

«Quiero vivir. Quiero sentir».

Carlos alejó a Iván con la misma fuerza, con la misma desesperación. Eran bocas hinchadas, respiraciones entrecortadas y miradas de desesperación, de hambre. Iván le sujetó de los brazos, le clavó las uñas hasta hacerle daño. Si alguien pasara por allí, y los viera en esa posición, pensaría que estaban a punto de llegar a las manos. Tal vez así era.

Iván sonrió con socarronería.

Carlos se humedeció los labios magullados y murió justo allí.

«Estoy vivo. Estoy vivo. Estoy vivo».

—¿Quieres hablarlo? —preguntó Iván con la voz ronca.

—¿Nosotros compartiendo saliva?

—Puto niño —se carcajeó.

Iván se pasó la lengua por la costura de los labios, sus ojos verdes vagaron hasta su boca y el corazón de Carlos se saltó un latido, todos los latidos del mundo.

—¿Y bien? ¿Vas a besarme de nuevo o tengo que hacerlo yo?

—Hazlo tú.

Iván se mordió el labio con fuerza, no la suficiente.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Esa tarde se besaron con torpeza, al principio, y con dureza justo después, como si no hubiera mañana. Se besaron hasta que la lluvia apretó y la tormenta entró por la puerta grande. Hasta que no sintieron nada, hasta que lo sintieron todo. Bocas hinchadas, respiraciones entrecortadas, jadeos compartidos y ojos vidriosos. Manos en todas partes. Cuerpos pegados. Latidos al unísono. Sombras reptando.

—Estoy aquí para lo que sea —jadeó, le agarró con fuerza de la ropa—, lo digo en serio, joder.

—¿Hasta para una sesión de *skin care* y pelis ñoñas?

—Para lo que sea, tú dame un toque.

—¿Y si...?

—Para lo que sea —repitió—. Te doy mi palabra.

«Estoy vivo».

Y esa noche, cada uno en su cuarto, con su pasado, su presente y su futuro entre las manos, hubo promesas esbozadas en el aire, con muchos *stickers* y notas de voz sugerentes; con sonrisas que iban a reventarles la cara y con corazones a punto de escapar de su prisión de carne, músculo y hueso.

«Estoy vivo, muy vivo».

Estaba vivo, muy vivo.

Estaban vivos.



PEQUEÑOS PASOS CON PURPURINA Y WHASI TAPES

4 de febrero, 2021

—Tengo un problema. O muchos. Quiero cambiar.

A Elena le costó decirlo en voz alta, sacarlo todo sin desgarrarse el alma. Era abrirse en canal, sin anestesia y sin vuelta atrás. Tirarse de boca al vacío sin paracaídas. Aunque quiso marcharse, fingir que no había dicho nada, y que no se estaba ahogando, se mantuvo firme en su sitio, con la mirada clavada en la de la terapeuta, en el cuaderno de anillas que usaba y en ese bolígrafo horrible con un murciélago en el culo.

Se aferró a la taza gigante hasta hacerse daño, hasta quemarse los dedos.

Estaba aterrada, al borde de un acantilado.

—Háblame. Empieza por dónde tú quieras.

Elena se mordió el labio inferior con fuerza, no se detuvo hasta sacarse sangre. El *tic tac* del reloj la estaba sacando de quicio. Le sudaban las manos. Estaba sentada al borde de la silla. Le dolía el culo, todos los músculos. ¿Por dónde empezaba? ¿Cómo vomitaba diecisiete años de su vida del tirón? ¿Por su hermana? ¿Por Verónica y su no-lista de conquistas? ¿Por su maldición? «Eres un monstruo». Cerró los ojos, dejó la taza en la mesita, clavó las uñas en el cuero de la silla.

Estaba sola.

—¿Soy un monstruo?

Silencio. Solo el *tic tac*.

—¿Crees que lo eres? ¿Qué te hace pensar eso?

Elena quería gritar, gritar y gritar.

—¿Porque soy la portadora de la muerte? ¿Porque soy su recipiente? ¿Porque puedo matar a cualquiera?

Estaba temblando, se caía y nadie le tendía la mano.

Su hermana le había dado la espalda.

—¿Te cuento un secreto? Cuando vuestros padres contactaron conmigo, cuando firmé el contrato de confidencialidad... Estaba fascinada y un pelín escéptica. ¿Niñas con poderes? Ya había oído rumores. Un niño que hablaba con los animales en Ciudad de México, una anciana en Buenos Aires que veía cosas que sucederían minutos después en cualquier parte del mundo, una mujer que decía ver el hilo rojo del destino. Y muchos más. No eran más que secretos susurrados a voces. Muy lejos. Pero ahí estaban vuestros padres. Y yo firmé sin dudarlo. No me costó

mucho aplicar para este puesto.

Elena arrugó la nariz.

—¿El secreto es que hay más como nosotras?

Porque ya lo suponía.

—No. El secreto es que la primera vez que os vi me parecisteis niñas normales. Muy dependientes la una de la otra y con vuestras manías, pero nada más. Hasta que vi las marcas en tus brazos cuando estallaste en mi consulta. Hasta que Julia descubrió que mi mujer me había dejado solo con estar en la misma habitación que yo.

Elena recordaba esa época. Eran recuerdos lejanos y borrosos.

—Os tuve miedo durante un tiempo, incluso me planteé dejarlo. Existíais. ¿Y si me metía en un problema con el gobierno? ¿Y si había algún tipo de organización que os diera caza? Estabais ahí y yo en medio.

Ella frunció el ceño.

—¿La hay? ¿Una organización? —la interrumpió, acababa de desbloquear un nuevo miedo.

Dorotea se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? El mundo está lleno de personas malvadas y cegadas por sus prejuicios. La cuestión es que si yo tuve miedo, normal que vosotras lo tengáis a veces.

O a todas horas.

—Ojalá el mundo estuviera preparado para enseñaros que no estáis solas, para guiaros y para cuidaros. Así os resultaría más fácil comprender que no hay nada malo en vosotras. No debería decirte esto, pero tu madre pasó muchos años buscando a personas como vosotras. No sé si encontró a alguien, no me lo dijo, solo sé que un día, cuando estuvierais listas, hablaría con vosotras al respecto. Os ayudaría a sentirnos en casa.

Elena asintió. No quería convertirse en una activista, quería estar a salvo.

—¿Y cuándo será eso? Porque hasta ahora lo único que ha hecho, aparte de viajar muchísimo por trabajo, es dejarnos tiradas en este internado.

La terapeuta tuvo la osadía de tomar nota.

—¿Estás lista ahora?

Elena hizo una mueca.

—No, si eso pone en riesgo a mi hermana, no. Estamos bien así. O estábamos.

—¿Qué ha pasado entre vosotras?

«La cagamos, dejamos entrar a otras personas».

—¿No te lo ha dicho ella? —Se puso a la defensiva.

«Me odia. Tengo miedo».

—Puede, pero eso no importa.

«Codependencia», esa fue la palabra que usó para describir su situación con su hermana. Elena

al principio negó con todas sus fuerzas, pero a medida que el *tic tac* del reloj se le clavaba en la cabeza y sus propias palabras (no las de la terapeuta, sino las suyas) se hacían un hueco en su pecho hasta desgarrarla, tuvo sentido. «Codependencia». Encajaba. Era como la última pieza del puzle. Al colocarla, la imagen se aclaraba. Todo se veía desde otra luz.

—Codependencia —repitió más bajito, se miró las manos. Estaba temblando. Ni jugar con su goma ayudaría. Solo le quedaba una—. ¿Y qué significa? Quiero decir. ¿Cómo se cura? ¿Qué hago?

Dorotea le sonrió con amabilidad y le ofreció una caja de pañuelos. Hasta ese momento ni se había percatado de que estuviera llorando. Se cuidó mucho de no tocar a la terapeuta, no quería regalarle ningún tipo de molestia. Ahora mismo no se fiaba de sí misma.

«Nunca te fías de ti misma, de nosotras».

Las venas de las manos se le marcaban, invisibles aún.

—Has dado el primer paso, has reconocido el problema.

¿Lo había hecho? Suponía que sí. Había ido hasta allí para abrirse en canal. Había aceptado a regañadientes las palabras de Carlos. Se había ahogado una y mil veces. Pero ¿codependencia? ¿Por querer cumplir la promesa que le hizo a su hermana con diez años? ¿Por querer protegerla a toda costa? No podía ser tan simple.

«No lo es. Nada lo es».

—¿Y qué hago ahora?

—Hablar. Soltarlo todo.

—Pero cuesta muchísimo.

—No tienes que contármelo todo si no quieres, no hace falta, puedes escribir en el diario que te di.

—¿Qué le hace pensar que lo conservo?

El diario se lo había dado a principios de la ESO. Elena lo había aceptado sin rechistar; en cuanto llegó a su habitación, lo tiró al suelo y no le echó más cuentas. Al terminar primero, mientras hacía las maletas, se lo encontró debajo de la cama. Podría haberlo tirado a la basura. Pero por algún motivo, lo guardó en el escritorio. Ahí seguía, junto a todo su material de papelería.

«Sé autocrítica. Todos los días, dedícate a ti misma una hora. Haz inventario».

Esas palabras se le clavarón hasta hacerle daño.

Canijo dormitaba sobre el escritorio. Elena se entretuvo dándole carantoñas cuando se desperezó. El diario estaba allí. En el tercer cajón. Junto a su colección de *whasi tapes* y unos subrayadores pastel. Si iba a hacer eso, abrirse en canal en un cuaderno, al menos lo haría a su manera. Con purpurina. Con colorines. Con papelitos de colores. Con *washi tapes*.

Y con tachones.

4/2/2021

~~Cuando tenía diez años...~~

No sé cómo narices contar las cosas, así que llenaré esto de notas e historias a medias. No sé hacerlo de otra forma. No sé cómo decir ~~que cuando tenía diez años casi maté a un chico~~, que sin mi hermana me siento vacía, sola, ~~perdida~~... No sé cómo hacerlo.

No sé cómo decir que soy un monstruo sin romperme. No sé cómo enfrentarme a mis decisiones. No sé lidiar con las consecuencias, porque hasta ahora no había hecho falta... No sé cómo disculparme. No sé una mierda. NO SÉ UNA MIERDA. NO SÉ UNA MIERDA.

Joder.

Echo de menos a Julia.

Echo de menos al renacuajo.

~~Echo de menos a la puta pelirroja de los huevos.~~



Abrió WhatsApp, el dedo se le fue hasta la lista de archivados, ignoró el millón de grupos de clase que tenía silenciados y en los que se metía cada dos por tres. Vero no la había bloqueado. Vero no le había escrito. Se metió en la conversación con el corazón latiendo con fuerza contra su pecho, con las manos sudorosas y la garganta seca. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué quería decirle? «Te he echado de menos» no bastaría, *no podría*. Se acercó hasta el micrófono y negó con la cabeza, porque si era incapaz de escribir cinco palabras, mucho menos grabar un audio.

¿Qué le diría?

Vero estaba en línea.

Salió corriendo de la aplicación, tiró el teléfono contra el colchón y se revolvió el pelo frustrada. Todo por querer ser como los demás. Por dejar entrar a la gente. Por echar de menos.

Cuando leyó la palabra arromanticismo en un libro, y después la buscó en internet, se reconoció a sí misma, lo aceptó, tenía sentido y fue como sacarse un peso de encima. «Mamá, papá... Soy bi y arromántica», así se presentó ante sus padres poco después y pensó que así sería más fácil marcar distancia con la gente, disfrutar de las relaciones en la ficción y ser feliz junto a su hermana. Con el tiempo, supo que no sería así. Que no pudiera enamorarse, que no pudiera sentir el amor romántico, no significaba que no quisiera una relación, dedicarse a la gente que le importaba y ser afectuosa.

Cogió el boli, lo apretó con fuerza.

No debería de haberla dejado entrar. No con la Muerte susurrando en su corazón.

Esto es una puta mierda.

~~No necesito a Vero.~~

~~No necesito a nadie.~~

Estoy bien sola.

No estoy bien sola.

Esa madrugada, le escribió a su madre para informarle de que lo estaba intentando, que estaba escuchando a la terapeuta. Su madre le respondió al rato con una cantidad exagerada de emoticonos de felicidad y sorpresa. Elena lo negaría, pero sonrió.

Sonrió como hacía mucho que no lo hacía, porque, aunque fingía que no le importaba lo que el mundo opinara de ella, lo que sus padres opinaran, a veces necesitaba sentir el apoyo de alguien, que no estaba completamente sola.

Era el primer paso, el peor.



SOLO TE SIENTO A TI

16 de febrero, 2021

—¿Puedes sentir lo que siento?

Luna estaba bocabajo en la cama. En esas últimas semanas, le había crecido una barbaridad el pelo. Julia tomó un mechón rosa entre los dedos, había destellos castaños en él. Pensó qué decir, si valía la pena arriesgarse o todavía estaba a tiempo de retroceder; de decir que la situación le superó y que cómo iba a sentir lo que los demás sentían. Era imposible. Observó a Luna, sus ojos azules («azul aguamarina», se corrigió), sus labios rosados, su *piercing* en la nariz. Observó, observó y observó. No, no quería mentir. Nunca más.

Quería ser libre, gritar a los cuatro vientos.

—Puedo sentir lo que sientes —le confirmó, una vez más.

Luna sonrió y se dio la vuelta en la cama, apoyó la cabeza en sus manos.

—¿Cómo funciona?

Se lo había contado por un impulso, porque no podía más y porque todo le superaba. Había sido en clase de Francés. A Julia no le funcionaban los auriculares y había demasiado ruido. Muchas emociones. Muchas hormonas revolucionadas. Y ni un mensaje de Elena. Fue incapaz de recuperar el control. Daba igual si trataba de contar hasta cien o hasta mil. Había abandonado el aula al borde del precipicio.

Luna la había alcanzado en medio de un pasillo, con el corazón en la boca, ahogándose en lágrimas y en sentimientos que no le pertenecían y que eran completamente suyos a la vez. Se lo dijo a bocajarro, sin pensar.

Fue suficiente, fue más que suficiente.

—Lo siento todo, todo...

—Jul, respira conmigo.

—No sé qué hacer, todo me supera. No puedo más. No. Puedo. Más.

No recordaba lo que pasó después, cómo acabaron aquí. Solo el miedo en el corazón de Luna.

—Siento todo, todo el tiempo. Sin filtro. A veces, es ruido de fondo, como una mosca o muchas moscas. Otras son palabras a toda velocidad. Duele. Duele siempre. La música ayuda. No tocar a nadie también.

Luna asintió despacio, muy despacio.

No la cuestionó.

—¿Puedes sentirme ahora?

Julia sonrió.

—Puedo sentir todo.

Ignoraba si era una explicación válida, pero tendría que bastar. Julia era incapaz de darle forma a algo que no la tenía y que siempre la acompañaba. No concebía su vida sin esas voces. Aun así, deseaba poder comprobarlo. ¿La madre de Carlos habría avanzado en su investigación? Frunció el ceño. Aparte de sus entrenamientos, no había vuelto a mencionar a su madre ni a la hipotética cura.

—¿Qué escuchas ahora?

«Tu corazón».

—Música clásica.

—¿En serio?

—No puedo estar escuchando todo el rato lo mismo o no me concentraría.

No le dijo que cuando estaba con ella, necesitaba escuchar todo lo que tuviera que decir incluso lo que no se atrevía a verbalizar. Era demasiado. No estaba preparada.

«Tírate a la piscina».

—¿En clase escuchas música?

—A veces, depende del profe.

Luna no insistió. No le preguntó qué sabían los profesores sobre su *capacidad*. Julia tampoco le explicó que tenía un justificante de su terapeuta, al que no le había hecho mucho caso. Porque fuera de esas cuatro paredes, nunca había necesitado justificarse. Ni se había acercado lo suficiente a nadie para tener que hacerlo.

Era triste.

«Es seguro», diría Elena.

Estaba asustada, sí, pero también emocionada. Era Luna.

—Así que... si te toco... Que no lo voy a hacer, tranqui.

—Si me tocas, te siento. A ti. Solo a ti.

No había querido decirlo así. Ni sonar de esa forma. Ya no había vuelta atrás. Luna se mordió el labio inferior, se removió en la cama. Había un brillo especial en sus ojos, uno muy esclarecedor. Julia tragó saliva. Luna se incorporó en la cama, sus rodillas casi se rozaron.

—Solo a mí —repitió, vocalizó más que susurró. Julia asintió—. A nadie más.

—A nadie más.

—¿Sería demasiado?

Julia tragó saliva con dificultad.

—Nunca sería demasiado. Tú nunca serías demasiado.

Era mentira. Era verdad. Quería comprobarlo por sí misma. La piel le cosquilleaba allí donde los dedos de Luna podían tocarla si osaba hacerlo. Ojalá lo hiciera. Ojalá retrocediera. Todo a la vez.

Se le iba a salir el corazón por la boca.

Luna alzó la mano con cuidado, con torpeza. Julia ahogó una exclamación al sentir sus dedos acariciándole el pelo, quitándole uno de los auriculares. Estaban cerca, sus narices a un palmo de encontrarse, su aliento acariciándole los labios. Julia notó que Luna olía a regaliz y que el regaliz, que nunca le había llamado la atención, era su olor favorito en el mundo. Luna se deshizo del otro auricular, la música que inundaba sus sentidos quedó a un segundo plano, se difuminó hasta desaparecer.

Estaba asustada. No podía negarlo. No serviría de nada. Nunca había estado tan expuesta ante nadie. Trató de concentrarse en Luna, en lo que estaba haciendo. En los latidos desbocados de su corazón y en la montaña rusa de emociones que rodeaba a ambas, que inundaba esa habitación y nada más. Intentó no sentir más allá, lo intentó con todas sus fuerzas y funcionó.

Funcionó de verdad.

—¿Por qué sonríes así?

—Porque soy feliz.

«Porque lo siento todo, porque solo te siento a ti y me abrumas».

—Yo también soy feliz.

—Lo sé —se le escapó.

Las dos sonrieron con torpeza.

—Quiero probar otra cosa, ¿puedo?

Julia sintió sus palabras más que las escuchó. «¿Puedo tocarte la cara? ¿Puedo cogerte de la mano?».

Fue abrumador.

Luna acarició con dedos temblorosos sus mejillas; al principio, no fue una caricia en sí, sino un dedo rozando el contorno de su mejilla, de su mandíbula, la comisura de su boca... Se estremeció y Luna hizo el ademán de alejarse, la agarró de la muñeca para impedirsele. Nerviosas, con las emociones a flor de piel, con sus corazones latiendo al unísono, compartieron una mirada, una que gritaba «sí, por favor» y «estoy aquí, estamos aquí». Después, Luna se envalentonó y ahuecó su rostro con las dos manos. Las dos rieron, Julia con los ojos cerrados y las mejillas arrojadas, y Luna al borde de las lágrimas, con una sonrisa que no le cabía en el pecho y que le reventaba la cara de felicidad.

«Me gustas muchísimo».

Cada palabra, cada susurro.

Julia nunca pensó que sus habilidades pudieran darle tantas alegrías. Sin embargo, en ese momento, mientras Luna recorría con la yema de los dedos su rostro, comprendió que era una persona muy afortunada. Porque no solo se moría un poquito más por lo que Luna le provocaba con una caricia, con su sonrisa y sus piropos, sino también por la montaña rusa de emociones y

verdades que sentía, tanto por ella misma como por Luna.

Eran palabras susurradas en el corazón.

Eran sentimientos y emociones que se escribían en su piel, en todas partes.

No quería cerrar los ojos, ni perderse ningún detalle. Quería memorizar su rostro, morir en sus matices. Quería cerrar los ojos para siempre, ahogarse en los sentimientos y en las emociones de Luna. Quería vivir, sentirlo todo.

Quería, quería y quería.

—¿Puedo?

Miraba sus labios, se perdía en ellos.

—Puedes.

Luna se acercó lentamente, sus narices se encontraron y sus labios se rozaron. No fue su primer beso. Tampoco el último. Fue el principio. Julia se recostó en la cama. Luna encima, cuidándose de no aplastarla. No era una postura cómoda. A ninguna le importó. Sus labios se buscaron una vez más, se perdieron y se encontraron. Una y otra y otra vez. Julia rio contra su boca, se deshizo de la coleta, que le estaba molestando, y rodeó a Luna con sus brazos. Se besaron, una y otra y otra vez.

Luna le dio un beso en la nariz, Julia rompió a reír.

Más tarde, tumbadas en la cama y con las manos entrelazadas, hablaron sobre el futuro. Julia le contó que le gustaría estudiar algo relacionado con las letras, tal vez una filología o una literatura. Luna, por primera vez, reconoció en voz alta que le apetecía probar suerte con las becas, estudiar en el extranjero cualquier cosa relacionada con el arte, pero que no le importaría probar algún curso de repostería, mientras le permitiera viajar, vivir en otras culturas y empaparse de otras vidas.

—¿Qué piensas?

—Que vas a comerte el mundo, Luna.

Luna enrojeció, escondió el rostro en la almohada.

Se prometieron estar ahí para la otra, independientemente de lo que pudiera ocurrir. Mientras Luna hablaba, desenredaba sus pensamientos, Julia memorizaba su rostro, escribía un millón de historias inacabadas sobre el brillo de sus ojos, la forma de su sonrisa. Sobre ella, todo sobre ella.

—Eres preciosa —le confesó en voz baja, interrumpiendo su parloteo.

—Tú sí que eres preciosa —se sonrojó.

—Lo digo en serio. Eres preciosa por dentro.

Julia quería explayarse un poco más, explicarle que se refería a su corazón, a sus sentimientos, a sus emociones y a sus pensamientos sin nombre ni apellidos. Luna no se lo permitió. Volvieron a besarse, a perderse en los labios de la otra, a ahogarse en la montaña rusa de emociones que se formaba a su alrededor, que las protegía del exterior.

—Céntrate en mí, cuando todo te supere, cuando la música te falle, búscame.

Era una tontería.

Era su salvavidas.

Julia asintió divertida. Luna volvió a besarla.





EN TIEMPO PRESTADO

15 de marzo, 2021

Con las zapatillas en la mano, y con una sonrisa socarrona de oreja a oreja, Carlos atravesó las puertas del comedor como si fuera el dueño del lugar.

Así se sentía, así *quería* sentirse.

El comedor se encontraba en la primera planta en el ala oeste, junto a las cocinas. Era un sitio repleto de mesas alargadas y ventanales gigantescos, precedido por una mesa principal en la que se sentaba el profesorado. Aunque las mesas se dividían por franjas de edad, no existía ninguna norma que impidiera que los cursos se mezclaran. Era lo más común. Lo único que estaba prohibido, aparte de hablar a gritos, pelear o jugar con la comida, era llegar tarde al horario de comidas.

Él llegaba tarde, y no le importaba, ya se había comido una bolsa de *jumpers* de camino aquí.

Julia estaba sentada en una de las mesas de bachiller con la mirada perdida. Él vaciló en la entrada, su sonrisa lo hizo. Si estaba allí, y no haciendo tiempo en los jardines echándose una siesta, era porque se había cruzado antes con Guerrero en el patio. Esta le había pedido que fuera a hablar con Julia, que no estaba teniendo una buena mañana y prefería no dejarla sola. Normalmente, Julia pasaba las horas muertas en la biblioteca, así que era, como mínimo, raro que quisiera quedarse en el comedor sin hacer nada.

Él no necesitaba leerle el pensamiento para descubrir qué le preocupaba. Julia estaba bien la mayor parte del tiempo, menos cuando no lo estaba.

Tomó asiento frente a ella.

—¿No tienes clase ahora?

—«Hola, Carlos, ¿qué tal tu día?».

Ella puso los ojos en blanco no del todo molesta por su presencia, pudo apreciar el comienzo de una sonrisa en sus labios. Podía anotarse ese tanto, aún podía hacerla sonreír.

—Si, sí, perdona.

—Pasaba por aquí y he dicho «vamos a probar suerte».

Julia alzó una ceja suspicaz.

—Te has perdido el mejor menú del año.

—¡Hala, qué fastidio!

Julia se cubrió la boca para no reírse. Tenía la mochila abierta encima de la mesa, un puñado de apuntes repartidos a su alrededor. Él cogió una hoja al azar, repleta de colorines y *posits*. Era de Literatura. Había muchísimas notas en los márgenes. Quizás Guerrero exageraba, quizás solo

se había quedado allí a estudiar.

—Tengo un parcial —le explicó.

Él asintió, después le entregó la hoja y se cruzó de brazos sobre la mesa. Ya que estaba allí, podría sacar algo de provecho. Molestar preferiblemente.

—¿Guerrero y tú...?

La sutileza no era lo suyo. Ella enrojeció hasta la punta de las orejas.

—Somos amigas —respondió deprisa, *muy* deprisa.

—Claro, claro.

—Es verdad.

—Yo no le como la boca a mis amigos, qué conste.

Ella palideció, boqueó cual pez fuera del agua.

—¿Quién te ha dicho...? ¿Nos has visto?

Pillada. Había sido demasiado sencillo.

—¡Lo sabía!

—Oh, por favor.

—¡Te pillé, te pillé! —canturreó emocionado.

—Baja la voz, nos van a echar.

Dudaba seriamente que vinieran de las cocinas a reñirles.

—No sería la primera vez —le confesó. Ese truco nunca fallaba. Julia negó con la cabeza, pero, al menos, sonreía y la sonrisa alcanzaba sus ojos avellana. Era todo un logro—. ¿Y bien? Espero que esta amistad tan especial no te robe mucho tiempo de, ya sabes, las cosas importantes.

—¿Estudiar? Porque no eres la persona indicada para decirme que debo ponerme a estudiar.

—Yo estudio lo justo y lo necesario.

Muchos pensaban que desperdiciaba su potencial estudiando tan poco. Para él, las notas no eran más que números que abrían puertas a distintos sitios y que alimentaban la competitividad. Él prefería aprovechar el tiempo en otras cosas que hincando los codos durante horas. Además, existía la posibilidad de que estuviera viviendo en un tiempo prestado, que, en cualquier momento, las sombras reclamaran su alma.

¿Para qué malgastarlo estudiando?

Julia se encogió de hombros.

—Estudio y practico todos los días, no te preocupes.

—Bien, bien.

—Luna ayuda, ¿sabes? Me ayuda muchísimo.

Eso sí que no se lo esperaba. Él se quedó congelado en el sitio, con lo que fuera a decir muriendo entre los labios. Quería preguntarle a qué se refería, pero no hizo falta. Su mirada era

esclarecedora, así como el nerviosismo que parecía haberla abrazado de pronto. Julia confiaba en Luna para abrirse en canal, para permitirle que mirara de cerca en su interior, en su corazón y en su alma. No tenía miedo, no temía las consecuencias. ¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo conseguía confiar ciegamente en alguien?

A él le daba un miedo aterrador solo de pensarlo.

—Ella lo sabe —murmuró acongojado.

—Sí. Y se lo tomó muy bien, no dudó de mí. Me tiré a la piscina y había agua.

Él asintió de acuerdo. Era incapaz de decir nada. Imaginaba que Julia esperaba que lo hiciera, que le diera la enhorabuena, que le dijera que había sido muy valiente, que estaría ahí si las cosas salían mal, o que hiciera una broma al respecto.

No podía, le temblaban las manos y el corazón se le iba a salir por la boca. ¿Por qué estaba tan nervioso? ¿Por qué no podía comportarse como un amigo normal y corriente?

«Porque no eres normal, porque no quieres serlo».

—Me alegro —atinó a decir, cada palabra un mundo.

—Aguanto más sin los auriculares. A veces hasta se me olvida ponerme música.

Era todo un avance, uno que merecía dos botellines de cerveza. Así se lo hizo saber. Prometieron (medio en broma, medio en serio) irse de copas un viernes por la tarde, que él tenía sus truquitos para conseguir un pase, que debía presentarle oficialmente a Luna para darle el visto bueno.

Rieron, sonrieron sin restricciones.

Fueron risas de cristal, sonrisas efímeras. Mientras él temía a las sombras que le susurraban en el oído, que acariciaban su piel recordándole sin palabras que estaban allí, que siempre estarían allí; ella no podía quitarse de la cabeza que habían pasado más de dos meses, que estaba sola y que no estaba cerca de reconciliarse con su hermana, que la necesitaba más que nunca.

Que le faltaba algo, que les faltaba algo.

—Echo de menos a mi hermana —dijo de sopetón, interrumpiendo sus planes escritos en el aire, promesas que olvidarían con el tiempo.

Él hizo una mueca.

—Es normal, no te preocupes, lo solucionaréis.

—¿Y si no lo hacemos? ¿Debería hablar con ella?

—Nadie te lo impide, pero se pasó un montón. No lo olvides. Déjala que sufra un poco, que sea ella quien dé el primer paso.

Estaba intentando cambiar, había oído rumores de sus disculpas. Julia también.

—Para ella, no es fácil, sus poderes... Tiene miedo.

Pero no era suficiente, no aprendería si la perdonaban, así como así.

—Dale tiempo, hazme caso.

Ella suspiró desganada. Probablemente esperaba que le dijera que cogiera sus cosas y se largara a buscar a su hermana, que no tenía nada de malo esconder de vez en cuando los problemas debajo de la cama. Que no era tan grave, que era su hermana y que nada más importaba. Pero sería una mentira, una que se le atascaría en la garganta, que envenenaría la relación de ambas.

Mentiras, mentiras, mentiras. Él sabía demasiado sobre ellas.

Ajena a sus pensamientos, Julia jugueteó con el contenido de su estuche.

—Todo sería más sencillo si supiéramos de más personas como nosotras. ¿Crees que habrá alguna organización secreta? Me gusta pensar que sí, que hay alguien ahí fuera que se preocupa por gente como nosotros. No podemos estar solos, ¿no?

Carlos hizo una mueca.

—¿Y el gobierno?, ¿sabrá de nuestra existencia? ¿Crees que nos encerrarían en un laboratorio para diseccionarnos? ¿Seremos diferentes por dentro? A veces me da miedo ir al médico o que alguien se fije de más en mis rarezas, salir al mundo exterior y darme cuenta de que estoy expuesta. Es una tontería, pero...

No, no lo era. Él vivía con ese miedo desde que era un crío.

Pero Julia no se merecía ahogarse en miedos que no le pertenecían.

—Dudo que seamos de conocimiento público, más bien un secreto a voces. Habrá quien nos tome en serio y quienes crean que somos un cuento para no dormir.

No tenía pruebas, pero tampoco dudas.

El mundo podría no hablar de ellos en voz alta, no estar preparados para aceptarlos. Aun así, era imposible que no supieran que existían. Ellos habían tenido mucha suerte, habían nacido en una cuna de oro que les había salvado el culo. Pero no todos tendrían ese as bajo la manga; habría gente que tendría dificultades para controlar sus habilidades, otras que no querían mantenerse ocultas. No podían ser un secreto susurrado detrás de las puertas, no con la globalización, no con internet.

Un vídeo se haría viral, un tuit recorrería el planeta en unos minutos.

Era imposible que nadie supiera nada.

El gobierno *tenía* que saber de ellos. Pero, sin embargo, no eran una amenaza inmediata, no más de lo que lo eran las personas sin habilidades extraordinarias. Al final del día, con o sin poderes, si alguien quería hacer daño, lo haría. Tal vez sí que existía una organización, oculta a primera vista, con buenas o no tan buenas intenciones. A él no le daba miedo esa posibilidad, sino lo que podría hacer si sucediera, lo que las sombras harían si osaban ponerle las manos encima.

Eso le daba pavor, pero de nuevo ya estaba acostumbrado a tener miedo.

—Agradezco que no nos den caza, no me malinterpretes —bromeó para quitarle hierro al

asunto, mientras jugueteaba con un subrayador metálico—, pero ayudaría saber más. Ayudaría saber que hay gente que podría echarnos una mano, hacernos la vida más fácil. Alguien con quien compartir nuestros miedos.

—Me tienes a mí —susurró.

—Lo sé, pero a veces no es suficiente.

Él asintió, lo entendía perfectamente.

—Algún día quizás estemos preparados para salir a la luz.

Él desde luego que no, no había nacido para ser un modelo que seguir.

Julia se recompuso.

—Bueno, tú conoces a alguien, ahora que me acuerdo.

—¿Qué?

«El miedo, qué cosa más interesante, te ataca cuando menos te lo esperas».

«Cállate».

«Si me dejaras salir, si me aceptaras, las cosas que haríamos, lo que podríamos hacer».

—Por lo de la cura. Vale que cada día me preocupe menos, pero no la he olvidado. Sería muy útil. Podríamos elegir. Esa posibilidad estaría sobre la mesa. Tu madre hace una gran labor al colaborar con un laboratorio privado. No sé cómo lo estarán haciendo, pero si necesitan inversores o cualquier cosa parecida, pueden contar con mis padres. Ellos, encantados.

A Carlos le costó un mundo tragar saliva.

—¿Se lo has dicho?

Ella dudó un segundo, con la mirada fija en la suya. Era como si pudiera ver más allá, como si estuviera viendo a través de sus máscaras, escarbando hasta encontrar el origen del problema. Él trató de mantener la calma, alejar sus peores pesadillas, ignorar las sombras que reptaban por su cuerpo, alcanzando su alma, paralizándolo.

Podríamos elegir. Esa posibilidad estaría sobre la mesa.

«Estoy aquí. Estoy aquí. Estoy aquí».

Existía, no se lo llevarían.

—No he podido, quería hablarlo con Lena primero.

Él se miró las manos muerto de miedo. Estaban borrosas, ¿o era su visión? ¿Estaba allí de verdad o las sombras le habían atrapado de nuevo? Quería salir corriendo, se moría por huir. No podía moverse, no quería. Las sombras estaban allí, abrazando su piel, devorando todo a su paso.

Él estaba allí, emborronado, casi corpóreo.

Julia podía verlas.

Cualquiera podría verlas.

Era un monstruo.

Julia tomó sus manos con delicadeza y le dio un apretón amistoso, ignorando a propósito las

sombras que ahora cubrían las manos de los dos. Ella le dedicó una pequeña sonrisa, palabras no dichas y promesas escritas en sus ojos avellana. Era su ancla, intentaba serlo, pese a no saber muy bien qué estaba pasando, qué había provocado esa reacción por su parte.

Él estaba aterrorizado, vivía con miedo. Y nunca se acostumbraría a ello.

—No estás solo, no estamos solos.

Ese era el problema, sí estaba solo.

Siempre lo estaría.

A ella podría no preocuparle la cura como antes, pero él la necesitaba como la tabla salvavidas que Jack habría ansiado en medio de ninguna parte. Esa noche, se ocultaría debajo de las mantas, repetiría su mantra una y otra y otra vez hasta que las sombras desaparecieran. *Hasta que él se esfumara*. No dormiría, no podría. Esa noche, llamaría a su madre, dejaría que su voz le abrazara. Fingiría, interpretaría otro papel. O se rompería a llorar, dejaría que su madre le consolara sin saber qué estaba pasando.

Esa noche, no haría nada de eso, se ahogaría en sus miedos, sobreviviría una vez más. Quizás las sombras bajarían la guardia, quizás esperarían hasta que él no pudiera más. Quizás esa noche dejaría que se lo llevaran.

Solo esa noche.



SI TE HACE DAÑO, LA MUERTE SALDRÁ A JUGAR

23 de marzo, 2021

Ser buena persona era un trabajo mal pagado, sobre todo cuando se estaba rodeado de imbéciles profesionales. Elena intentaba (de verdad que sí) solucionar todo con una sonrisa y destrozando todas las gomas de pelo que tuviera a mano, si la situación la superaba a niveles catastróficos. También escribía insultos con muchas mayúsculas y colorines en el cuaderno.

Esa mañana, después de entregar los ejercicios de Mates y descubrir que el trabajo de Inglés lo haría con dos sabelotodo que no aguantaba ni en una isla desierta, no estaba de humor para aparentar que quería ser buena persona.

¿Estaba mal provocar una migraña a África? Probablemente.

En su defensa, no pensaba mencionarlo a la terapeuta, así que no hacía falta elaborar una, África fue la gota que colmó el vaso. Tuvo la osadía, en medio de la clase, de burlarse de sus camisetas estampadas (la de Daphne y Velma comiéndose la boca) y reírse, mientras recogía con Adrián, su compi de fechorías.

—Putos progres que quieren meternos lo inclusivo hasta por el...

—Ya ves, qué asco dan.

Elena vio negro.

O rojo.

Aun así, no supo lo que hacía hasta que África se llevó las manos a la cabeza e hizo ese ruidito escalofriante que hacía cuando algo la asustaba (muy a menudo, casi siempre) o la pillaba desprevenida. A su lado, Adrián puso cara de estreñido mientras se sujetaba la cabeza. Elena se quedó boquiabierta, con la mochila a medio colgar y el corazón a mil.

Había sido ella. Al echar mano de sus gafas, había cruzado los dedos para que les reventara alguna neurona. Por suerte, o por desgracia, no pasó. No hubo sangre por las orejas ni nadie cayó muerto dramáticamente al suelo, pero sí que África montó un buen espectáculo durante un rato.

—¿Qué pasa ahí? —intervino la de Inglés, más molesta que preocupada.

Ella se encogió de hombros.

Era consciente de que debería sentirse fatal, pero por más que lo pensaba (lo justo, para qué mentir) solo le salía sonreír con malicia, colocarse bien la mochila y despedirse con un «hasta luego», mientras Adrián ayudaba a África a ponerse en pie, pálidos los dos, como si acabaran de saludar a la mismísima Muerte. Tal vez, así era. A Elena le importó de poco a nada, porque nunca se había sentido tan poderosa y en control hasta ese momento.

«Juntas podemos hacer maravillas».

Ella asintió de acuerdo.

¿Por qué no?

En general, no le costaba ser buena. Se había disculpado con muchísima gente (con Héctor fue súper fácil, el chico era un cacho de pan) y ya no mandaba a la mierda a la primera personita que aparecía pidiéndole ayuda con las tareas. Al contrario, hasta se había apuntado al grupo de tutorías, para ayudar a los peques con las asignaturas troncales o con la corrección de trabajos.

Pero seguía sin estar preparada para enfrentarse a su hermana y a Carlos, por más que se moría de ganas. De hecho, seguía en contacto con ellos (correos, comentarios en *Drive*) para enviarles sus partes del trabajo. Tampoco se veía capaz de hablar con Vero, por más que esta la saludaba con un gesto siempre que se cruzaban. No le entraba en la cabeza que la pelirroja no pudiera guardarle rencor, todavía recordaba cómo el color había abandonado su rostro ese día, cómo el silencio se había hecho un hueco en la habitación para asfixiar a ambas.

Era superior a sus fuerzas.

Desbloqueó el teléfono, tenía varias notificaciones de Instagram. Ningún mensaje.

Al guardar el teléfono, le dio por asomarse a la ventana a que le diera el aire. Reconoció a Carlos junto a Sierra, frunció el ceño. ¿Por qué estaría el renacuajo con ese idiota? Era un facha en potencia. O no, a saber. Teniendo en cuenta quién era su padre, y el por culo que daba en las reuniones de la junta (palabras de su padre, no tuyas, muchas gracias), no le extrañaría.

Iba a dejarlo estar, no tenía derecho a inmiscuirse en las amistades de nadie, ya había aprendido la lección, pero Sierra tuvo que fastidiar sus planes al agarrar de malos modos a Carlos.

Tal vez, si su amigo no se hubiera revuelto, se habría quedado quieta.

La Muerte susurró una melodía que hablaba de dolor y de sangre. Elena atravesó el pasillo, así como el patio principal y los jardines, como alma que lleva el diablo. Enseguida, divisó a Carlos y a Sierra discutir muy acalorados.

No. Solo Iván.

Carlos se encogía sobre sí mismo y se volvía borroso en los bordes, casi traslúcido. Ignoraba si Sierra era consciente o no le importaba, dejó caer la mochila al suelo y atravesó el jardín a grandes zancadas, con la Muerte acechando, haciéndose un hueco en su cuerpo, desde dentro hacia fuera, manchando sus brazos con tinta negra.

Empujó a Sierra con todas sus fuerzas, dejó que la Muerte se deleitara.

—¡Eh, tú, escupitajo malparido! ¿¡Qué mierdas te crees que haces!?

Sierra palideció. ¿Por la sorpresa? ¿Por el miedo? ¿Podía percibir a la Muerte?

—Elena —la llamó Carlos, intentando alcanzarla y arrepintiéndose en el último segundo.

Ella siguió mirando fijamente a Sierra, con todo el odio y la ira que llevaba dentro. Con la

Muerte a su lado. En todas partes. Podía saborear su confusión, el miedo que se abría paso a bocados y era exquisito, un manjar que no se permitiría despreciar. Tanteó a su presa, primero con la mirada, luego dando un paso en su dirección, otro y *otro*. Iván palideció, como si pudiera percibir la muerte acariciándole de fuera hacia dentro.

La conexión se rompió, Carlos sacó la valentía de donde pudo y la agarró del brazo. Elena se sobresaltó. Sierra se puso en pie maldiciendo por lo bajini, y sin ser capaz de mirar al renacuajo a la cara.

Ella sí se atrevió.

En su mirada, vio confusión, irritación y agradecimiento.

—Carlos —suplicó.

—Estaba a punto de desaparecer —le confesó sin soltarla y solo cuando se quedaron solos. No antes, nunca. Ahí quietos, rotos y de una pieza a la vez. Como siempre. Como si no hubiera pasado el tiempo—. Lo sentí aquí, justo aquí.

En el corazón. En todas partes.

Elena asintió, los dos se dejaron arrastrar hasta el suelo.

—Estaba a punto de dejarme llevar —dijo bajito, correspondiendo su sinceridad y abrazándose fuerte, muy fuerte—. De hacerle daño. Muchísimo daño.

Tal vez hasta podría haberlo matado. ¿Qué le pasaba?

—Somos amigos.

Elena le miró de refilón, con el pelo tapándole la visión.

—¿Tú y Sierra?

«No pegáis», quiso añadir, pero se lo guardó por si acaso, porque sonaba feo y porque había estado a punto de perderlo en las sombras. Además, ellos dos tampoco pegaban mucho y ella le había cogido cariño en esos últimos meses. No había sido porque los dos tuvieran demonios a los que enfrentarse todos los días y a todas horas, sino porque había algo que los unía, algo más fuerte que sus habilidades.

—Yo y Sierra, sí. Ya lo sé, no pegamos nada.

—Yo no he dicho eso —se defendió avergonzada.

—Pero lo has pensado —se burló sin fuerzas; después, se pasó la mano por el pelo revuelto y jugó con la cadenita que siempre llevaba al cuello—. Estábamos...Antes, lo que has visto ha sido... Uf, no sé ni qué decir.

—No digas nada, no tienes que darme explicaciones.

—Me gusta. Me gusta muchísimo.

—Oh, vaya.

—Sí, vaya. Es una mierda, ¿por qué me tiene que gustar tanto?

—No podemos elegir quien nos gusta.

—Eso es relativo —protestó—. Por poder, podemos elegir con quien pasamos nuestro tiempo. Y yo he elegido hablar con él y hacer... cosas.

Elena arrugó la nariz disgustada.

—No necesito esa imagen en mi cabeza, muchas gracias.

—Eres una mal pensada. ¡Qué mente más sucia! —se escandalizó fingiendo una inocencia que no tenía, el brillo en sus ojos le delató.

Elena le dio un manotazo en la rodilla.

—Has dicho «cosas» con un tonito.

Carlos se echó a reír. Ella negó con la cabeza.

—Carlos, siento muchísimo haberme comportado como una ogra. Tenías razón. Mi don no me convierte en un monstruo, yo elegí comportarme como uno.

Atrapó su mano, y le dio un leve apretón.

—No me daba cuenta del daño que me hacía, y que os hacía a los demás. Estaba tan obcecada con que podía matar a alguien, con que todos podrían dañarme a mí. Fui una cabrona. Y una tóxica de manual. Estoy mejorando, ¿vale? Tenía miedo, mucho. Joder, estoy aterrorizada, y que conste que no uso esto como excusa. Quiero cambiar. Estoy cambiando.

—Vaya discursito me has soltado.

—Oh, cállate. —Intentó limpiarse las lágrimas disimuladamente, pero no funcionó—. ¿Puedo darte un abrazo? Echo de menos los mimos y como Canijo va y viene...

—Que sí, que yo también te quiero.

—¡Yo no he dicho eso, renacuajo!

Carlos tiró de ella para abrazarla. Elena protestó, dejando clarísimo que no le quería ni por asomo, que solo echaba en falta los abrazos y que Carlos olía demasiado a pintura para ser normal («¿no usas gel o qué te pasa?»). Pero al final se rindió, cerró los ojos y le devolvió el gesto, apretando los brazos alrededor de su cuerpo y acurrucándose en su cuello.

Carlos era retratos inacabados, pinceladas al aire, sonrisas de hoyuelos y abrazos con sabor a casa. Era paz.

Así, sin moverse.

«Te quiero mucho, renacuajo».

—Si te hace daño otra vez, me lo dices y me lo cargo.

Carlos rio a carcajadas.

—Por supuesto, *Wanheda*.

Elena sonrió contra su cuello.

—Te he echado de menos, que lo sepas.

Carlos la apretó un pelín más fuerte, se aferró a ella como a un salvavidas. Quizás lo era. Quizás los dos lo eran a su manera. Elena se dejó hacer sin protestar.

—No estoy solo —le pareció que susurró.

—No, no lo estás.

Más tarde, en clase de Historia, mientras intentaba seguir la lección, se daría cuenta de que Carlos no le había contado qué le había pasado con Sierra. Nunca lo supo. Porque, a diferencia de ellas, Carlos siempre fue un enigma.

Por mucho ruido que hiciera, y hacía un montón, nunca se abría en canal. Daba igual el tiempo que pasaran juntos, las noches de juegos de mesa o las tardes cotilleando en los jardines, o lo mucho que Carlos adorara escucharse hablar, siempre trazaría la línea y se mantendría al otro lado.

Era muy triste.

LISTA DE COSAS PARA SER MEJOR PERSONA

1. Llamar a mamá y a papá más a menudo. Y recordarles que los quiero mucho.
2. Expresar mis emociones.
3. ~~Disculparme con toda la gente con la que me he liado y he tratado como el culo.~~
3. Disculparme con Héctor [✓]
4. Disculparme con Vero ~~y decirle que me gusta mucho, que me gusta tanto que no sé cómo mierda gestionarlo y que estoy acojonada.~~
5. Disculparme con Jul y ser sincera al cien por cien. ¿Por qué sigo postergándolo?
6. Hablar con Luna ~~y recordarle amablemente que Jul se merece lo mejor.~~
7. Ayudar a los críos de tutoría a sacar un diez. O un cinco, ya se irá viendo, tampoco nos vengamos arriba, guapa.
8. Apuntarme a algún club para obligarme a socializar. Uf, la pereza.
9. Reconciliarme con la fotografía [✓]
10. Reconciliarme conmigo misma. Aceptarme, signifique lo que signifique.
11. Hacer meditación (¿?) o alguna cosa de estas para gestionar mejor mis mierdas.
12. No usar a la Muerte de excusa.
- 13.
- 14.



MÍRAME. MÍRAME. MÍRAME

25 de marzo, 2021

Mírame. Mírame. Mírame. Mírame. Mírame.

No quiero, no me obligues, te lo suplico.

Intento retroceder, pero las piernas no me responden. No debería sorprenderme. Da igual lo que haga, nunca funciona. Estoy atrapado en una pesadilla sin salida de emergencia. *Mírame.* Me niego. Soy un cobarde. *Mírame.* Sería tan sencillo, pienso, aceptar mi destino y desaparecer, dejar que las sombras me engullan. Pero temo lo que pueda pasar, si abro los ojos y me encuentro con su cara.

Está ahí, justo ahí.

—Tengo miedo, ‘*manito*.

—Duérmete.

Sigo sin ser capaz de moverme, no siento mi cuerpo. No estoy aquí. Estoy aquí. Necesito despertarme. Romper las cadenas invisibles que me retienen, que han hecho de mi cuerpo una jaula perfecta. ¿Por qué no funciona? Despierta. Despierta. DESPIERTA.

Él sonríe, claro que sí. Es muy predecible.

Hasta que no lo es.

Mírame. Mírame. Mírame.

—Ya te he leído dos cuentos.

—Están ahí, tengo miedo.

Está justo al alcance de mi mano, su respiración me hace cosquillas en la cara y las sombras que le dan forma, me rodean. Aprieto los ojos hasta ver lucecitas. *Rompe las cadenas, acepta tu destino, sé libre. Seamos libres.* Doy un respingo, no está frente a mí, sino a mi lado. Todo lo que dice son mentiras. Mentiras. Mentiras. MENTIRAS.

—Cuídala.

—Pero mami...

—Te traeré un regalito.

Me rindo, igual que siempre. No tengo otra opción. Abro los ojos y me derrumbo, caigo de rodillas. Está justo al alcance de mi mano; rostro ceniciento, sonrisa de medio lado, ojos negros como boca de lobo y sombras que danzan a su merced, dándole forma y, al mismo tiempo, creando un halo de misterio.

Es inalcanzable.

Es poderoso.

Es eterno.

—Ojalá no existieras.

Me cubro los oídos y rabio hasta desgarrarme la garganta. Ya he abierto los ojos, estoy a su merced, ¿por qué me sigue torturando? ¿Qué más quieres de mí?

Extiende su brazo hacia mí, sus sombras me engullen hasta cegarme.

Que se acabe ya.

Que haga lo que quiera.

Su sonrisa se acentúa.

Mírame. Mírame. Mírame.

Es lo que hago. No sé hacer otra cosa. Y, sin embargo, sigue sin ser suficiente. Nunca lo es. ¿Cuándo? Dímelo, te lo suplico. Dime cuándo cojones será suficiente. Estoy aquí a tus pies, agotado y muerto de miedo. Soy tuyo. Su risa me pilla desprevenido, provoca un terremoto en esta nada donde siempre acabamos y no sé cómo reaccionar.

Las sombras se alzan.

¿O es él? ¿Acaso importa? ¿No son lo mismo? Él y las sombras. Ellas y Él. Son una extensión de sí mismo, una trampa de la que intento escapar todos los días. Fallo estrepitosamente.

No puedo huir más. Estoy *muy* cansado.

Cada día me siento más fuerte, más débil, más insignificante.

Cada día me cuesta más resistir, la tentación es cruel.

Estoy *muy* cansado.

Mírame. Mírame. Mírame.

Las sombras están en todas partes, recordándome lo que podría hacer si cediera. Podría controlar la luz y la ausencia de esta, dar forma a la oscuridad. Podría estar en todas partes. Podría ser quien quisiera ser. Y hacer todo lo que me viniera en gana. Más, más y mucho más. Para ello, tengo que rendirme, aceptar mi don. Morir y renacer.

Eres un necio. Necio. Necio.

La oscuridad que nos abraza se remueve incómoda. Una punzada me paraliza. ¿Por qué duele? ¿Por qué siento dolor físico en este sitio? Las sombras revelan un aula repleta de pupitres y sillas. Es la de Eva. Tardo un segundo de más en darme cuenta de lo que pasa. Luna y Susana chismorrearán entre risitas, mientras la profe explica el ejercicio.

Basta.

BASTA, POR FAVOR.

Puedo ver las sombras, más nítidas, y puedo percibir su hambre.

¿Te gusta? Es tuyo.

No.

Por supuesto que sí, joder. Soy uno con las sombras. Yo tengo el control, el miedo no me

domina si lo uso a mi favor. Tiemblo, las rodillas me fallan. Él me acaricia el rostro. Me aparto asqueado.

No me suelta, no me deja.

Nunca.

Las sombras devoran todo a su paso. Si bien debería tener miedo, me siento aliviado. Ya ha pasado. Puedo con esto. Paso a paso. Elena está allí. Es una mujer hecha de muerte y fragmentos de vida. Su rostro luce pálido en mitad de la oscuridad, su piel está marcada por la muerte. Las venas negras se extienden como enredaderas por su cuerpo. Es espeluznante. Es una belleza que te atrapa antes de arrancarte la vida. Sus ojos, grises una vez, son dos pozos negros. Es la Muerte, la portadora de la Muerte.

Tardo en entender por qué me ha mostrado a mi amiga, qué pretende.

Soy un idiota.

Necio. Necio. Necio.

Ella se acerca despacio. No. Se desliza hacia mí, acaricia mi rostro con ternura. Con cuidado, como si temiera romperme. Es un consuelo vago. No es real. No sé qué busca conseguir con esto, o quizás sí que lo sé y me niego a verlo. Su aliento me hace cosquillas en el rostro, sonrío inútilmente. Entonces lo siento. Es un dolor agonizante que nace desde el centro de mi pecho y se extiende por todas partes. Trato de alejarme, de marcar distancia con la sombra de mi amiga. Es peor, mucho peor. Ella sonríe, labios oscurecidos por la Muerte, ojos vacíos y venas que engullen todo a su paso.

Me está devorando.

Está devorando la vida en mí.

Ella susurra algo que no consigo entender. Es una melodía suave, una nana. Es una canción de cuna. Es la misma que a veces, entre clase y clase, me parece oír de fondo. Como de lejos. Y me da miedo, muchísimo.

Me estoy muriendo. ¿Puedo morirme aquí? ¿Quiero morir? ¿Es eso lo que ansío todas las noches? ¿El silencio eterno? ¿El descanso sin fin?

Él sigue ahí, puedo verle. Puedo sentirle.

Tú decides.

Grito. Grito. Grito. Cierro los ojos con fuerza. Grito. No es real. Es solo una pesadilla. Me clavo las uñas en la cara, muevo la cabeza de un lado a otro. Estoy harto. Elena no está aquí. Elena no me haría esto. *Pero la Muerte sí, si ella no aprende a controlarla.* Sé lo que quiere, quiere que acepte mi don. Que haga lo mismo que le pido a Julia. Pero no puedo, tengo demasiado miedo. Caigo. Elena ya no está ahí. Estoy en mi casa, en mi cuarto. No quiero estar aquí. Grito. Grito. Grito. Sigo gritando. Pataleo. Necesito salir de aquí.

Mírame.

Es un niño hecho de sombras. Es él.

Mira. Mira. Mira.

El niño señala la cama. No quiero mirar ahí pese a saber que no fue en este cuarto donde sucedió. Que no fue aquí donde las sombras engulleron mi corazón. Que no fue ahí donde me perdí a mí mismo. Me rindo. No saldré de aquí si no lo hago. Aquí no soy nada. No soy nadie.

Sé que sonrío pese a no mirarle.

No puedo apartar la mirada.

Iván. Iván. Iván.

No sé qué hace aquí. No sé qué busca, no puedo apartar la mirada. Somos Iván y yo. Sin peleas. Sin obstáculos. Sin responsabilidades que asfixian. Sin miedos. Sin secretos. Sin medias verdades. Él me abraza con fuerza, deposita un beso en mi cabeza. Yo sonrío embobado, me quejo de algo, probablemente estemos viendo una peli. Nos removemos. Me hace cosquillas, protesto. Finjo molestarme, me besa.

Casi puedo sentir el beso, casi puedo morirme entre sus labios. En sus brazos.

Hay sombras deslizándose entre las sábanas, cubriendo nuestros cuerpos. No presto atención. No puedo ver más allá de la felicidad que me embarga, que me da fuerzas. Iván es feliz también. Me besa sin miedo. Sin mentiras entre nosotros. Con el corazón sobre la mano y con su alma desnuda. Juntos. Juntos. Juntos.

Déjame ayudarte, déjame guiarte.

Es Él, las sombras.

Las sombras cubren nuestros cuerpos. Iván no reacciona, sigue besándome como si no importara, como si no me tuviera miedo. Yo doy un paso atrás, las sombras me atrapan para que no escape, me revuelvo. No quiero seguir aquí, ¿por qué sigo aquí? Se lo van a llevar, me lo arrebatarán. ¿Por qué no reacciono? ¿Por qué no me alejo para salvarlo?

Porque no está en peligro, tú lo estás.

«Y él lo estará, si no aceptas tu destino», pero eso queda en el aire.

Las sombras nos devoran, mi futuro robado se rompe.

Sé tú mismo. Sé tú.

Estoy solo. Solo. Solo. Solo. Siempre estoy solo.

Sombras reptan por mi cuerpo, inmovilizan mis extremidades. No me importa. Que se acabe ya. Que acaben conmigo. Que me devoren. Que me engullan en un mundo de pesadillas. Cierro los ojos, me dejo hacer, pese a saber que no funciona así. Muevo los dedos, uno a uno. Humedezco mis labios, murmuro algo que escapa de mi comprensión. Ellas me escuchan, siempre me escuchan. Retroceden. Esperan. Me esperan a mí.

Mírame.

Te miro.

¿Qué ves?

A mí, me veo a mí.



Se despertó engullido por la oscuridad, sábanas húmedas y sudor frío movilizándolo su cuerpo.

Pateó las sábanas aterrorizado, ojos borrosos y garganta encogida. Tropezó al escapar de la cama, de la prisión de sombras, carne y hueso. Alcanzó la pared, y la luz se hizo un hueco en la oscuridad, iluminando todo a su paso, creando sombras fantasmagóricas por todo el cuarto. A Carlos no podía importarle menos, no con su corazón amenazando con escapar por la boca y su visión borrosa a causa de las lágrimas que trataba de retener. Intentó respirar, controlar sus pulsaciones. Falló estrepitosamente. Falló como siempre fallaba con todo.

«Estoy aquí. Estoy aquí. Estoy aquí».

No estaba en ninguna parte. No estaba allí. Ellas, sí.

Cayó al suelo, se apoyó en la puerta. Mano derecha sobre el pomo, mano izquierda sobre su corazón. Frío. Frío. El suelo estaba helado. Pero hacía un calor espantoso, como si en lugar de encender la luz, hubiera puesto la calefacción. Se rompió, la presa que retenía sus lágrimas se hizo añicos. Se ahogaba, no sabía nadar. Trató de tranquilizarse, se recordó a sí mismo que estaba aquí, no atrapado en una pesadilla interminable. Soltó el pomo, se abrazó con fuerza y se rompió, una y mil veces.

«Estoy aquí».

La luz parpadeó, el corazón se le detuvo.

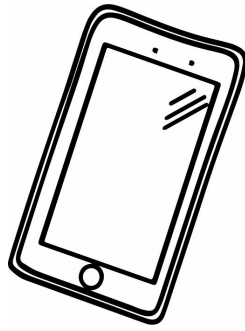
Era la bombilla, la estúpida bombilla.

Ellas no estaban aquí.

Pero era mentira, una mentira venenosa y podrida que se le clavaba dentro. Muy muy dentro. Por más consuelo que pudiera darle, no era real. Ellas estaban allí, donde él estuviera. Siempre. Y las pesadillas no iban a mejorar, no ahora que se habían fortalecido con el paso del tiempo, que se le habían metido bajo la piel hasta alcanzar su corazón.

Se arrastró hasta la mesita, desbloqueó el teléfono con la huella dactilar.

¿Y para qué?



CHAT 4: ¿SOMOS NOVIAS?

MI LUNITA

en línea

25 DE MARZO

¿Cómo ha ido?
¿has visto a tu hermana?

Qué va
me llegué antes y había
cambiado la cita y me da palo
ir a su cuarto y que no quiera verme

Dale tiempo, vendrá a ti
¡Y no pienses eso, claro que quiere verte!

Eso me ha dicho la doc,
que nos vendrá bien pero
es tan raro no contar con Lena,
no ver series juntas o
no tener la noche de juegos

Sé q no es lo mismo pero
quieres que me cuele esta noche
en tu cuarto y hagamos maratón
de tus pelis disney favs?

¿Y si nos pillan?

tu novia es un ninja ntp

somos novias?
mensaje no enviado

26 DE MARZO

perdón por irme así!!!!
te di un besito de despedida eh
pero surgió algo, luego te cuento

no pasa nada <3
gracias por lo de anoche

pásame las fotos cuando puedas

eres mi nuevo fondo de pantalla <3



ERES UN INGENUO, ESPÓSITO

8 de abril, 2021

Carlos estaba garabateando en sus apuntes de Técnicas cuando le vibró el teléfono. Se sacó los cascos y desbloqueó la pantalla con la huella dactilar. Como el sol le daba de lleno, subió el brillo, entrecerró los ojos y su corazón se saltó un latido.

Era un mensaje de Iván.

estás muy guapo mordisqueando el boli ;)

Junto a las canchas, Iván estaba con sus amigos. ¿Cómo no lo había visto? ¿Cuánto tiempo llevaba allí, el muy cretino? ¿Naranja butano? Iván se mordió el labio inferior, los ojos le brillaban pícaros y a Carlos se le olvidó hasta cómo respirar. Le sonrió a trompicones, como si le costara la vida. Iván le guiñó un ojo. Estaban juntos, con varios metros de distancia y en dos realidades aparte. Pero juntos.

Tú estás horrible con ese chándal del mercadillo
tío me duelen los ojos

Desde lejos, Iván le miró horrorizado y se llevó una mano al pecho, el muy dramas. ¡Luego decían de él! Carlos se aguantó la risa, y ocultó el rostro detrás del teléfono.

Tras su última discusión, las cosas habían mejorado.

Esa misma noche, Iván le llamó por Discord y le contó más sobre su padre, sobre la presión que tenía sobre los hombros desde que era un crío y lo harto que estaba de sus comentarios *inocentes*.

—Quiere que aplique a una de las becas internacionales y hoy se ha puesto de un cabezota que...

—¿Y tú qué quieres?

Iván se encogió de un hombro y apartó la mirada.

También se disculpó, de mil formas distintas y le hizo un millón de promesas («nunca más te voy a gritar», «te juro que hablaré contigo cuando quiera mandar a la mierda al mundo» y «tú, Pepe y yo muy lejos de aquí, no sé cómo ni cuándo, pero te doy mi palabra»).

Él se había muerto en cada promesa, en cada uno de esos escenarios que se formaban en su cabeza, en lo que dijo y especialmente en lo que quedó en el aire. En ellos.

Su padre quería que estudiara medicina en una universidad importante, que fuera un buen cirujano o algo del estilo, que se casara con una buena chica y que tuvieran una casa con jardín.

Pero Iván no sabía qué hacer, se lo contó entre hipidos y puñetazos al aire, y que por eso se había comportado como un capullo esa tarde.

—Lo pagué contigo y no me di cuenta de lo gilipollas que estaba siendo hasta que Salgado me empujó. Qué fuerza tiene la tía, me dejó noqueado.

Carlos estaba seguro de que en realidad sí que sabía lo que quería, pero que no se atrevía a decirlo en voz alta. Estuvieron así, en silencio, con el teléfono bien sujeto, durante horas.

Fue devastador.

Fue rozar el paraíso con la yema de los dedos.

«Eres un ingenuo, Espósito».

ahora se llevan estos colores
y no es del mercadillo, inculto
es carísimo

Lo que tú digas
Si así duermes por las noches
en serio quién combina esos colores????

perdone usted, gurú de la moda
eso que llevas es de la sección de mujer?

la ropa no entiende de géneros
qué hago yo si estos pantalones me quedan de infarto?

son altos y anchos, son de mujer

te ha faltado decir que son estampados,
para quedar como un cavernícola de campeonato

Quiso parecer indignado, pero le salió como el culo. Iván le lanzó un beso y le guiñó un ojo. Carlos puso los ojos en blanco. Era cierto; para él, la ropa no entendía de género, compraba aquello que le quedara como un guante. Y su madre siempre le decía que desde peque todo le quedaba de infarto.

Esa mañana, se había decantado por unos pantalones anchos de talle alto de flores, un crop top semitransparente y un sujetador deportivo para no escandalizar a los profes. Si no tuviera el corazón a mil, se pondría en pie y le haría un pase de modelos. A nadie le extrañaría, Carlos Espósito hacía el idiota a todas horas y sin ningún motivo.

Iván le señaló la pantalla del teléfono. Carlos se cubrió la boca para no reírse a carcajadas. ¡Había usado sus *selfies* para hacerle *stickers*! Era para matarlo.

Estaba a punto de hacérselo saber, con algún que otro corazoncito, cuando una de las chicas de

su grupo se puso en pie, recogió sus cosas y se le acercó. Maca, ese era su nombre, se puso de puntillas y le dio un beso en la comisura de la boca, borrándole la sonrisa a él, que estaba muy lejos y con el corazón pisoteado en el suelo, y a Iván, que palideció. El resto del grupo se puso a silbar.

Iván no le miró. Eso fue lo peor.

¿Quién es?

Dos tics azules.

Ni una mirada.

Carlos se sintió como un idiota; regresó a sus apuntes para encontrarse con que lo que había estado garabateando, habían sido los ojos de Iván. «Es suficiente», se repitió mientras agarraba con fuerza su cuaderno. «Es más que suficiente», se dijo al borde de las lágrimas, con la cadenita de oro flotando sobre los apuntes y con unas ganas tremendas de gritar y acabar con todo. «No me afecta. No me afecta», y un cuerno que no le afectaba. No veía sus manos, no distinguía su letra ni sus garabatos, solo borrones y remolinos de sombras. Solo oscuridad, placentera y cómoda.

—Tú, Pepe y yo muy lejos de aquí, no sé cómo ni cuándo, pero te doy mi palabra.

—¿Qué dices? Que creído te lo tienes, ¿eh? ¿quién te ha dicho a ti que iría contigo a ninguna parte?

—Carlos, soy irresistible, no me jodas.

Y dolor, punzante y abrasador sobre el pecho.



RESPIRA, RUBIA, A TU RITMO

14 de abril, 2021

Elena jugueteó tanto con sus trenzas que al final tuvo que deshacerlas; se pasó los dedos por el pelo y bufó molesta. Con las dos gomas en las manos, sopesó los pros y los contras de estar allí, fuera del salón de actos, esperando que la clase de doblaje finalizara para disculparse con Verónica.

Había ensayado su disculpa como un millón de veces, frente al espejo y con Canijo como público. Carlos se había ofrecido voluntario, cuando la pilló. Tuvo la osadía de arrancarle la cartulina de las manos y echarse a correr. Para ser tan bajito, tenía las piernas y los brazos muy largos. Al final, después de amenazar al idiota de cientos de formas distintas, cedió y le contó lo que hacía.

Las puertas se abrieron y los alumnos comenzaron a salir a cuentagotas; de dos en dos, al principio, y después en grupos. Algunos reían, otros maldecían y otros bostezaban agotados. Elena respiró hondo y se replanteó hasta la elección de ropa. ¿Qué se ponía una para disculparse con una ex-que-no-era-ex? Se echó un vistazo. A ella le parecía apropiada la camiseta de Lexa de *The 100* con un mensaje incendiario, la falda larga y los botines negros. Quizás debería haber probado suerte con los pantalones con perlitas. Quizás todavía estaba a tiempo. Quizás podría volver otro día.

Quizás. Quizás. Quizás.

Vero estaba allí, con un vestido color aceituna y manolequinas; el pelo recogido en una coleta baja y una sonrisa radiante. Desde allí, podía apreciar las arruguitas que se le formaban al sonreír. Elena dio un paso, dos, tres. Tenía las pulsaciones disparadas, le temblaba hasta el alma. ¿Cómo comenzaba la disculpa? ¿Qué era lo que no tenía que decir? Vero se giró en su dirección, sus miradas chocaron y torció el gesto, desconcertada, confundida o muy cabreada. Elena no tuvo la oportunidad de preguntárselo, porque alguien, a quien no había visto hasta ahora, se interpuso en su camino.

Pelo violeta, cara de mala hostia.

—¿A dónde te crees que vas? —le espetó con los brazos en jarra.

Elena estuvo a punto de soltar una bordería, se contuvo.

—A hablar con Vero, ¿te apartas?

«O te aparto», se contuvo otra vez.

Luna alzó una ceja suspicaz. No se movió ni un centímetro. Elena esperaba de todo corazón que nadie les estuviera prestando atención. No soportaría los cuchicheos. Tampoco que su

hermana las pillara y pensara que estaban peleándose de nuevo. No quería mandar a la mierda todos sus avances de un plumazo. El diario, en su mochila, ahora le pesaba una tonelada y media. Pensó en sus sesiones con Dorotea, en sus palabras de ánimo. También en sus padres, que de repente estaban contentísimos y súper atentos con ella. No podía permitirse retroceder.

Respiró hondo antes de añadir un mustio «por favor», mientras ignoraba a propósito la caricia helada de la Muerte.

—No voy a dejarte que te acerques a mi amiga para que le rompas el corazón otra vez.

«Ni a tu hermana», pero eso quedó implícito, aunque doliera igual.

Elena estaba en blanco, el corazón le martilleaba y la cabeza le daba vueltas. Quiso mirar por encima del hombro de Luna, pero al ser las dos casi de la misma altura, no podía hacerlo disimuladamente, así que se contuvo, respiró hondo (varias veces, muchísimas) y comprendió que, si quería hablar con Vero o con su hermana, antes tendría que hacer de tripas corazón y disculparse con Luna Guerrero.

Se maldijo por no haber preparado su disculpa.

—Tenía miedo. Fui una idiota.

Luna se cruzó de brazos.

—¿Ya está? ¿Eso es todo?

Elena quiso darle un puñetazo. «Hazlo», susurró la Muerte en su cabeza.

—Es más complicado —reconoció sin apartar la mirada, nunca la apartaría—. Mi relación con Julia es complicada. Todo lo que nos rodea es complicado, pero eso no excusa mi comportamiento. Una cosa es querer proteger a mi hermana y otra actuar como si yo fuera su dueña. Lo siento.

«Estaba asustada, siempre pienso lo peor de la gente».

Era ridículo, cada palabra lo era.

—Nunca me atrevería a hacerle daño.

—Lo sé.

—Pero, aunque ese fuera el caso, no es tu problema. Tu hermana tiene que decidir por sí misma. No puedes mantenerla en una burbuja para siempre. No puedes protegerla de males que ni siquiera sabes si existen. Déjala vivir. Empieza a vivir tú.

«Soy la Muerte. Somos la Muerte».

Elena asintió acongojada.

—Ahora lo sé, empiezo a darme cuenta y a aceptarlo.

—Está bien, pero vaya que esto se lo tienes que contar tú a Jul, eh.

Elena se mordió el labio inferior y apartó la mirada un segundo.

—Lo haré, no me siento preparada —le confesó.

—Es tu hermana, te echa de menos. ¿Y quién en su sano juicio se tira meses sin hablar con su

hermana? Tía, ni un extremo ni otro.

Elena se sorbió los mocos, rompió el contacto visual y miró al cielo, parpadeó varias veces, angustiada. Luna le puso la mano en el hombro, Elena se sobresaltó, pero no la apartó, dejó que la chica de los pelos pastel y la ropa pasada de moda la abrazara. No fue un señor abrazo, como los de Jul o los de Carlos, ni siquiera duró más de diez segundos, pero fue reconfortante; le permitió ver a Vero, a tan solo unos metros de distancia, con el ceño fruncido.

Elena cerró los ojos con fuerza, vio lucecitas molestas y después se alejó.

Ni rastro de la Muerte.

—Gracias. —No sabía qué hacer con las manos, tampoco con las lágrimas que resbalaban sobre su rostro, muy dignas y rebeldes.

—¿Quieres...?

«¿Quieres un pañuelo? ¿Quieres hablar con Vero?».

—No, ahora mismo... Joder. Adiós.

Luna fue a decir algo más. Elena no la dejó, se aferró con fuerza a su teléfono y salió pitando, casi le fallaron las piernas. Carlos y Luna tenían razón (¡qué sorpresa!). No podía seguir postergando hablar con su hermana. Ya era bastante raro que sus padres no hubieran hecho preguntas cuando dijo por el grupo de la familia que se quedaría allí durante la Semana Santa. En algún momento, intervendrían, todo se le haría una bola y acabaría explotando de nuevo. Necesitaba resolverlo de una vez. No podía esperar hasta sentirse preparada, ¿cuándo sería? ¿En un mes, cuando acabaran las clases? ¿En la graduación? ¿En selectividad? Ni siquiera sabía qué quería hacer su hermana, bien podría marcharse al extranjero.

Frenó en seco, a punto de hiperventilar. ¿Y si se distanciaban para siempre? ¿Y si nunca solucionaban sus problemas? ¿Y si su Jul se olvidaba de ella? «Respira, respira, respira, respira». ¿Era ella o la Muerte? ¿Importaba acaso? Eran la misma persona al final del día. Carlos tenía razón también en eso, debía aprender a controlarla, a reconciliarse con esa parte de sí misma si quería tener una vida de verdad. Se miró las manos, pálidas y húmedas por el sudor, venas invisibles palpitando bajo su piel.

Tenía que hacerlo ahora.

Su teléfono sonó, se lo sacó del dobladillo de la falda.

¡Jopeta! ¡Que señora disculpa!

Era Vero.

Elena no sabía qué hacer, qué responder. Vero seguía en línea. ¿Por qué le había dado a la notificación sin mirar de quién era? Era imbécil, una imbécil de manual. ¿Ahora qué hacía, dejarla en visto? Vero estaba escribiendo. Tenía que hacer algo o no hacer nada nunca en la vida.

Respira, rubia, a tu ritmo ;)

Elena sonrió. A su ritmo. Eso podía hacerlo.

Pero no con su hermana, nunca más.



DE ABRIRSE EN CANAL Y ESCUCHAR TU CORAZÓN

17 de abril, 2021

Supo quién era antes de que llamara a la puerta. Julia podría haber fingido que no estaba en el cuarto, aunque Canijo estuviera dormitando en una caja de zapatos y pudiera montar un buen estruendo al oír a Elena, pero algo —que se le agarró desde muy dentro hasta estrujarle el corazón— se lo impidió. Ya había sido suficiente. Abrió la puerta, pilló a su hermana con el puño en alto y con el horror pintando sus facciones.

Ninguna supo qué decir, cómo reaccionar. Era la primera vez que habían tardado tanto en hacer las paces. Canijo, paseándose entre sus pies, dibujando ochos, y acariciándose el lomo contra Elena, fue de gran ayuda.

—Estabas aquí, ¿eh, gordinflón?

Julia sonrió tímida.

—Ahora le ha dado por dormir entre mis zapatos —bromeó, Elena asintió, en cuclillas, mientras le hacía carantoñas al gato—. Luego dicen que los gatos son independientes y muy ariscos, este, aunque se tire el día fuera, es lo más pegajoso que me he echado a la cara.

Canijo había llegado a sus vidas sin avisar; se coló en el cuarto de Elena, le destrozó sus camisetas favoritas y después se restregó contra Julia, al descubrir que la rubia quería destriparlo vivo. Al final, a base de ser un pesado, y un bebé a duras penas, Elena y Julia decidieron que se lo quedarían, al menos hasta que apareciera su familia. No lo hizo. Por suerte, la directora no puso pegas.

Elena se incorporó, con el gato en brazos.

—Qué grande estás, bola de nieve.

—Lleva con nosotras cinco años —dijo Jul.

—¿Tanto? Vaya. —Silencio—. Yo venía a...

—¿Quieres pasar? —le preguntó adelantándose a cualquiera cosa que estuviera a punto de decir, dando un paso atrás y ofreciéndole entrar—. Podemos ponernos al día con *Merlín*.

Era un buen plan, un planazo.

Pero las cosas no podían (ni debían) ser tan sencillas. No más.

—Morgana lo vale, pero no puedo hacer esto, fingir que no llevamos meses sin hablarnos y que no la cagué. No estaría bien.

Julia apretó los labios y asintió, aunque no parecía muy convencida con la idea. Siempre habían solucionado sus problemas así, con alguna peli o una invitación inocente. Después todo

quedaba olvidado, como si nada malo hubiera ocurrido. Y eso estaba bien, de verdad que sí, pero solo cuando la riña se debía a que una de las dos se había comido el último trozo de pizza o le había cogido algo a la otra sin permiso. Esto era más grave. Muchísimo más.

Julia cerró la puerta tras de sí y tomó aire, una, dos... Hasta cuatro veces. Estaban bien. Estarían bien. Lo solucionarían. Elena se había sentado con las piernas cruzadas sobre la colcha. Con Canijo entre las piernas, que parecía encantado con las atenciones recibidas.

Julia sopesó sus opciones, se acercó hasta el escritorio y desconectó la música del móvil. Si iban a tener esa conversación, sería sin interrupciones. Cerró los ojos, de espaldas a su hermana, y se concentró en sus emociones. Conocía a Elena como la palma de su mano, casi podía saborear su incertidumbre, su miedo, sus dudas... *Todo* desde allí. Por más disparatados que fueran los consejos de Carlos, resultaban muy efectivos, sobre todo ahora que Luna (sus sonrisas, sus caricias, sus latidos y sus besos) era su talismán. Su ancla.

Suspiró aliviada al darse cuenta de que Elena no guardaba ningún pensamiento negativo hacia Luna. Al menos, en apariencia.

—¿Quieres...?

Iba a ofrecerle algo de picotear, Elena no se lo permitió.

—Me equivoqué con Luna. Me he equivocado con muchísimas personas. Miguel, Lucas. Eran imbéciles, la gente puede ser muy imbécil, pero eso no me da derecho a actuar como... Bueno, como una idiota.

Como un monstruo.

A Julia le picaban las manos de pura impotencia.

—Di algo, lo que sea. No te quedes ahí sin más. No sé si lo sabes, si Dorotea te ha contado algo, pero me estoy tomando en serio las sesiones de terapia, ¡hasta llevo un diario! ¿Te acuerdas de él? Bueno, no importa. Ahora, antes de acostarme, mientras me lavo los dientes, hago un inventario de cosas buenas, cosas malas y cosas a mejorar. Después escribo. Anoche, por ejemplo...

Julia arrugó la nariz al ver como las mejillas de Elena se coloreaban de rojo. No quiso inmiscuirse en sus pensamientos —en sus emociones, sus sentimientos— sin más, pero fue inevitable echar un pequeño vistazo. Era complicado, como un revoltijo de cosas buenas, cálidas y calientes. Elena sacudió la cabeza, como si hubiera notado su intromisión, y después se recogió el pelo con una goma, se deshizo el recogido y jugó con la goma. Dos, tres veces.

—Lena.

—Intento ser mejor persona. No pensar mal de la gente. Me disculpé con Carlos. Hasta hablé con Luna hace poco, aunque fue sin querer.

—No lo sabía.

—¿No? Ah. Pensaba que... —Elena frunció el ceño desconcertada, Canijo lloriqueó por

atención. Ella reanudó sus carantoñas—. Da igual. Me alegro de que no te lo contara, así puedo hacerlo yo.

Julia asintió incómoda.

Elena se abrió en canal y Julia fue espectadora de ello. No solo escuchó sus palabras, también vio su alma, nadó en sus pensamientos, en sus emociones y en sus sentimientos. Para no perderse en el océano que era su hermana, cerró los ojos y buscó el recuerdo de Luna, los latidos de su corazón y salió a flote.

Cuando quiso darse cuenta, estaba de rodillas en el suelo abrazando a su hermana por la cintura, hundiendo el rostro en su regazo y llorando en silencio, rompiéndose una, dos y hasta mil veces.

Elena se aferró a ella con la misma fuerza. Julia alzó la cabeza, se bañó en las lágrimas de Elena; las reconoció, y las atesoró, rogando a lo que sea que hubiera ahí arriba para que no sufriera nunca más, para no tener que contar sus lágrimas una a una y descifrar las emociones que en ellas se ocultaban.

—No eres un monstruo, métetelo bien en la cabeza.

Y le dio un golpecito en la frente, las dos sonrieron, una con torpeza y la otra, aliviada, antes de ahogarse en otro abrazo.

—Algún día.

Julia negó con la cabeza, pero lo dejó estar. Era todo un avance.

También no ahogarse en sus poderes, ni una vena en los brazos desnudos de su hermana, ni pensamientos negativos nadando en sus pensamientos; agarrarse a ellos, porque estaban ahí, formaban parte de ellas y no irían a ninguna parte, y salir a flote.

Canijo protestó en voz alta, las dos hermanas rieron.

—¿Ponemos la serie?

—¿Y si pillamos unos paquetes de patatas y retomamos la noche de juegos?

—Va, mándale un mensaje al renacuajo, me voy a lavar la cara.

Julia recuperó su móvil, y se metió en el grupo *Los efímeros de filo*. El nombre había sido idea de Carlos, porque la sugerencia de Elena no le había convencido. Normal, había sido insultante. El chico respondió al cuarto de hora con un «estoy reventado, chicas» que le dejó con mal sabor de boca.

—¿Viene? Que se traiga el del cadáver escondido.

—Qué va, dice que no puede.

—¡Pues noche de chicas!

Estaban bien.

Por fin estaban bien.



SELFIES PROBLEMÁTICOS Y UNA DIADEMA DE GATO UNICORNIO

25 de abril, 2021

Estaba tan concentrada en los ejercicios de Mates, que no se percató de que alguien se sentaba enfrente hasta que oyó la silla moverse.

Pegó un brinco.

Su sonrisa de niña buena fue lo primero en lo que se fijó, así como en la estela de pecas que decoraban sus mejillas y el arco de cupido de su boca. Agarró el portaminas con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos, y entrecerró los ojos en su dirección. No se fiaba ni un pelo.

Esa sonrisa no presagiaba nada bueno.

Habían pasado unos días desde la última vez que hablaron en persona, si se le podía llamar «hablar» compartir medio saludo por el pasillo. Aunque sabía que era cuestión de tiempo que la pelirroja se hartara e impusiera su presencia, no esperaba encontrarla en la sala de estudio.

Enarcó una ceja.

—¿Qué?

—Nada.

Y una mierda.

—Pues no molestes. —Era inútil intentar concentrarse, no con la pelirroja de los huevos a un palmo de distancia y oliendo *tan* bien, pero aun así releyó el enunciado y subió el volumen de la *playlist*.

Vero hizo un mohín, apoyó la barbilla sobre la palma de la mano.

—¿Qué quieres? —Se sacó el auricular y la encaró con más dureza de la que había pretendido, pero si le molestó, o le sorprendió, no se le notó. Vero acentuó su sonrisa, y se incorporó casi dando saltitos en el asiento—. No tengo tiempo para tus...

Pilló el móvil, lo desbloqueó y lo puso sobre la hoja de ejercicios. Vero era de esas chicas que decoraba la funda con imágenes de sus actores y cantantes favoritos. Pero lo que le sorprendió, y le dejó con el corazón calentito, fue reconocer el trébol de mentira que le regaló meses atrás. Extrañada, y curiosa, para qué mentir, estiró la mano para recogerlo.

Era una nota de audio de casi doce minutos. ¿Qué esperaba que hiciera con eso?

Ah, ya.

—Ni de coña.

Menos con ella delante.

—Porfi.

—Que no, ve a molestar a tus amigas.

—¡Me van a decir que la maqueta está perfecta y yo quiero tu sinceridad gélida!

—No grites.

—No es la biblioteca.

Era inútil razonar con ella.

—Porfa, porfa, porfa.

—Está perfecta.

—¡Elena! —lloriqueó, solo le faltó dar unos golpecitos sobre la mesa para coronarse como la cría del año. Se mordió el labio inferior para que no se le escapara una sonrisa, no quedaría bien. Pero era muy difícil mantener la compostura con Vero haciendo morritos y actuando como un perrito abandonado—. Si la escuchas entera y me das tu opinión, me iré sin protestar.

Ya, y ella nació ayer.

—No te creo.

—Te lo prometo.

—Eso dijiste la última vez.

Se calló, porque la última vez que estuvieron en esa tesitura, había menos ropa y espacio entre las dos. Sus labios de fresa se estiraron en una sonrisa pícaro, la que gritaba «sé por dónde vas, Salgado y me encanta» y que le hacía *cosas* nada desagradables en la boca del estómago. Se removió, y desvió la mirada hacia la mesa que quedaba más cerca.

Estaba vacía.

Joder.

—¡Vale! ¡Me rindo!

Vero dio unas palmaditas.

Cerró Spotify, sacó la clavija de los auriculares y se preparó mentalmente para que la voz de Vero, no la de la chica que tenía enfrente y que adoraba sacarla de sus casillas, sino la de la Vero actriz, inundara sus sentidos. Daba igual lo que le dijera, ya podía ser una maqueta donde interpretara a una camionera cabreada, iba a hacerle sentir de todo.

Tragó saliva, y le dio al *play*.

Tuvo que pausar el audio a media frase, con el corazón latiendo con fuerza contra su caja torácica y las pulsaciones disparadas. Vero arrugó la nariz, como si no comprendiera por qué había soltado el teléfono tan rápido y la estuviera mirando con las mejillas coloreadas de rosa. Algún día la mataría de un infarto, así se iba a vengar por romperle el corazón meses atrás.

—¿Qué? ¿Tan mal suena?

Y lo diría en serio.

—Eres una actriz de los pies a la cabeza.

—¿Gracias?

—No te tiembla ni un pelo, pelirroja. Te aplaudo.

—Pero...

—¿Tienes que hacer alguna prueba en directo? Porque la vas a bordar.

Que siguiera manteniendo el tipo empezaba a mosquearla de verdad. Se sacó uno de los auriculares y se lo tendió para que escuchara su propia maqueta. Confundida, le hizo caso, y no fue hasta que se le tiñeron las mejillas de rojo y abrió muchísimo los ojos, cuando se dio cuenta de que no, no estaba actuando, de verdad no había entendido su reacción.

Solo Vero se confundiría de maqueta.

—Esto no era... Bueno, a ver, es una maqueta, pero no era la que quería. Perdona.

¿Y para qué narices grababa eso?

—¿Perdona? —chilló; a lo lejos se oyó un sonoro «shh» que le puso de mala hostia—. Paso. Estoy hasta arriba.

Vero atrapó su mano.

—Porfi, te prometo que te dejo en paz y que no volveré a molestarte jamás. —Dibujó un puchero y afianzó su agarre. Elena se mordisqueó el labio inferior, mientras su corazón hacía un triple mortal en su pecho. Joder, con la pelirroja—. Es muy importante, me juego la plaza.

Vero quería entrar en una escuela de Arte Dramático por sus propios méritos, no con el apoyo económico de su familia ni con los contactos de la Gloriosa. Maldijo entre dientes, se zafó de su agarre, porque así no había quien pensara con claridad, y asintió de malos modos. Todo fuera porque desapareciera de su vista un par de horas. Si Vero no se puso a dar saltitos de alegría, poco le faltó.

«Si gana un premio en el futuro, espero que me lo dedique o no respondo».

Pulsó el icono de reproducción. Escuchó sin parpadear, y sin decir ni una palabra, los doce minutos y medio de maqueta.

—¿Y bien?

Elena le devolvió el móvil cuidándose de no tocarla, y se fijó en su boca, en la forma en la que mordisqueaba su labio inferior y se preguntó qué pasaría si se inclinaba hacia ella y atrapaba su boca en una suave embestida. ¿Se callaría por fin? ¿Le pegaría un guantazo? ¿O le devolvería el beso con las mismas ganas? Sacudió la cabeza y se centró en la hoja de ejercicios.

—Está perfecta —le confesó con la voz tocada, carraspeó y se aferró al portaminas como si fuera un escudo contra todas las Vero Galán de la Gloriosa. Su Vero dio un respingo al escucharla—. Es perfecta. Te irá genial.

—¿En serio?

—¿Alguna vez te he mentado?

A Vero se le ensanchó la sonrisa.

—Te adoro.

Su corazón dio una voltereta.

La pelirroja se puso en pie, se abrazó a su móvil y antes de que pudiera preguntarle qué hacía, si por fin la iba a dejar tranquila, se acercó y le dio un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de la boca. Elena contuvo la respiración, y se apartó tan rápido, que casi se cayó de la silla.

Vero le guiñó el ojo antes de salir corriendo.



Qué mal le caía la profe de Literatura.

Ylena se giró en su asiento para hacerle burla, Elena le tiró un trocito de goma para que se estuviera quieta; la última vez casi le pusieron un parte a las dos. Joana, a su izquierda, ahogó un bostezo y Alina, un asiento por detrás, seguía chismorreando con Gabi. Allí, nadie le prestaba atención a los comentarios rancios de la profe, ni a esta parecía molestarle que le estuviera hablando a la pared, pero, aun así, Elena se moría de ganas de zarandearla.

«Hazlo».

Cogió un boli rosa y se puso a hacer garabatos en las esquinas de los apuntes, pues la alternativa era dejar que la Muerte tomara el control e hiciera lo que creyera oportuno. Dibujó una cara enfadada. Aún recordaba las consecuencias de la última vez, África se pasó convaleciente casi una semana y no le apetecía que Julia, sentada al otro lado de la clase, la pillara con las manos en la masa.

Junto a la cara enfadada, una flor.

La pantalla de su móvil se encendió con un mensaje. Lo desbloqueó, se metió en la conversación y respondió al «¿qué te parece?» que le había escrito Vero con un *sticker* de gatito confundido. No había terminado de darle a *enviar* cuando le llegó otro mensaje. Era una imagen. Ahogó un chillido al descargar la *selfie*, y el corazón casi se le salió del pecho de la impresión. Por suerte, aparte de Ylenia, que la miró con una ceja alzada, nadie parecía haberse fijado en ella.

Se cubrió la cara con las dos manos, y negó con la cabeza.

Maldita pelirroja.

Su móvil vibró con otro mensaje entrante. Tragó saliva. Era otra *selfie*. No pensaba descargarla. Con las pulsaciones disparadas, y con la imagen de Vero en sujetador grabada a fuego en sus retinas, casi no atinó a escribirle para que se quedara quieta. ¿En qué estaba pensando? En tocarle las narices, porque sabía de sobra que estaba en clase. Escondió el móvil cuando la profe se acercó e intentó atender.

Su móvil vibró otra vez.

—Te voy a destripar viva —murmuró, con la mandíbula tensa y las mejillas coloreadas de rosa—. Te arrancaré las pestañas una a una, y me suplicarás que pare. Te juro que...

—¿Señorita Salgado?

Dio un respingo.

—¿Sí? —Se irguió como buenamente pudo y si notó que la voz le había salido más chillona que de costumbre, tuvo la decencia de no mencionarlo.

La profe hizo una mueca.

—¿Puede continuar la lectura?

Salió del aula con la mirada gacha, y lo más rápido que pudo sin parecer que le pasaba algo. Luna estaba fuera, hizo el ademán de acercarse a saludar, pero le pasó de largo sin dirigirle ni una mirada. Que pensara lo que quisiera, no estaba de humor para socializar con la mejor amiga de la pirada. En cuanto se alejó lo suficiente, recuperó el móvil del bolsillo y se topó con tres *selfies* distintas, y en todas aparecía Vero en ropa interior.

Vero en sujetador rojo.

Vero en sujetador verde pistacho.

Vero guiñando un ojo con un sujetador negro.

A su «no me dejes en visto, porfi», le respondió con un «estaba en clase, por el amor de Dios» en mayúscula y con muchos signos de exclamación. Vero apareció escribiendo. Respiró hondo, se recostó en la pared e intentó tranquilizarse. «Son tres fotos sin más, relájate». Pero le costó horrores no pensar en lo bien que le sentaba el verde y las ganas de sacarle la lencería con los dientes.

Otro mensaje.

—Ahora ya no —leyó en voz alta, frunció el ceño y apretó los dientes—. A tomar por culo, te bloqueo por lista.

Tardó un minuto en mandarle una nota de voz por Instagram, y un par de mensajes por TikTok. Lo negaría, si se lo preguntaran, pero había echado muchísimo de menos a la pelirroja.



¿Estás en tu cuarto?

Sí, por?

Dos tics azules.

Elena se encogió de hombros. Al ver que no respondía, pese a estar en línea, dejó el móvil sobre la cama y continuó con la sesión de estudio. Le quedaba un pomodoro, y ya podría descansar por hoy. No le costaba ponerse a estudiar. De hecho, disfrutaba haciendo esquemas y tarjetones, pero le daba una pereza tremenda repasar, repetir una y otra y otra vez lo mismo. Estiró la mano para pillar las tarjetas rosas, y suspiró audiblemente, mientras repasaba el glosario de Historia en voz alta.

Alguien llamó a su puerta.

—Renacuajo, ¿qué te tengo dicho de molestarme cuando estoy...?

Abrió la puerta y se quedó muda cuando se encontró con Vero, quien enarcó una ceja y apretó los labios al ver sus pintas. Roja como un tomate, y con el corazón en la garganta, le cerró la puerta en las narices. «Mierda, mierda, mierda». Se sacó la diadema de unicornio y la lanzó contra la cama, y se cubrió el rostro con las manos, avergonzada.

¡Encima tenía la cara lavada!

No le preocupaba estar sin maquillar, pero sí que se le notaran las ojeras y parecer un cadáver andante.

—Lena, te he visto y estás guapísima, no me seas tonta.

Dios, cuánto la odiaba.

—Márchate.

—Lena, porfa.

—Que te vayas.

Lo peor no era la diadema de crochet, sino el pijama, también de unicornio, y su pelo, que vale que no estuviera sucio, pero ya iba siendo hora de darle un lavado. Se sacó la goma de la muñeca para recogerlo. Vero volvió a llamar a la puerta y a suplicarle que le abriera, que estaba guapísima, incluso con una bolsa de basura y que era una emergencia en mayúsculas.

—¡A otra con ese cuento!

—¡Traigo dos porciones de tarta de queso!

—¿La del Mercadona?

—¡La de la pastelería!

Cerró los ojos, se rindió a lo inevitable. Por una porción de tarta de queso, sacrificaría hasta a Canijo. Abrió la puerta, no sin antes advertirle a la pelirroja que un solo comentario acerca de su ropa, o de su diadema, y saldría de allí escaldada, que todavía no le había perdonado lo de las *selfies* del otro día.

—Exagerada.

Fue a replicarle, pero se subió a la cama y se abrazó a uno de sus peluches. Así no había quien se enfadara. Tener a Vero en su habitación, como si no hubiera pasado nada, le hacía cosas en la barriga y le dejaba el corazón trastocado. Tragó saliva, y miró hacia otro lado.

—¿Y bien? ¿Qué querías?

—¡Me han mandado un *email* para una entrevista por videollamada!

—¿De la escuela?

—¡Sí!

—¡Lo sabía! —Se subió en la cama y Vero se lanzó a sus brazos. Se pusieron a dar saltos—. ¡Eres la mejor, pelirroja! ¿Y cuándo es?

Vero rio, y su risa le hizo cosquillas en el pecho.

—En un par de días, ¡estoy que me subo por las paredes! ¡Que me van a entrevistar, rubia! ¡Que les ha gustado la maqueta!

—Esa plaza tiene tu nombre.

Vero le arreó un golpe en el hombro.

—Shh.

—Qué bestia eres.

—No me lo gafes.

—¿Perdona?

Vero se incorporó y estiró la mano para recuperar la bolsa del suelo. Elena odiaba comer en la cama, que se le llenaran las sábanas de migajas, pero a la pelirroja le encantaba, sobre todo acurrucarse contra su costado y comer con las manos. Fue incapaz de impedirselo. Se comieron la tarta con las manos, como había predicho, con las mejillas coloreadas de rosa y la felicidad haciéndose un hueco en sus caras.

Vero le dio un empujoncito y Elena puso los ojos en blanco.

—La próxima en tu cama.

—Uy, ¿habrá próxima? —se burló con una media sonrisa que le puso la piel de gallina, o quizás fue el brillo en sus ojos, o todo a la vez. Le costó tragar y aparentar normalidad—. Pero rubia, si esto es un «aquí te pillo, aquí te mato».

—Qué mal se te da.

Vero rompió a reír.

Se pasaron el resto de la tarde tiradas en la cama, Vero se quejó muchísimo de lo difícil que era últimamente compaginar las clases, las prácticas de teatro y los entrenamientos, y que estaba cansadísima de madrugar para sudar la gota gorda. Elena la picó llamándola exagerada.

—¿Vendrás?

Elena le pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja, Vero hizo un mohín.

—¿Al partido del viernes? Claro, seré tu *groupie*.

Su sonrisa la pilló con la guardia baja, así como el beso que le dio en la mejilla.

—Más te vale, te quiero gritando y dando saltos en las gradas.

—No te pases.

—¡Y con los colores del equipo!

—Te has pasado.

—Sé mi *groupie*, Salgado.

Dios, cómo odiaba que pronunciara su apellido *así*, deteniéndose en cada sílaba. Vero se humedeció los labios, y su mirada inevitablemente se dirigió hasta su boca. Si no se inclinó hacia ella, si no atrapó sus labios en un beso lento, no fue por fuerza de voluntad.

Fue porque a la pelirroja le encantaba jugar con fuego, y se le daba de miedo.

—Te odio —masculló.

Vero le guiñó un ojo, luego fue hasta el escritorio para coger el portátil.

—¿Puedo?

Cualquiera le decía que no.

La pelirroja se las apañó para poner *Sweet home* en Netflix, y acabaron acurrucadas en la cama con el ordenador entre las dos. Elena protestó, más por gusto que porque no le apeteciera pasarse un par de horas abrazada a la pelirroja, sin un centímetro entre las dos, y Vero le aseguró un millón de veces que valdría la pena, que la serie era una pasada y que ya iba siendo hora de que se aficionara a las series coreanas.

—Ah, que es un dorama de esos.

—*Kdrama*, Salgado. Un poco de cultura general.

—¿Y está doblada?

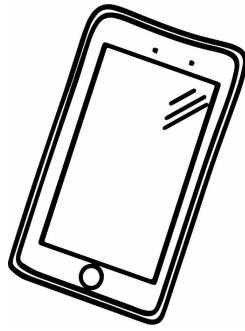
Vero hizo un puchero. Elena se cubrió la boca para que no se le notara la sonrisa de idiota. Qué fácil era picarla. Menos mal que ella era la «seriéfila clasista».

—Sí, creo que sí.

—Es broma, tontita.

Vero la fulminó con la mirada. Fue su turno de sacarle la lengua.





CHAT 5: TE ODIO, YO NO

VERO
en línea

30 DE ABRIL

Estoy muy borracha

vete a la cama

1 DE MAYO

ERES SÚPER GUAPA
COMO PUEDES SER TN GUAPA???
TU PELO, TU VOZ TODO

quieres ser mi novia rubia??
seamos novias y demonos besitos y salgamos juntas
por qué no quieres ser mi novia? :(

no sé si funcionaría
mensaje no enviado

¡Lo siento, lo siento, lo siento!
LO SIENTO MUCHÍSIMO
Anoche te llamé un montón de veces
Lo siento
No me odies porfi

tienes resaca??
toma mucha miel

¿Miel? No me gusta :(

que no te gusta la miel???
te doy por perdida

Estoy en la cama, echa una bolita
y lamentándome de la vida

y con los exámenes a la vuelta de la esquina

te odio

yo no.



SIEMPRE EN LA DISTANCIA

3 de mayo, 2021

Era el día de puertas abiertas.

No había clases ni exámenes ni entregas ni menciones a la temida selectividad, las extracurriculares hacían demostraciones públicas y los estudiantes, con sonrisas artificiales y códigos QR a juego en las camisetas, guiaban a los recién llegados por las instalaciones, manteniendo las medidas de seguridad impuestas por la Junta y siguiendo las recomendaciones del ayuntamiento.

Como cada año, recibían familias de todas partes de la península y de las islas, algunas con intención de matricular a sus hijos al año siguiente, otras para ver que se cocía allí y otros por probar suerte. Ese día se repartían también los formularios de inscripción para las becas. Se entregaban cinco al año; los alumnos que la recibieran tendrían todos los gastos pagados de su estancia en la Gloriosa, desde su entrada hasta el título de bachiller y la matrícula de la PEvAU.

Vaya lujazo, había hasta buffet libre.

Carlos procuraba escabullirse durante las puertas abiertas. Su madre nunca pedía el día libre para ir, pese a que él, desde cuarto, exponía sus mejores trabajos en la sala de arte. No le molestaba, así podía tirarse todo el día encerrado en el cuarto. Pero esa mañana, Elena y Julia aparecieron en su cuarto a las ocho, con esas horrendas camisetas turquesas puestas, y lo sacaron entre amenazas de cosquillas y promesas irresistibles. Él debería haberse negado, tenía un millón de excusas en la punta de la lengua, pero al final se rindió.

—¡No, cinco minutos más!

—O te levantas ya o te echo agua encima.

Debería haberlo hecho, así se habría librado de la humillación pública.

La zona de deportes era la más cotizada. Ni distancias de seguridad ni mierdas. Allí la gente no respetaba nada. Acompañó a Elena en contra de su voluntad, porque Julia le había prometido al club de cocina que iría a echar una mano (¡ja, ayudar, iba a hacer el tonto con su novia!). Aunque la rubia le aseguró que quería comprobar que todo estuviera en orden, los dos sabían muy bien que quería ver a Verónica Galán haciendo su presentación en la pista de baloncesto.

—¡Rubia!

—Qué escandalosa es, por favor —protestó, aguantando las ganas de sonreír.

Carlos le levantó el brazo para que correspondiera el saludo de la pelirroja.

—Yo te mato —murmuró Elena entre dientes.

—¡Tú puedes, Galán!



El equipo de atletismo realizaba su propio espectáculo en las pistas, con pantalones cortos y todo. Muy americano. Carlos, con las gafas de sol puestas y un abanico de «puto calor» como extensión de la mano, buscó con la mirada a Iván. Tardó un rato en dar con él. Con cuidado de no llevarse a nadie por delante, se acercó a la pista todo lo que su corta estatura y su cuerpo delgaducho le permitieron. Iba a sacar el móvil, cuando el moreno se dirigió a la zona de descanso, probablemente para beber agua. Estaba guapísimo hasta sudando.

Carlos fue a decírselo.

No le dio tiempo.

Maca estaba sentada en el banco, con una venda en el tobillo y el rostro brillante por el sudor. Iván se puso en cuclillas a su lado para ajustarle la venda. Carlos se quedó quieto en el sitio, incapaz de apartar la mirada. Más tarde, comprendería que las sombras le habían inmovilizado para asegurarse de que viera la escena con todo detalle.

«Por tu bien».

Era lo único que explicaría por qué se quedó ahí, después de que Iván agarrara con suavidad el rostro de Maca, le sonriera, con esa sonrisa suya del demonio que debería ser ilegal, y le diera un Señor Beso delante de todos, teléfonos en mano. Sería la foto con mayúsculas, la que se imprimiría en los periódicos del centro si aún tuvieran. Sería la foto de la página web, la de las redes sociales.

El niño rico de la Gloriosa, hijo de dos directivos de la junta del cole, con la chica más guapa de segundo de bachiller, premio de las Olimpiadas de Matemáticas por dos años consecutivos y probablemente una futura ingeniera importantísima.

A Carlos no pudo importarle menos, corazón hecho trizas y oscuridad trepando desde dentro, desgarrándole el pecho e impidiéndole respirar. Moverse. Escapar. Gritar. Romper con todo. Iván había ido expresamente a besar a Maca, a por la foto de portada, a por la atención de todos.

«Tú y yo».

Sus miradas coincidieron un minuto después.

«Te lo prometo».

En la distancia, siempre en la distancia.



—Es por mi padre. Ya lo sabes. Él es así y no puedo hacer nada.

Estaban en un aula vacía.

Era el aula de los besos robados.

Era el aula donde Carlos firmó su sentencia. Había ido allí, movido por la desesperación. En cuanto pudo, salió corriendo, con lágrimas que ardían, con un corazón que se moría de a poco y con las sombras deleitándose en su interior, pidiendo ser liberadas, *exigiendo* venganza. Iván había tenido que seguirle, pues nada más cerrar la puerta, había aparecido montando un buen espectáculo, casi parecía que le dolía de verdad, que Carlos le importaba.

No era cierto.

—¿Te gusta Maca?

—¡NO! ¡Me gustas tú!

Carlos cerró los ojos. «Estoy aquí. Estoy aquí. Estoy vivo», se repetía como un mantra al que se le habían acabado las pilas. O la energía mística. Ya no le importaba que las sombras hicieran acto de presencia, que lo ocultaran del mundo, que salieran a la luz y que lo hicieran desaparecer. O sí, pero no tanto como la imagen que no podía borrar de su mente, que se le clavaba en lo más hondo de su pecho y que le robaba el aire. Iván había besado a Maca y seguía usando a su padre de excusa.

—¿Entonces? —preguntó, se aferró con uñas y dientes a esa palabra, *a cualquier cosa que le diera*—. ¿Por qué le haces eso a Maca? ¿Por qué me lo haces a mí? ¿Por qué te haces esto? No te pido que salgas del armario, joder, pero explícamelo, porque no me entero.

Iván vaciló.

—Mi padre...

—¿Y cuándo tu padre no está?

—Es complicado, si me escucharas, si me dieras más tiempo...

—Eres un fraude —escupió, dejándose llevar por la rabia, por las esquivas de su corazón roto. Por las sombras. Iván palideció—. Mucha banderita bi, mucho discursito, pero después, cuando tu papi el facha aparece, te ocultas. Te invisibilizas. A mí me da igual si te gusta Maca o no, si me usas o no. A mí me preocupas tú, el daño que te estás haciendo.

—Me gustas, Carlos.

No bastaba, no era suficiente.

—¿Te gusto? ¿Con eso lo solucionas todo? Cuando tu padre asoma la cabeza, haces como que

no existo, que no soy nada.

Iván negó con la cabeza.

—Eso no es verdad, somos amigos.

—Ah, ¿sí? ¿Eso es lo que somos? Primera noticia.

—Somos amigos, me importas —insistió, acercándose. Carlos retrocedió hasta toparse con la ventana—. Me gustas mucho. Te lo he dicho muchas veces. Te lo he demostrado. ¿Acaso no es suficiente?

No, no lo era.

Estaba cansado de fingir que sí.

—Has besado a Maca. Tontearas con Maca a todas horas. ¿¡A qué cojones juegas!? Y a mí, me ignoras. Dices que somos amigos, ¿sabes lo que parece? Que soy tu sucio secreto.

No necesitaba echarse un vistazo para saber que las sombras le rodeaban. Eran su escudo contra el mundo. Eran un arma. Iván le miró horrorizado. Alzó una mano para alcanzarlo, Carlos se abrazó a sí mismo, apartándose a duras penas y sabiendo que no tendría escapatoria, que estaba atrapado. Entre Iván y las sombras. Siempre había sido así. Entre la vida y la muerte. Era el chico de las pesadillas, de los monstruos de debajo de la cama y de las sombras que vagaban entre el mundo de los vivos y de los muertos.

Era el chico perdido.

Era el chico que desaparecería entre las sombras.

Era el chico que se despertó gritando con la cara manchada de sangre.

—Eso no es verdad. No te hagas esto. ¡No nos hagas esto! —suplicó.

—¿Hacernos? No hay un «nosotros», nunca lo hubo para ti.

Era duro.

Iván vaciló, maldijo entre dientes y lo alcanzó; tiró de él, luchó contra las sombras y lo abrazó con fuerza, con muchísima fuerza. Carlos se resistió a duras penas, se revolvió, le escupió insultos a diestra y siniestra, le clavó las uñas en los brazos desnudos hasta sacarle sangre, rabió y las sombras atacaron. *Se defendieron*.

Al final, se rindió, se hundió en los brazos de Iván, en la calidez de su cuerpo, en el hechizo de su alma y de sus palabras (no promesas, nunca promesas) envenenadas.

Hubo explicaciones, muchas. Todas cayeron en saco roto.

Estaban condenados.

—Te odio —escupió, con el rostro bañado en lágrimas.

—No, no me odias.

Pero quería, con todas sus fuerzas.



ESTABAN JUNTOS

6 de mayo, 2021

Carlos parecía ausente, no hablaba ni hacía el tonto como acostumbraba. Julia se moría por preguntarle cómo se encontraba. Pero acababan de retomar la redacción del trabajo, habían puesto sus notas al día, y no podían desperdiciar el poco tiempo que les quedaba, no con los exámenes tan cerca. El profe de filo quería realizar una breve exposición antes de la entrega. A ellos les faltaba lo más importante, redactarlo. En otras circunstancias, Julia y Elena se estarían llevando las manos a la cabeza, pero después de todo lo que habían pasado, solo podían encogerse de hombros, recogerse el pelo y ponerse manos a la obra.

Su móvil vibró con un nuevo mensaje de Luna.

Se le escapó una sonrisa.

Al igual que habían vuelto sus encuentros semanales para el trabajo, también los entrenamientos absurdos por equipo. Al principio, Julia no había tenido mucha fe en ellos, pero junto a la presencia constante de Luna, las ideas de Carlos le habían ayudado a aprender a controlar su don, a ver sus poderes como lo que eran, una parte innegable de ella.

—Luna pregunta si os venís el viernes al mercadillo.

—Uf, qué pereza.

—Que Vero y ella no pueden con...

—¿A qué hora dices? —le interrumpió su hermana.

Elena ya no rehuía del contacto físico como antes y salía mejor parada de los enfrentamientos verbales. La Muerte estaba ahí, en el gris de sus ojos, en la esquina de sus sonrisas y en los movimientos sutiles de sus manos. Al acecho, lista para lanzarse a la yugular de quien osara molestarla, pero no como antes.

—Tengo un *speaking* a las cuatro, pero puedo pasarme un rato.

—¿Cuándo te examinas del B2?

—No me han dado la fecha, espero que antes de julio.

Tenía el control.

De Carlos, no podían decir lo mismo, aún se difuminaba en los bordes, todavía luchaba contra su don de la peor forma y ellas no sabían cómo alcanzarlo, cómo echarle una mano. Julia sospechaba que su hermana sabía más, pero había decidido no presionar.

—¿Canva o InDesign?

Julia revisó el documento compartido, se dio un toquecito en el labio, pensativa. Hacer un InDesign llevaría mucho tiempo. Elena estaba redactando la introducción, en la que exponía lo

difícil que había sido permitir que otras personas *miraran* dentro de ti, reflexionar sobre uno mismo y aceptar que no éramos más que una suma de imágenes superpuestas. Carlos también debería estar escribiendo, pero seguía con la mirada perdida mientras jugueteaba con su cadenita. Era mejor usar una plantilla de Canva.

«La cura. No habéis hablado de la cura».

Julia frunció el ceño. No habían vuelto a mencionarla, probablemente porque la madre de Carlos todavía no la había encontrado. Tampoco habían vuelto a hablar de la posibilidad de que sus padres se involucraran en el proyecto. A Julia ni siquiera se le había pasado por la cabeza mencionárselo a Elena, quizás lo haría más tarde, hasta le preguntaría por Carlos.

«No importa», comprendió. No le importaba la cura. No de la misma forma que antes, al menos. Se preguntó si alguna vez le había interesado o había creído, tonta de ella, que sus poderes eran el origen de sus problemas y que erradicarlos, resolvería todo.

—¿Cómo lo ves? Esta línea no me termina de convencer.

—Está perfecto.

No eran el origen del problema. Luna se lo demostró. Dorotea también. Ellos mismos lo habían comprobado. Al menos ellas. Carlos era otra historia. ¿Qué sabían de él en realidad? Todo había girado en torno a ellas. El chico hacía mucho ruido, gritaba muy fuerte, pero nada más. No conocían el nombre de su madre, tampoco si tenía hermanos o hermanas. Nada. No conocían sus miedos ni sus preocupaciones, no más allá de lo que ella había podido vislumbrar por los bordes. ¿Y si probaba a acceder a su mente ahora que tenía un control más exhaustivo de sus poderes? Solo un vistazo.

No estaría bien. Eran amigos. Carlos se abriría a ellas cuando se sintiera listo.

«¿Y si nunca lo está?».

Pues lidiarían con ello, punto.

Elena se sacó una goma verde de la muñeca, no para jugar con ella, como Julia había pensado, sino para tirársela a Carlos a la cabeza. El moreno se sobresaltó, casi se le resbaló el ordenador del regazo. Julia ocultó su sonrisa a duras penas.

Elena se cruzó de brazos.

—Eh, renacuajo de las narices, aquí no se hace el vago hasta que yo lo diga, sigue escribiendo.

Carlos se frotó el punto donde la goma había impactado, justo en la frente.

—Sí, mamá gallina —se burló.

Ya no había sombras a su alrededor.

—Que los exámenes están aquí, tonto el culo, no pienso suspender ni uno.

Carlos se encogió de hombros, restándole importancia, pero empezó a escribir.

—A mí la verdad que me da bastante igual, no voy a ir a selectividad. Quiero entrar en el ciclo de Ilustración.

—Ni yo —confesó Elena de malos modos, ignorando su parloteo sobre las pruebas de acceso y como era súper difícil entrar a la primera—, pero eso no quita que quiera aprobar todo a la primera. No pienso tocar los apuntes en verano.

Julia parpadeó confundida. ¿Elena acababa de reconocer que no pensaba presentarse a la prueba de acceso a la uni? No era una sorpresa. Siempre había sabido que Elena no tenía muy claro qué hacer después de la Gloriosa. Nunca le había dado más de una mirada a los panfletos informativos de las carreras ni tampoco había prestado atención a las becas internacionales. Siempre hacía una mueca cuando en casa se hablaba del futuro, siempre cambiaba de tema cuando alguien dirigía la conversación a ese terreno.

Julia procuraba no mencionar nada, no quería presionarla.

La universidad no era (ni debería ser) el camino para todo el mundo.

—Ah, ¿no? Pensaba que...

Julia le lanzó una mirada de advertencia. Aun así, Elena no parecía molesta.

—Qué va, la uni no es para mí.

—Así que... —insistió Carlos, pero esta vez su atención descansó en ella, en Julia—. ¿solo tú irás a la uni? ¿Sabes ya a cuál?

Julia arrugó la nariz. Esa tarde poco iban a avanzar.

—Quizás me quede en Andalucía. Córdoba, Granada. No lo sé.

—Pero ¿sabes qué quieres hacer?

Elena le dio un golpecito en el hombro por cotilla.

—Eh, que duele, rubia.

—Filología hispánica. Es mi sueño.

Por ahora, sí. Después, ya se vería. Había tiempo para todo. Quizás profe, quizás editora, quizás bibliotecaria. O quizás nada de eso. Paso a paso. Tenían diecisiete años. No se les podía pedir que tuvieran todo pensado, bien atado y servido en la mesa. El mundo no funcionaba así, nunca funcionaría de esa manera.

Julia se encogió de hombros.

—¡Por la filóloga de la familia! —gritó Elena, con su batido de fresa en alto.

—¡Por nuestro futuro ilustrador! —le siguió el juego Julia.

Carlos se cubrió el rostro con las manos y negó con la cabeza, pero la vergüenza le duró unos pocos segundos, enseguida recuperó su naturaleza escandalosa y se puso en pie, captando la atención del resto que intentaba pasar un buen rato en los jardines o ponerse al día con los trabajos o los exámenes. Ellas rieron, fue inevitable.

—¡A la mierda selectividad!

—¡A la mierda!

Elena ocultó su rostro en la curva del cuello de Carlos cuando este volvió a sentarse. El chico

la abrazó por la cintura. Julia recuperó su teléfono para inmortalizar ese momento. Carlos sugirió probar los nuevos filtros que había encontrado y Elena amenazó con quitarles los teléfonos a ambos, dejándoles claro que no tenían ni idea de cómo hacer una foto en condiciones.

Carlos y Julia rieron a carcajadas. Elena se mosqueó. Los tres hicieron una promesa. Estaban juntos. No solo esa tarde, para siempre.



¿Y SI ME ROMPE EL CORAZÓN?

14 de mayo, 2021

Los grupos de tutoría se reunían siempre en la misma sala de estudio. Héctor y Elena estaban a cargo del grupo del primer ciclo de la ESO. Eran unos diez niños aproximadamente. Elena lo negaría, si le preguntaran, pero estaba encantada con esos críos del demonio.

Fue incómodo al principio. Héctor había aceptado sus disculpas con una sonrisa conciliadora y un golpecito amistoso en el hombro. Pero de ahí a trabajar con la tía que le había echado a patadas de la cama era una historia muy distinta. Una de comedia romántica. En otras circunstancias, Elena le habría ahorrado la incomodidad hablando con Mercedes, la profe a cargo, para que hiciera algún reajuste de última hora.

No lo hizo, aguantó como una campeona. Su terapeuta le sonrió orgullosa.

Enseguida encontraron el ritmo que mejor se adaptaba a los dos. Héctor tenía un don innegable con los críos; le comentó, una tarde que estaban merendando juntos, que quería ser profe de Historia. Fue la primera persona en saber que ella no tenía claro qué quería hacer con su vida, que ni siquiera se sentía cómoda con la idea de meterse en la universidad. Héctor, con un bigote de batido de fresa y piscos de galleta entre los dedos, le sonrió.

—No te rayes, nadie espera que con dieciocho tengamos la vida resuelta y menos con esta crisis del copón que nos va a tocar tragarnos.

—¿Otra crisis? —se burló.

Era simpático y uno de los tipos más divertidos con quien había tenido el placer de coincidir. Todos lo adoraban, por eso estaban ese día allí, sin los niños, ultimando los detalles para el encuentro pluricultural que los alumnos colaboradores querían hacer para la ESO ese mismo finde. Héctor era alumno colaborador desde cuarto, para sorpresa de nadie, y había conseguido convencer a unos cuantos de bachiller para que echaran una mano extra. A ella incluida.

También a Iván Sierra y a su grupito.

Elena estaba haciendo malabares sobre una silla para colocar un cartel cuando los oyó llegar. Miró por encima del hombro, cuidándose de no dar un paso en falso. Iban cargados hasta los topes. Cajas de todos los tamaños, luces de colores y otras parafernalias que hubieran encontrado en el almacén de teatro. Vero le había confirmado esa mañana que podían coger todo lo que necesitaran siempre que lo devolvieran intacto. Elena cortaría cabezas si ocurría lo contrario.

Héctor supervisó las cosas para darles el visto bueno.

—Poned eso allí.

—Sergio y Maca llevan los manteles y los cubiertos, aquí están los vasos.

Sierra tardó un minuto entero en darse cuenta de su presencia. Elena supo el momento exacto en el que reparó en ella por la forma en la que se tensó y se le borró la sonrisa de un plumazo. Ella alzó una ceja suspicaz en su dirección. Parecía querer abrir un boquete en el suelo. Carlos llevaba unos días un poco apagado, con la mirada perdida y con las sombras desdibujando sus facciones. No había que ser muy lista para imaginar que el culpable era el mequetrefe que intentaba pasar desapercibido, pese a su altura. Era cómico cuanto menos.

Elena bajó de la silla y atravesó la sala hasta acercarse al grupito.

—Eh, Salgado, ¿qué te cuentas?

—Cállate, Sergio.

El aludido se encogió de hombros y siguió a lo suyo. Así era Sergio, nada parecía salpicarle lo suficiente para mosquearse con nadie. Maca le dio una mirada curiosa, probablemente preguntándose por qué parecía querer fulminar con la mirada a Sierra, brazos cruzados y labios fruncidos incluidos. Se veía a un kilómetro que estaba enfadada. No obstante, no hizo preguntas.

A Elena tampoco se le había olvidado la maldita foto.

—Elena —le saludó Sierra.

—Sierra.

Quería hacer muchas cosas, cogerle de los cuatro pelos que tenía en la cabeza y gritarle un par de cositas. Por ejemplo. No hizo nada. Por más que la Muerte le hiciera cosquillas en la boca del estómago, tenía el suficiente control para saber que no era una buena idea y que había demasiada gente de testigo para que la escaramuza le saliera bien.

—Tienes un minuto.

—¿Es eso una pregunta o...?

Para nada.

—Héctor, acompaña a Sierra a por el resto de las cosas, si no te importa.

Sierra negó con la cabeza, incrédulo, pero no protestó. Estuvieron en silencio todo el camino hasta el almacén. Solo faltaban un par de cajas más. Mientras Iván encendía las luces, Elena apartó un par de cachivaches y se sentó en el primer sitio libre que pilló. Sierra dudó un segundo, comprobó la hora en el teléfono y maldijo por lo bajini. A ella no pudo importarle menos.

Tenía todo el tiempo del mundo.

—¿Qué cojones quieres?

—Cuidado con esos humitos, no te estoy gritando para que reacciones así.

—Está bien. Vale. Perdóname. ¿Qué quieres?

Elena se tomó un momento para medirle con la mirada; la tensión en sus hombros, la incertidumbre ganando la batalla en su mirada y sus labios apretados. Eran un claro indicio de que estaba acojonado, así como el nerviosismo en sus movimientos. Torpes, descuidados. Era como si no pudiera quedarse quieto, como *si temiera* quedarse quieto más tiempo del necesario.

Era un niño construyendo un fuerte en la arena.

Qué pena que ella fuera el océano a punto de desatar su furia.

Era agradable que le tuviera miedo, satisfactorio incluso. ¿Para qué negarlo?

¿Podría sentir la muerte acechando? Era una pregunta que le habitaba entre los labios desde hacía un tiempo, suplicando ser liberada. Ella tenía el poder, *tenían* el poder. Era innegable. Pero no lo utilizaría, no lo necesitaba para conseguir que él lo sintiera, que saboreara la posibilidad, lo que podría pasar si ella deseaba liberarse.

Si deseaba romper las cadenas.

Ella sacudió la cabeza, se mordió el labio para retener una sonrisa divertida.

—Que dejes de hacerle daño, sea lo que sea que te traigas entre manos, detente.

No pensaba consentirle ni una más.

—¿Perdona?

Estupefacto, paró en seco.

—Me has escuchado perfectamente.

Eso pareció enfurecerle, porque rio sin ganas, se removió incómodo y acabó dándole una patada a una caja medio vacía. Elena se mantuvo firme, sin pestañear, pese a que le comían los demonios por esa rabieta de tres al cuarto. Si él quería actuar como un niño pequeño, que así fuera. Ella no estaba para rabietas ni para sentirse amenazada, muchas gracias.

Si quisiera, podría doblegarlo a su voluntad. Solo tenía que desearlo, imaginarlo.

Se permitió saborear la posibilidad.

—No sabes ni una mierda.

—Sé más de lo que tú crees.

Él negó con la cabeza, se secó las palmas de las manos con los bajos de la camiseta y farfulló algo ininteligible. Estaba nervioso, al borde del precipicio. Era curioso como mínimo. Tenía sentimientos, le afectaba lo que le estaba diciendo.

Sabía muy bien por donde iban los tiros.

—Me importa. Me importa muchísimo —se rindió.

—Pues no lo parece.

—No lo entiendes. Es que no entiendes una puta mierda. Mi padre es un cabrón. ¡Ya está, ya lo he dicho! Vivo bajo su techo, tengo que cumplir... Tengo que... Joder, ¡me cago en todo! No quiero hacerle daño, ¿vale? Me importa muchísimo.

Elenaladeó el rostro.

—Sigues diciendo eso, pero ¿a quién no quieres hacerle daño? ¿A tu padre, a Carlos? ¿A ti mismo?

—Necesito un cigarro.

—Contesta a la pregunta.

—¡Ni se te ocurra seguir por ahí! Te estoy viendo venir y ni de coña. No eres nadie para tocarme los cojones. No sabes la cantidad de problemas que tengo encima, lo agobiado y lo acojonado que estoy siempre a todas horas. ¡Maldita sea! No sabes una puta mierda.

Ese era su mantra, su ancla en medio del océano.

Y la losa que lo ahogaría.

—Pero sí que lo sé. ¿Te cuento un secreto? ¿La fórmula secreta de las *Supernenas*? Tus problemas no justifican que seas un cacho de mierda. No lo harán a largo plazo. Créeme, lo sé. Da igual lo que digas y lo que dejes de decir, no importará. No será una excusa válida. La gente se cansará. Carlos se cansará.

Fue peor que un puñetazo en el estómago.

Sierra se sentó en el suelo, pálido; se recogió las piernas y ocultó su rostro. Elena le dio el espacio que necesitaba. Era difícil aceptar que tus problemas no justificaban tus actos ante las personas que te importaban. Tampoco descubrir, que alguien te dijera en voz alta, que esas mismas personas podrían darte la espalda un día, que te tocaría andar a ciegas hasta encontrar la salida.

Que se quedaría solo si seguía así.

Que se estaba quedando solo.

Carlos no era así, por eso estaba tan aterrorizada. Él aguantaría hasta el final. Se tiraría de boca al vacío. Ojos cerrados y sin chaleco salvavidas. No sobreviviría.

—Mi padre es un homófobo de mierda, sé que fingir que tengo novia no sirve de nada, pero no esperaba que Carlos se me metiera bajo la piel así.

—No le hagas daño, por favor.

Él se encogió aún más ante sus palabras.

—¿Y si me lo hace él a mí? —musitó, roto, al borde del precipicio. Estaba cayendo. Si cerraba los ojos, se le escaparía de entre los dedos—. ¿Y si me rompiera el corazón?

Elena se quedó sin palabras. Esa posibilidad ni siquiera había estado sobre la mesa.

—No quiero perderle. Es una de las personas más importantes de mi vida. Joder, qué cliché suena y qué cierto es. Se me ha metido bajo la piel, no sé cómo sacarlo de ahí. No sé si quiero. Estoy acojonado. Hay días que me cuesta hasta respirar. No sé por qué, pero quiero complacer a todo el mundo, intento estar a la altura de las expectativas de mierda de mi padre y no quiero ser un imbécil. No sé qué coño quiero. No quiero ser un hipócrita, no quiero romperle el corazón.

Elena se sentó a su lado, colocó una mano sobre su rodilla.

—Pues no lo seas, no seas un hipócrita, así de sencillo.

Y así de complicado.

—Estoy entre la espada y la pared.

—Haz lo que necesites hacer, lo que quieras hacer, no lo que esperan de ti. Sé egoísta, piensa

en ti mismo. Sé que da vértigo, pero te prometo que verás todo de otra manera.

Él negó con la cabeza, lágrimas luchando por escapar, corazón compungido.

—Echo de menos a mi madre. Ella hacía las cosas más sencillas.

Iván Sierra resultó ser una caja repleta de misterios. Ella había creído conocerlo, con sus sonrisas de superioridad, su chulería sin límite y su fiel séquito de amigos. Nada más lejos. Ahí, en ese almacén repleto de polvo, de confesiones descosidas y de lágrimas sin hilar, se dio cuenta de que no sabía nada; historietas entretejidas por rumores, susurros y medias mentiras. Iván Sierra era más que una chupa de cuero, que los rumores sin fundamento y las banderitas de su padre.

Era un niño asustado interpretando un papel que le quedaba gigante.

Era un niño que se ahogaba en un mar de responsabilidades y expectativas inalcanzables. Y estaba arrastrando a Carlos. Elena no podía consentirlo, pero ignoraba cómo evitarlo. Había aprendido con Julia y Luna que, a veces, las buenas intenciones no bastaban para evitar una posible catástrofe, que no era buena idea intentar adelantarse. Que por más que quisiera proteger a los suyos, no podía impedirles que se lanzaran de cabeza al precipicio.

No podía proteger a Carlos. Estaba bien, estaría ahí si las cosas al final se ponían feas.

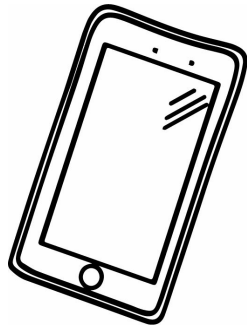
Sierra se puso en pie de repente, evitó mirarla.

—¿Estás...?

Temblaba, se rompía por las costuras.

Elena hizo lo único que se le ocurrió sin pensarlo demasiado, lo abrazó. Iván se resistió al principio, tan terco como era, pero se dejó sujetar y permitió por un segundo que todo el peso del mundo, de su mundo, descansara sobre ella. Más tarde, no hablarían de ello, fingirían que sus encuentros se reducían a las asignaturas que una vez compartieron, que solo se habían cruzado por los pasillos, que tenían amigos en común y que el único vínculo que compartían era aquel que los unía a Carlos Espósito.

Interpretarían un papel, otro de muchos.



CHAT 6: ¿POR QUÉ NO ES SUFICIENTE?

MACA
en línea

8 DE ABRIL

de qué coño vas tía?
NO HABÍA OTRO MOMENTO?

Te me relajas o lo dejo y te quedas solo
te recuerdo que fue TU IDEA,
tú querías q la peña pensara q estamos
juntos para q tu papi esté tranquilo
asi q no me toques los ovarios

pero no antes de que hablara con carlos
joder me cago en todo

Iván no puedes seguir así

Un poco más y se habrá acabado
te lo juro saldré de su casa y no podrá
controlarme nunca más
maca porfa

3 DE MAYO

Todo bien?

lo pierdo

pero has hablado con él?
se lo has contado todo?

Sabe q mi padre es un mierda
q necesito aguantar hasta la graduación
Joder lo sabe todo pero no es suficiente
Por qué no lo es???

sois peor que una peli de sábado
de antena 3

14 DE MAYO

Qué cara traes

Q quería Salgado?

19 DE MAYO

nota de voz (2:23h)

joder iván me cago en todo
voy para tu cuarto y lo hablamos



NO PUEDO MÁS

19 de mayo, 2021

Estaba a oscuras. Encendió la lámpara de noche, se vio rodeado de luces y sombras. Descalzo, se bajó de la cama y se acercó hasta el escritorio. Estaba repleto de apuntes. Había tres carpetas hasta arriba de trabajos. Al lado, sus cuadernos de dibujo. Cogió uno, el último, el de cuero, lo abrió por la mitad.

Carlos cerró los ojos con fuerza. Ahí estaba Iván. Siempre Iván. Iván, Iván, Iván. Sus ojos. Sus sonrisas de medio lado. Su rostro a medio dibujar. Su boca, su maldita boca. Estaba ahí, siempre. Era un tema recurrente en sus pesadillas, igual que el beso con Maca, las promesas rotas y las excusas vacías. Últimamente, era incapaz de distinguir los sueños de la realidad. ¿La gente se había reído de él? ¿Iván le había guiñado un ojo malicioso? ¿Maca se había colgado del cuello de Iván? No conseguía acordarse, no podía quitárselo de la cabeza. Estaba en todas partes. Miró el teléfono, la pantalla encendida. Tenía varios mensajes de Iván. No podía seguir así. No más.

«Estás solo. No quieres estar solo», susurró una vocecita en su cabeza, las sombras se desperezaron.

Estaban en todas partes.

Estaban ahí.

—No, no estoy solo —le contestó con rabia a la nada, a sí mismo y a las sombras que habitaban en su interior, que estaban al acecho—. No estoy solo.

Nunca lo había estado. Tenía a su madre. Tenía a sus amigas. «Pero te sientes solo, ¿o nos equivocamos? ¿No temes desaparecer como la pequeña?». Estar solo y sentirse solo eran dos cosas distintas. Tenía que metérselo en la cabeza, memorizarlo, tatuárselo en el corazón. En el alma. En todas partes. Además, estar con Iván para no sentirse solo no era saludable. Iván no quería estar con él, no quería arriesgarse a estar con él. Carlos no podía seguir así, conformándose con las migajas, sufriendo en silencio, en los márgenes, oculto, en todas partes y sin poder abrir la boca.

Arrancó un boceto, el último que había hecho. Cogió un boli, dudó, dudó muchísimo, tanto que casi creyó que estaba dormido, presa de otra pesadilla, atrapado entre las sombras, ahogándose en los secretos, en las verdades que le quemaban, en las mentiras envenenadas que rompían su alma en infinitas piezas, que lo devoraban.

«No estoy solo».

«Pero mientes, vives en las mentiras, tejes mentiras, respiras mentiras».

Secretos, se ahogaba en ellos.

Hola, Iván.

¿Crees en los finales de cuento de hadas, donde el amor triunfa por encima de todos los males del mundo? Yo no. El amor no lo cura todo. Puede ser tu salvavidas, aquello que te mantenga en pie, que te impulse a ser mejor persona, o tu perdición. Tu sentencia de muerte. Puede ser muchísimas cosas. Te preguntarás qué es esto, qué te estoy contando aquí. Es una pregunta lógica, sobre todo porque ahora casi nadie pierde el tiempo en coger una hoja y un boli para escribir una carta, para desgarrarse el alma sobre tinta y papel.

Te escribo porque no puedo más, porque estás en todas partes y nunca estás. Porque duele, duele un montón. Porque no puedo sostenernos a ambos sin ayuda. Porque esto no funciona si no estamos en la misma línea. Te escribo porque me has roto el corazón sin proponértelo, porque te has metido en mi piel, en todas partes, y no quieres irte. Duele, duele y duele.

Te escribo porque necesito rompernos el corazón para sanar más rápido. Porque nos estamos ahogando, porque me ahogo y no sé nadar. No sé qué sientes por mí, hay algo, tiene que haberlo; lo veo en tus sonrisas de medio lado, en el brillo de tus ojos cuando nuestras miradas chocan. En tus mensajes a altas horas de la madrugada. En tus caricias, suaves, al principio, como si temieras romperme, como si aún no terminaras de creerte que estoy ahí, que estamos ahí; y después, cuando todo nos supera, cuando nos ahogamos y luchamos por respirar, rudas, apasionadas. Me tocas con tanta fuerza que me muero.

No quiero ponerme poético. No funciono así. Prefiero las acuarelas manchando mi piel. El carboncillo devorando mi alma. Prefiero mostrar a decir.

Estoy cansado de verte en todas partes, que estés en todas partes sin estar. Estoy cansado de fingir que esto es suficiente, que somos suficiente para el otro. No lo soy. Nunca lo seré. No mientras sigas bajo la influencia de tu padre, mientras sigas pensando, no en el qué dirán, sino en lo que pensará, dirá y hará tu padre. No puedo competir con algo que no existe, que no encaja en la imagen que intentas ser todos los días, aunque finjas lo contrario. Te estás haciendo daño, me estás haciendo daño. ¿No te das cuenta de que te estás mintiendo a ti mismo, que estás ocultando una parte fundamental de ti? Eres más que una cara bonita, que unas notas perfectas.

No quiero más excusas, no más llamadas a las tantas ni disculpas en mi teléfono, en mi cuerpo o en mi alma. Duele. No sabes cuánto. Tus caricias duelen. Tus lágrimas duelen. Tus medias verdades me matan. Te matan. ¿No te das cuenta, no ves el daño que tú solo te estás haciendo, nos estás haciendo? Somos dos críos creyéndonos inmortales (intocables, libres) y ahogándonos en la realidad (en la mierda de realidad). Maca me da igual (si no la quieres, si la estás usando, ¿te da igual?). Tu padre me importa un bledo. Me importo yo. Tengo que importarme yo. Nadie lo hará.

Te quiero. Te quiero. TE QUIERO.

Nunca pensé que lo pondría por escrito, que me abriría en canal y que intentaría (mal) escribir mi corazón en tinta. Con un boli bic. Te quiero. Te quiero. TE QUIERO. No me cuesta escribirlo, solo me desgarró de dentro a fuera, de fuera a dentro. No quiero sufrir más. No quiero ahogarme en el tópico de que si no duele no es real. No quiero conformarme con tus mensajes de pacotilla. No quiero besos robados con sabor a vodka. Te quiero a ti, a todas tus versiones. Te quiero en mi cama, a mi lado, con las manos entrelazadas. Te quiero en el campus. En los pasillos. En todas partes. A tu lado. A mi lado. Te quiero libre, te quiero feliz. Quiero abrirte mi corazón sin miedo y que tú abras el tuyo con orgullo. Quiero que me conozcas, quiero conocerte. Quiero muchas cosas, pero sobre todo quiero ser feliz, quiero no sufrir más.

Dicen que el amor duele. El amor no debería doler. El amor son chupitos de vodka a las seis de la tarde. El amor son conversaciones hasta altas horas de la madrugada. El amor son besos robados en un aula vacía. Sí, claro que sí. Pero también tomar tu mano en un pasillo, robarte un beso en el día de las puertas abiertas y que tú me abras con fuerza, que no me quieras soltar. El amor es libertad. El amor no son restricciones. El amor es confianza. El amor es todo lo que uno puede y quiere dar, puede y quiere recibir.

Pero el amor no todo lo puede.

Me ahogo, sigo ahogándome. Me pierdo en las sombras, me encuentro en ellas. No seré tu sucio secreto. No seré el chico que te espera a escondidas mientras tú te encuentras a ti mismo, mientras abres o no los ojos. No quiero que seas un boceto a medio acabar en mis apuntes, en todas partes. Quiero. Quiero. Quiero. Quiero muchísimas cosas, te quiero en mi cama, te quiero a mi lado. Ese es el problema, ¿no? Te quiero siempre no solo a veces.

Me merezco más, me lo merezco todo.

Tú te mereces más, mucho más.

Nos merecemos todo, no unas migajas.

Te quiero, (espero que) no para siempre.

C.



Dobló la hoja, una, dos veces.

Estaba al borde del precipicio. Se guardó el teléfono en la cinturilla del pantalón del pijama, salió a trompicones del cuarto. Tropezó con la nada, con las sombras, con su corazón roto. El cuarto de Iván estaba cerca. Al llegar, se aferró a la puerta con lo que le quedaba de alma. Allí estaban las sombras, bailando entre sus dedos, acariciando su cuerpo maltrecho, susurrando en su corazón herido. «No estoy solo», le gritó a la nada, a las sombras, a su alma. Con cuidado, temblando cual hoja de papel, metió la carta por debajo de la puerta. Esperó un segundo, dos, tres y un millón más.

Esperó una lágrima, dos, tres y un millón más.

Esperó, esperó, esperó y esperó.

Se apartó de la puerta con torpeza, con el corazón hecho trizas, ahogándose en sus propias lágrimas. Se miró las manos, borrosas y repletas de sombras. Estaba desapareciendo. Desaparecería ahí, sin nadie para tenderle una mano, solo, a merced de sus miedos, de sus medias verdades y de sus secretos. Pensó en su hermana, en esa noche hacía media vida y se dobló por la mitad, pálido, medio muerto, invisible.

Aterrorizado, se arrastró lejos de allí.

—Tengo miedo, te necesito.

Elena estaba en la puerta de su cuarto; en pijama, con el pelo recogido en un moño improvisado, con los restos del sueño en sus ojos y con el miedo devorándole el rostro. En ese momento, mientras las sombras le arrastraban, Carlos no se cuestionó la presencia de su amiga allí, tampoco que lo abrazara, le clavara las uñas en la espalda y le suplicara que no desapareciera. No lo haría. Solo se emborronaba, poco a poco. Se disolvía en la noche.

—Renacuajo, por favor, quédate conmigo.

Más tarde, se aferrarían el uno al otro y él recordaría, en medio de la oscuridad, que le había escrito un mensaje, que había llorado con cada letra, con cada palabra. También que se había abierto en canal, que era sombras.

Era el chico que se ahogaba en las sombras, que respiraba sombras.

Elena, la chica que portaba a la Muerte, le hincó las uñas en la piel para que abriera los ojos, para que permaneciera a su lado, para que no se consumiera en el dolor, en la soledad y en la pérdida, para que no desapareciera para siempre. No hablaron, se rompieron. No se confesaron, se abrieron en canal.

—No puedo. No puedo controlarlo.

Era sombras, latigazos en la oscuridad. Susurros en la nada. Sombras. Sombras. Sombras. No se distinguía a sí mismo, se perdía una, mil veces. Era incapaz de alcanzar a su amiga, de distinguir a Elena en esa tormenta de sombras en la que se estaba perdiendo, en la que se convertía.

—¡Maldita sea, renacuajo! —Estaba ahí, al alcance de sus manos. Lejos, lejos, lejos. Muy lejos. Justo ahí—. Sí, puedes. ¿Me oyes? Puedes. Puedes. ¡Puedes!

Estaba justo ahí.

Elena le abrazó con fuerza, lo sostuvo en medio de la nada.



LA PEOR CITA DOBLE DE LA HISTORIA

20 de mayo, 2021

Elena estaba pendiente del móvil y Julia parloteaba sobre su última lectura, de camino a los jardines. Según la morena, les vendría bien una dosis de vitamina D y marcar distancia con los apuntes. Echó la cabeza hacia atrás, el sol le hizo cosquillas en la cara, y se rindió, porque la alternativa era que su hermana hiciera un puchero. Encendió el móvil otra vez y frunció el ceño, Carlos seguía sin contestar a su último mensaje.

Ni a los quince anteriores.

Julia la agarró del brazo, sobresaltándola.

—No te enfades. —Elena arrugó la nariz, apartó la mirada de la pantalla para averiguar de qué hablaba y por qué sonaba preocupada, cuando un destello anaranjado captó su atención. Se le dispararon las pulsaciones. Julia se giró hacia ella—. Perdona. Luna insistió en hacer un picnic.

Elena apretó los labios hasta dibujar una fina línea.

Luna y Vero estaban sentadas en los jardines, con dos bolsas de tela al lado y gafas de sol extravagantes. No tenían vergüenza. Julia siguió justificándose, algo sobre que quería que su novia y su hermana compartieran espacio, porque ese verano pasaría unos días en casa, pero Elena no podía escucharla bien. Era incapaz. Su cerebro había cortocircuitado con Vero en pantalones cortos y el *piercing* que se le intuía por culpa de la camiseta que llevaba.

¿Desde cuándo tenía un *piercing* en el ombligo?

—Jul —exhaló.

—Te quiero, ¿vale? No te enfades.

Julia atrapó su mano y tiró de ella hacia las otras dos chicas. Elena se movió por inercia, y porque se moría de ganas de acercarse a la pelirroja, ser el objetivo de sus sonrisas perdonavidas y que invadiera su espacio personal con cualquier excusa absurda. Tragó saliva cuando Vero le hizo un gesto a su lado, sobre la manta, y Julia la soltó para saludar a su novia.

Luna la recibió con los brazos abiertos.

Elena las fulminó con la mirada, le tocaba sentarse junto a la pelirroja que olía a flores y con un *piercing* que le secaba la garganta, y le hacía pensar en cosas indecentes. Como si pudiera leer sus pensamientos, o como si fuera un libro abierto para ella, Vero se pasó la punta de la lengua por el labio inferior y le lanzó una mirada de arriba a abajo, una que gritaba «¿te gusta lo que ves, rubia?» y «ven si te atreves», y que Elena era incapaz de ignorar.

Su hermana rio bajito, Luna le dio un codazo amistoso.

«Argh, qué subidón de azúcar».

—Hola, Salgado —ronroneó Vero, su boca a escasos centímetros de su oreja. Elena reprimió un escalofrío, y la fulminó con la mirada cuando se apartó y le lanzó un gusanito a Luna en la cabeza—. Eh, agapornis, que tenéis público.

Luna enarcó una ceja en su dirección.

Jul apartó la mirada, sus mejillas coloreadas de rosa. Elena aprovechó ese momento para encender su teléfono. Aparte de un par de notificaciones en Instagram, y un *email* basura, no había ni rastro de Carlos. Ya empezaba a mosquearle ese silencio. Se metió en la conversación, dudó con los dedos suspendidos sobre el teclado y se comió la cabeza con lo que le iba a escribir. Tampoco quería pasarse de pesada, si al renacuajo no le apetecía responder a sus «¿estás bien?» escritos de diez formas distintas, no era plan de agobiarlo.

Apagó la pantalla.

Julia estaba contándole a Vero sobre su última lectura y la pelirroja estaba súper atenta a lo que le estaba diciendo, como si de verdad le interesara saber sobre el tercer volumen de una saga y un *ship* improbable. Se le escapó una sonrisa, un calorcito agradable se le instaló en el pecho y si no fuera porque sus ojos se encontraron con los de Luna, que estaba pendiente de su reacción, no se habría dado cuenta de que se le estaba quedando cara de idiota.

Carraspeó, se removió incómoda.

—¿Aquí no se merienda?

Vero soltó una carcajada. Luna extrajo una bandeja de dulces caseros, les aseguró que estaban buenísimos aunque no fueran visualmente bonitos y Vero aprovechó para contarles que la habían aceptado en la escuela que quería y que estaban delante de la mejor actriz de su generación.

Elena negó con la cabeza, divertida.

—Fantasma —se rio Luna.

—Aquí donde me veis, seré la actriz sáfica andaluza de referencia. Pedidme un autógrafo, en el futuro valdrá oro.

Luna le manchó la cara de nata y Vero chilló en respuesta. Julia se tapó la boca para no romper en carcajadas, mientras Elena revisaba otra vez su teléfono. Ya le daba igual que Carlos no respondiera a sus mensajes, pero al menos podría dar señales de vida, aunque fuera con un *sticker* o un *like* en los vídeos que le había compartido por TikTok hacía un par de horas.

No tenía que haberle hecho caso cuando esa mañana le pidió que le diera espacio. Apenas habían pegado ojo anoche, Carlos porque seguía lidiando con su corazón hecho pedazos y ella porque temía que se le escapara de entre los dedos, que se convirtiera en volutas de sombra y desapareciera en la noche.

—Eres tontísima —le estaba diciendo Vero a su amiga, con los brazos cruzados y un puchero desdibujando sus facciones. Luna le sacó la lengua en respuesta—. ¡Díselo, rubia!

¿Y si era demasiado tarde? Pinchó en el icono de llamada.

—Calla y come, reina del drama.

—Jul, ¿te ha dicho que ronca?

—¡Verónica Mercedes!

—¿¡A quién llamas Verónica Mercedes!? ¡No inventes!

Elena se mordió el labio inferior. Saltaba el contestador.

—Chicas, tengo que irme.

—¿Y eso?

Se puso en pie con torpeza, pilló su mochila.

—Es el renacuajo, me preocupa.

Julia hizo el amago de levantarse, pero Elena le dijo que no hacía falta, que le escribiría si pasaba algo y que disfrutara del solecito. Julia hizo una mueca. Con un «te cuento luego, palabrita» consiguió que no se pusiera en pie. Vero puso cara de cachorro abandonado, y a ella se le encogió el corazón, quería quedarse con ella, celebrar su logro y llenarle la cara de nata, chocolate o crema catalana, solo para picarla, y para ver qué hacía, pero el renacuajo era su prioridad ahora mismo.

No podía dejarle solo.

No quería perderlo.

—Llámame con lo que sea.

—Sí, sí, no te preocupes.

Sin pensarlo, porque se acobardaba si lo hacía, se inclinó hacia Vero para darle un beso en la mejilla, pero la pelirroja se movió unos centímetros y sus bocas chocaron. Abrió muchísimo los ojos, se apartó y casi tropezó con la manta, aun así se las apañó para no quedar en ridículo. No demasiado. Luna resopló. Vero fue a decir algo, mejillas sonrojadas y labios entreabiertos, pero Elena no le dio la oportunidad, se marchó deprisa.

Mierda. Mierda. Mierda. ¿En qué estaba pensando?

Encontró a Carlos sentado en el suelo de su habitación, aún en pijama, con los dedos manchados de carboncillo y los ojos rojos de quien se había pasado todo el día llorando. Elena hizo una mueca, cerró tras de sí y se sentó a su lado; le pasó un brazo por los hombros y dejó que el renacuajo se acurrucara.

—Lo siento —musitó.

Ella negó con la cabeza, aseguró su agarre y maldijo a Iván por romperle el corazón.

—Estoy contigo. Estamos contigo.

Como si fuera un hechizo, Elena repitió esas dos frases hasta que le falló la voz. Que le entrara en la cabeza, que le quedara claro que no estaba solo, que no tenía que pasar por esto solo.

Que no podía desaparecer sin más.



DE RECUERDOS Y PASADIZOS SIN RECLAMAR

14 de junio, 2021

Era el primer día de selectividad.

Elena y Carlos acompañaron a Julia hasta el edificio reservado para las pruebas. A diferencia del resto de institutos, la Gloriosa contaba con un edificio entero en el recinto para la realización de los exámenes. También con una plantilla completa de profesores de todas las facultades andaluzas. Nadie, excepto ellos y los alumnos matriculados podían acceder a las instalaciones. Elena y Carlos se despidieron de Julia entre ánimos y vítores, sin ninguna pizca de vergüenza.

Julia daba saltitos muerta de nervios. Faltaban unos minutos para que abrieran las puertas. Elena se adelantó y la tomó de las manos.

—Sé que te gustaría que Luna estuviera aquí.

—Pero las entrevistas con los ojeadores son hoy, ya lo sé.

Carlos escaneó con la mirada a las personas que se amontonaban a su alrededor. Elena no podía lidiar con los dos, muchas gracias. Sus habilidades no daban para tanto.

La Gloriosa contaba con un programa de becas internacionales para que sus estudiantes modelo pudieran estudiar en cualquier universidad de élite. Para ello, aparte de tener un expediente impecable, debían realizar varias entrevistas con ojeadores. A final de junio, saldría una lista con los admitidos. Era una oportunidad única.

En unos días, Carlos tendría las pruebas de acceso a Ilustración. Elena había mirado todos los ciclos formativos de grado superior que había en Andalucía. Tenía un panfleto en el bolsillo. Carlos enredó su brazo con el de ella y le dio una pequeña sonrisa. Era como si supiera lo que estaba pensando. Como si lo supiera todo de ella.

Elena le devolvió la sonrisa.

—¡Están abriendo las puertas, mierda!

Era lo más cerca que Julia había estado de maldecir en voz alta sin estar enfadada. Era gracioso.

—¿Historia?

Era Verónica. ¿De dónde había salido? Elena dio un salto en el sitio, uno nada disimulado. Carlos se mordió la lengua para no reír. Julia, anonadada, asintió a la pregunta de Vero, cuya sonrisa podría haber deslumbrado a medio planeta. Eso solo lo había pensado Elena, por supuesto.

—¡Yo también! ¿Entramos juntas? Es el aula 5B.

Carlos le dio un empujoncito a Elena.

—Eh, ¡buena suerte!

Verónica alzó una ceja divertida.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? —se burló invadiendo su espacio; roja como un tomate, Elena abrió la boca, pero no supo qué decir, así que solo asintió. Vero rio bajito—. ¿Qué tal un abrazo de buena suerte? ¿O un beso en la mejilla?

Carlos fue incapaz de mantenerse calladito.

—Eso, eso, un besito.

Elena iba a estrangularlo.

Por suerte, la campana le salvó.

Julia se despidió con un abrazo rápido y arrastró a Verónica hasta el edificio. Elena se quedó ahí, paralizada, con el corazón a mil, sintiéndose como una extraña en su propio cuerpo. Aunque Verónica no estaba interesada en una carrera universitaria, no quería cerrarse puertas. A Elena le parecía una tontería que se presentara a selectividad, sobre todo sabiendo que le habían dado una plaza en la escuela de Artes Escénicas, pero era su decisión. Carlos le dio un toquecito en el hombro y le señaló el camino hasta la cafetería.

—Yo a ti te mato.

Carlos le restó importancia con un gesto.

—Anda, vamos, te invito a un café bombón.

De camino a la cafetería, entre bromas y codazos amistosos, vieron a Sierra con su grupito. El chico iba vestido de punta en blanco, acabaría de salir de una entrevista o iría de camino. Carlos se tensó al segundo. Elena se aferró con fuerza a su amigo, casi hincando los dedos en la piel expuesta de su brazo. Ella estaba allí, quiso recordarle, no pensaba consentir que el otro se le acercara para tocar las narices. O para darle falsas esperanzas. Pero los tres sabían muy bien, a medida que se acercaban, que Iván no tendría los huevos para dirigirles la palabra. A fin de cuentas, no lo había hecho hasta ahora, ¿por qué sería diferente?

«Por la carta».

Carlos esperaba que fuera diferente por la carta. No lo sería.

A Iván le desapareció la sonrisa. Sin embargo, por más que mirara a Carlos con ojos de cachorro abandonado, no hizo nada para hablar con él. Nunca lo haría. No después de la carta.

—Es un idiota, no vale la pena —susurró Elena, en cuanto lo dejaron atrás.

Pero era mentira.

Carlos asintió poco convencido. A Elena le preocupaba que pudiera repetirse el episodio de la otra vez, que el renacuajo se le escapara de entre los dedos diluido en sombras. Mantuvo su agarre y se obligó a hablar hasta por los codos, de lo que fuera, no importaba. «Me gusta muchísimo Vero» le confesó desesperada, a las puertas de la cafetería. Carlos dio un respingo y le dedicó una sonrisa de comemierda, una que gritaba muy fuerte un «¡por fin lo reconoces!

¡aleluya!» y que de normal le haría poner los ojos en blanco, pero que ahora le ayudaba a respirar con normalidad.

—Estoy acojonada —reconoció.

—¿¡Tú has visto cómo te mira!?

Al final, fue ella quien invitó a desayunar. Tostadas francesas y café con leche para ella y churros con chocolate para el chico del corazón roto. No le apetecía mucho abrirse en canal rodeada de tanta gente (y había *muchísima* para ser tan temprano), pero tampoco se veía cambiando de tema, fingiendo que no acababa de poner en palabras aquello que le impedía disfrutar de su tiempo con Vero como merecía. Porque la pelirroja podría haberla perdonado con todas las letras, pero no estaba segura de poder dar el siguiente paso en su no-relación.

De ser mucho más.

De serlo todo.

—Soy aro.

Con la cara manchada de chocolate, Carlos abrió muchísimo los ojos, boqueó cual pez fuera del agua (vaya dramas) y dejó el churro a medio comer sobre la servilleta.

No era un secreto, tenía un pin en algún cajón y su padre le había regalado una pulsera, no se escondía ni le costaba en absoluto usar esa etiqueta. Era bi y aro, todo junto, y quien tuviera un problema que volviera al agujero del que se hubiera escapado. Ese era su lema, o así había sido hasta que se dio cuenta de que Vero significaba mucho más, que le gustaba en serio y con todas las letras, y que le aterrorizaba que la rechazara. Y joder, de verdad le apetecía ser mucho más, llamarla *su novia*, fingir que le parecía un incordio («mi incordio favorito»), pasarse el día escuchándola hablar de sus *kdramas* favoritos, ayudándola con un guion o simplemente siendo su *groupie* cada vez que tuviera un partido.

Quería hacerlo todo con ella.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»?

—Te gusta, quieres salir con ella... Pues habladlo.

—Esto se te da fatal.

—Lo sé.

—Fatal nivel de pena.

Pero razón no le faltaba, todo se reducía a ser sincera, a abrirse en canal. Se echó hacia atrás, desvió la mirada hacia el edificio en el que Vero y Julia se estaban examinando y supo que no habría ningún consejo mágico, nada que le diera la respuesta a todos sus problemas, ni mucho menos la valentía para enfrentarse a ellos. Echó un vistazo al renacuajo, al final del día le había plantado cara a sus sentimientos y se había elegido a sí mismo, y lo pilló a punto de robarle media tostada.

Ni conversaciones intensas podían tener sin sus travesuras habituales.

—¡Ay!, ¡qué bestia eres!

—Pide tus propias tostadas, rata de dos patas.

Hablaría con Vero, decidió, metiéndose los restos de la tostada en la boca y enseñándole el dedo corazón a Carlos, que le sacó la lengua en respuesta. Apuró el resto del café para no ahogarse.

Hablaría con ella, le contaría cómo se sentía, lo que quería, y que la pelirroja decidiera si valía la pena. Esperaba que se tirara a sus brazos con un «bésame, tonta» o que le guiñara el ojo y le dijera «a mí también me gustas, Salgado», pero lo más probable era que su confesión derivara en una charla incómoda repleta de interrogantes. Porque no estaban en una comedia romántica ni en un libro con final de cuento, su historia no terminaría con un abrazo ni con un beso de peli ni mucho menos con un «paso a paso, rubia» y estaba bien, era normal, pero le entraba el pánico igual.

Sacó su móvil, la sonrisa de Vero le dio fuerzas.

Funcionaría, lo harían funcionar.



El primer día de selectividad no fue tan malo como lo pintaron. Julia tuvo suerte en el examen de Historia y de Lengua, pero dudaba con el de Inglés. Elena y Carlos estaban seguros de que había bordado los tres.

Vero se les unió unos minutos después, junto a Susana y Luna, esta última parecía al borde de un ataque de nervios, pese a que su entrevista, como les comentó después de tomarse una tila, había ido bien. Su presencia tranquilizó a Julia, que olvidó que todavía le quedaban dos días más de exámenes. Hablaron del futuro entre risas y sueños (im)posibles, del acto de graduación, que ese año sería especial, por la situación del curso anterior, y del pasado; de la vida que habían hecho y deshecho entre las paredes de ese internado.

Eran demasiados años para tomárselos a la ligera. Media vida.

—El primer día me perdí —confesó Luna, con la boquita pequeña y con el rosa tiñendo sus mejillas.

—Pues yo esa primera noche me pateé el edificio buscando pasadizos secretos.

—¡Carlos!

—¿Qué? Es un internado muy antiguo. ¡Me siento estafado! O me dan mis pasadizos secretos o pido una hoja de reclamaciones.

—¿En el acto de graduación? —metió baza Vero, para la desgracia de Susana y Elena.

—¡Donde haga falta! ¡Es una injusticia!

No tuvieron una conversación profunda, todos tenían parte de su mente en otro sitio, o en otras personas. Aun así, fue divertido no ser solo ellos tres. Ser un poquito menos miedosos. Que se lo hubieran dicho a la Elena de hacía unos meses, probablemente habría hecho una mueca de horror y se habría marchado muy digna de la habitación. Había llovido mucho desde entonces.

Su mirada coincidió con la de Vero, al otro lado de la mesa, y su mundo se detuvo justo cuando sintió que *alguien* le daba un toque a su pie por debajo de la mesa. Negó con la cabeza, escondió la sonrisa detrás de su vaso y Vero, la muy idiota, le guiñó el ojo.

Valía la pena.

Valía la pena entregarle su corazón en bandeja.

—Se dice que estás a cargo del acto de graduación, rubia.

—Qué va. Si estuviera a cargo, sería un baile temático y los profes no estarían invitados.

—¡Dilo, reina!

Hablaron de la graduación, de lo que se pondrían y Elena les contó, llevándose las manos a la cabeza, que el grupo de WhatsApp de la organización era un desastre en mayúsculas, y que odiaba a Héctor por arrastrarla a esa locura.

—Exagerada —le picó Vero.

Ella le sacó la lengua.

—¡Brindemos!

—¿Con refrescos? —se escandalizó Carlos—. Sois muy cutres.

Todos rieron a carcajadas. Luna le sujetó la cara a Julia para darle un beso en la mejilla y su hermana esbozó una sonrisa en respuesta. Vero alzó su vaso de tinto en alto, Susana hizo lo mismo con su botellita de agua y Carlos aprovechó el jaleo para robarle una patata frita del plato. Elena fingió no darse cuenta.

Brindaron porque estaban juntos, porque podían comerse el mundo si quisieran. Porque eran libres. Porque se sentían imparables. Luna y Vero se pelearon por la última croqueta de queso. Carlos siguió quejándose de la Gloriosa por su falta de pasadizos secretos y de aventuras increíbles. Elena desbloqueó el móvil y con un «¿tú y yo y esa telenovela de la que no paras de hablar?» se tiró de boca a la piscina. No era un «tenemos que hablar» pero se le acercaba. Vero le respondió con un «*kdramas*, Salgado» y supo que todo iría bien.

—Lena —la llamó Jul—, cuéntales lo que nos pasó en primero.

—Eso, eso, ¿qué os pasó en primero?

—Qué cotillas, por favor.

Estaban juntos, el resto no importaba.

Cambiaste el asunto de “LOS EFÍMEROS DE FILO” a “LOS EFÍMEROS”



NOS MERECEMOS MÁS

28 de junio, 2021

Era el final de una etapa, el principio de muchas más.

Para cumplir las medidas de seguridad, la graduación tuvo lugar en el patio trasero de la Gloriosa, la junta apenas puso dinero, así que todo quedó a cargo de los estudiantes, del club de teatro y del centro cívico, que no dudaron en poner su granito de arena, aunque fuera en forma de guirnaldas de luces, voluntarios y poco más. Se decidió que todos los alumnos podían invitar a dos personas de fuera.

Para la desgracia de Elena, el equipo de organización había optado por lo clásico y lo sencillo. No por voluntad propia, sino por exigencias de arriba y por falta de patrocinadores. Spotify con anuncios y un cáterin básico. Elena se quejó durante una semana. Muy fuerte. Morros incluidos. Ahora, al lado de Carlos, cuchicheando codo con codo, sonreía como si no hubiera despotricado contra la directora y la junta directiva durante horas.

Julia les hizo un gesto para que se acercaran. Con *Belong to my echo* de Ataraxia sonando a todo volumen desde los altavoces portátiles, Carlos hizo un gesto con la barbilla en dirección a la barra, y torció los labios al ver como un idiota metía las manos dentro de la fuente azul. Y así, sin más, se le quitaron las ganas.

Elena puso los ojos en blanco.

Iban conjuntados. El renacuajo llevaba unos pantalones de talle alto, zapatos de tacón y una camisa de mangas bombachas, maquillaje a juego. Elena, colgada de su brazo, vestía un mono rojo vino con la espalda al descubierto y unas plataformas que le hacían el doble de alta. En cuanto al peinado, un recogido simple, con rizos cayendo sobre sus hombros. Al igual que el maquillaje y la fiesta, había preferido lo sencillo.

Julia llevaba un vestido azul oscuro, también con la espalda al aire, pero con el pelo recogido en dos moños gemelos.

—Estamos rodeados de guarros.

—Esos se han fumado algo segurísimo.

Julia se colgó del otro brazo de Carlos, pasaron de largo de la zona de las bebidas y atravesaron la multitud con sendas sonrisas, dejaron que la música inundara sus sentidos (una *playlist* de lo más peculiar, todos habían metido un par de canciones y nadie se había preocupado de ordenarlas ni de hacer de filtro) y que el calor, cada vez más sofocante, a medida que junio daba paso a julio, quedara relegado a un segundo plano. Por suerte, habían colocado aspersores para refrescar el ambiente. En un principio, la junta se había negado en rotundo a contar con

alcohol en la fiesta, pero sabiendo que los estudiantes se las apañarían para colar alguna botella, cedieron. «Cervezas sin alcohol y máxima vigilancia». Ya habían pillado a más de un grupito con petacas, botellas térmicas y polo flas con sorpresa.

Elena consiguió dos refrescos, para Carlos y Julia, y una cerveza para ella.

—¿No hay cerveza para mí? —protestó Carlos; miró la Fanta de naranja como si le hubiera insultado en la cara.

—Tienes diecisiete.

—¿Y qué?

—Que no bajo mi responsabilidad.

Carlos hizo un puchero ligeramente molesto. Elena negó con la cabeza. Julia se mordió el labio divertida. Aun así, se las apañó para darle un sorbo al botellín de Elena y poner cara de asco, todo seguido. Más que bailar, hicieron el idiota, como si solo fueran ellos tres contra el mundo. Ninguno se lo tomó en serio, cada uno a su ritmo, tropezando unos con otros, pero fue divertido. A Julia le dolía la mandíbula de tanto sonreír, le lloraban los ojos y le molestaba el estómago por las risas. Sin embargo, en algún momento, entre la entrega de diplomas y el discurso de los ojeadores, acabaron separándose.

Elena se perdió en la multitud.

Carlos, de camino al escenario improvisado.

Por unos segundos, Julia se quedó sola en medio de la pista, rodeada de emociones. No tuvo miedo. Enseguida, alguien, con un traje de dos piezas rosa, con una sonrisa que debería de ser ilegal de lo bonita que era y el pelo de un intenso azul celeste, se interpuso en su camino y le ofreció, con toda la caballerosidad de antaño, un baile. «Solo un baile», susurró justo en su oreja, haciéndola suspirar de necesidad. Así era Luna, todo detalles, sonrisas ilegales y caricias inocentes que la dejaban pidiendo más, mucho más y sin saber muy bien qué era ese más.

—Estás guapísima —le dijo de sopetón, sacándole una sonrisa—. Siempre estás guapa, pero hoy muchísimo más.

—Son los dos moños, ¿a que sí?

—Es todo.

Julia se mordió el labio inferior y apartó por un segundo la mirada. Nunca terminaría de acostumbrarse a ser el centro de atención de alguien. Luna la miraba siempre como si fuera un regalo caído del cielo, con ese brillo en los ojos que le ponía la piel de gallina. Aunque la música no acompañara, ellas siguieron bailando pegadas, casi sin un centímetro entre ellas. Para Julia, estaba sonando *Enchanted* y no estaban rodeadas de gente, sino solas, en su habitación, tumbadas en el suelo con las manos entrelazadas soñando despiertas. O en el jardín buscando formas en las nubes o contando estrellas. Estaban bien así, a su ritmo, sin prisas, sin pausas. Eran ellas dos contra el mundo.

—Te depara un futuro brillante.

Julia sonrió divertida. Quizás sí. Quizás no.

—¿Me esperarás? —se le escapó bajito.

Luna había conseguido una beca para estudiar en la Escuela de Arte de Newcastle. En agosto, se trasladaría al colegio mayor donde le habían dado plaza, probablemente no pudieran verse hasta las fiestas, si tenían suerte. Julia no había querido darle muchas vueltas al asunto, pero ahora sentía que se asfixiaba, que algo se le agarraba dentro y que necesitaba exteriorizar su miedo, aunque solo fuera un poco, si no quería que le reventara.

Estaba asustada. Por primera vez, sentía que se ahogaba en sus propias emociones. Con sumo cuidado, como si Luna pudiera notar que se rompía, que estaba al borde de romperse, la agarró de la barbilla para que sus miradas colisionaran. En los ojos de Luna, brillantes por esa noche tan mágica, por la luz o por estar allí, a su lado, Julia percibió el mismo miedo.

—¿Y tú a mí?

—¿Quién no te esperaría a ti?

Luna besó sus labios con delicadeza, con una intensidad abrasadora.

—Siempre.



Era su principio, el que se merecía.

Como delegado del curso y representante de la junta directiva, Iván subió al escenario para dar el discursito de agradecimiento a los ojeadores y a las universidades adscritas al programa, despedir el curso y aceptar públicamente la beca. Todos los estudiantes becados habían recibido un correo con toda la información pertinente. Tenían hasta principios de julio para aceptar formalmente la beca y rellenar la matrícula. Por lo demás, ese acto tenía como fin entretener y dorarles la píldora a los ojeadores.

Fijarse en él fue inevitable.

En algún momento, Carlos se separó de sus amigas y cruzó el patio hasta el escenario. Ahí estaba Iván, con el pelo engominado, con una sonrisa de medio lado que podría reventar el mundo si quisiera y con un esmoquin de tres piezas.

Estaba para morir.

Iván vaciló un segundo cuando se puso delante del micrófono.

—Quería agradecerles personalmente esta oportunidad. Estudiar en una de las mejores universidades americanas, una de la *Ivy League*, ni más ni menos, es un sueño hecho realidad,

que no habría conseguido sin esta beca. Supongo que me la he ganado, que nos la hemos ganado a pulso. ¡Que se lo digan a mi expediente y a mi salud mental! Me rio ahora... Pero qué fuerte. También quería agradecer a la junta, a la directora Calderón de la Hoya, al centro y a mis amigos, sobre todo a ellos. Por confiar en mí. Por tenderme una mano siempre. Por estar. No sería quien soy hoy si no fuera por ustedes, para bien y para mal.

Iván cerró los ojos, respiró hondo y arrugó el papel que tenía.

—Este discurso debería ser más impersonal, más breve. Pueden leerlo luego en la página web. No se me dan muy bien las palabras, mis notas del móvil son la prueba, así que tendrán que disculparme si me repito, o si me enrolló... Gracias, gracias por todo. Por confiar en la Gloriosa. Por confiar en nosotros, en los estudiantes. Por mejorar cada año. Por abrir nuestras puertas al mundo.

»Ahora o nunca... Invertiré íntegramente mi beca para que se oferten más plazas becadadas para el próximo curso. Que otros críos, los que se quedaron a las puertas, tengan la oportunidad de estudiar aquí con todo pagado. La educación es un derecho. Quiero aportar mi granito de arena... Quiero... *Joder*. Mierda, lo siento. Voy a invertir parte de mi patrimonio para aumentar el presupuesto de becas. A mi madre le habría gustado.

El caos fue inmediato.

Carlos ahogó una exclamación, se llevó las dos manos a la cara.

—No voy a alargar esto más. Me tiembla la voz. Mis compañeros quieren celebrar el fin de curso, ¡adiós bachillerato de los huevos! ¡No somos nosotros, eres tú! Lo siento, papá, no quiero ser médico ni cirujano ni nada que se le parezca. Puedo salvar vidas de otra forma. Con el deporte. O tal vez estudiando veterinaria o algo relacionado. Yo que sé. ¡No sé lo que quiero y no pasa nada, somos unos críos!

Se tropezó con las palabras, con sueños imposibles al alcance de su mano.

—No quiero despertarme un día y descubrir que lo he perdido todo. Gracias, pero no. Paso. Me merezco más. Siento muchísimo este desplante, por favor, continuad con la fiesta. ¡Subid la música!

A Carlos se le iba a escapar el corazón por la boca.

Iván se mordió el labio inferior, sujetó con fuerza el micrófono, los nudillos blancos y el rostro sudoroso. Era como si no supiera qué más decir o como si acabara de comprender lo que había hecho y lo que eso significaba. Sonrió, estaba sonriendo y de verdad, sin restricciones, sin sombras.

Era él. Por fin.

Carlos trató de localizar al padre de Iván, pero fue incapaz de apartar la mirada del moreno. Era un faro en medio de ninguna parte. Era su ancla.

Podía verlo con otros ojos.

La directora subió al escenario, sonrió al público y le arrebató el micrófono para solucionar ese desplante.

El moreno bajó del escenario de un salto y miró a todas partes, evitando a propósito la zona donde podrían estar sus familiares. Alguien, Martín de Humanidades, quizás, se le acercó y le dio un abrazo, también África y Adrián. Incluso Maca. Sus amigos le estaban dando la enhorabuena.

Al final, Julia tenía razón.

Anoche, mientras despedían su estancia en la Gloriosa como quien renunciaba a su soltería, Carlos le habló de Iván, se sinceró con pelis Disney de fondo y recostado encima (o casi) de Elena. Lloró y no lloró. Maldijo a Iván, al señor Sierra, a Maca y a todo el mundo. «Es un cabrón». Julia, sin inmutarse, o quizás reteniendo todas sus emociones de golpe, le dijo que no todo era blanco ni negro, sino gris. Un arcoíris interminable de grises. Carlos no lo entendió. Elena les exigió silencio, mientras aseguraba su agarre en torno a su cintura.

En cuanto sus miradas colisionaron, todo encajó en su sitio.

Ya no estaban en medio de una pista de baile, en un patio repleto de alumnos.

—Lo siento muchísimo, Carlos. Lo siento tanto que...

Carlos sacudió la cabeza, entre divertido y cohibido.

—Yo sí que lo siento, por lo que te dije el otro día, me pasé. No eres un fraude.

—No, no.

—Te mereces más, te lo mereces todo.

A Iván le brillaban los ojos, temblaba aterrorizado.

—Pero ¿te merezco?

«Me merezco más, me lo merezco todo. Tú también».

Carlos sonrió sin restricciones, los dos lo hicieron. Ya nada más importaba. Ni las sombras que titilaban al fondo. Ni la música que sonaba a todo volumen. Ni los cuchicheos ni las habladurías. A la mierda el mundo, a la mierda todo. Iván le miraba como si fuera lo único que importaba, como si todo lo que hubiera hecho hasta ahora hubiera sido para esto, para estar frente a frente, para merecerlo. Para tener otra oportunidad. La primera, la última.

Iván tenía algo arrugado entre las manos.

—¿Eso es?

—Tu carta, tus bocetos.

—Mi carta.

—La he leído tanto y de tantas maneras. Dios, Carlos, ¿no te das cuenta? Tenías razón. ¿No lo ves? ¿No te das cuenta de lo que me has hecho, de lo que he hecho?

No, no se daba cuenta. O tal vez sí. Tampoco importaba. Carlos no había escrito esa carta para hacerle daño, sino para sanar las heridas de los dos, para poner un punto final a su no-historia de

amor.

Para seguir adelante.

Iván se guardó la carta en el bolsillo interior de la chaqueta, se pasó las manos por el pelo, para quitarse la gomina o porque necesitaba hacer algo, cualquier cosa, y se mordió el labio inferior. Carlos quiso agarrarle de la solapa de la chaqueta y estampar su boca con la suya, devorar sus labios como si no hubiera un mañana.

No fue capaz.

Estaba paralizado.

O quizás todavía esperaba que Iván le decepcionara.

—A la mierda —murmuró Iván. Carlos abrió la boca para protestar, para preguntarle qué le pasaba. No le dio esa opción. Iván clavó los dedos en su camisa roja, tiró de ella y devoró su boca como si esa noche fuera el fin del mundo—. A la mierda, a la mierda, a la mierda.

—A la mierda —repitió divertido contra su boca.

Los dos sonrieron, se perdieron en la boca del otro, ahora y siempre.

No hubo confesiones de amor.

Ni lágrimas agridulces.

Ni corazones rotos que sanaban de golpe.

Ni promesas de cuento de hadas.

Hubo más, mucho más.



Era su principio, lo demás no importaba.

Elena se situó estratégicamente en una zona apartada cerca de la mesa principal de las bebidas. Desde ahí, tenía una vista privilegiada de su hermana y Luna, que parecían estar en su burbuja de felicidad, ajenas al mundo, y del escenario, en el que se encontraba Iván a punto de dar su discurso de fin de curso.

Se había cruzado con él antes, mientras iba a por un refresco.

El chico estaba muerto de los nervios con unos papeles arrugados entre las manos. Se miraron fijamente durante unos segundos, con la coctelera entre ellos, y, después, como si hubieran tenido una conversación silenciosa, el moreno asintió. Elena arrugó la nariz desorientada, pero lo dejó marchar. ¿Para qué malgastar el tiempo?

Era una pena que su poder no fuera la telepatía. Aunque, pensándolo bien, menos mal que no lo era o le habría estallado la cabeza con tanto idiota.

Pudo ver a Vero acercándose hasta donde estaba ella y se sintió la tía más afortunada de la graduación. Porque esa sonrisa, la de medio lado, la de perdonavidas que le quedaba genial y que le pegaba más bien poco, se la estaba dedicando a ella.

«Respira, no nos dejes en ridículo».

Se obligó a no sonreír, más por costumbre que porque le diera cosa que se le quedara cara de idiota, y la sonrisa de Vero se acentuó aún más, un claro «a mí no me engañas, Salgado» que le puso la piel de gallina. Tenía el pelo naranja rojizo suelto, purpurina sobre el rostro, y sobre los brazos descubiertos, también un pantalón que le realzaba el culo y los muslos, así como un *body* verde brillante con un escote en forma de corazón. Estaba guapísima. ¿Y cuándo no lo estaba? Elena se sintió pequeña a su lado, a pesar de sacarle más de una cabeza con esas plataformas.

Debería haber escuchado a su hermana cuando le sugirió que fuera con un zapato más cómodo, que era alta sin necesidad de ayuda.

«Estás perfecta, no seas idiota».

—Eh, hola.

—Hola.

«Eres idiota».

—¿Quieres...? —Vero señaló la pista de baile, pero, antes de que Elena pudiera declinar o aceptar su oferta, la música se detuvo. El discurso de Iván recibió toda la atención—. Anda, jo, qué corte.

—Ya ves —se rio para quitarle importancia.

A Elena le daba igual que la voz de Iván les hubiera cortado el rollo, estaba bien con Vero a un paso de distancia; así podía detenerse a memorizar cada uno de sus detalles, perderse en ellos un millón de veces y fingir que el tiempo se había detenido para ellas, que eran ellas dos contra el mundo.

Vero era un lienzo colorido, un millón de fotos que nunca le harían justicia. Tenía más purpurina en la mejilla izquierda, sus ojos parecían dos esferas gigantes de luz gracias al maquillaje y el verde de su *body* pegaba con el tono de su piel. Se había echado brillo de labios, tenía las uñas comidas y estaba tan nerviosa como ella. Cada detalle importaba, cada detalle contaba una historia, cientos de historias.

Elena quería perderse en esas historias, formar parte de ellas.

—También podemos...

«Podemos correr y no mirar atrás».

«Podemos ir a donde tú quieras».

—También podemos, sí.

No se movieron. Siempre esperando que la otra hiciera su movimiento. Después de estar semanas hablando, después de *esa* conversación y del «me gustas muchísimo, Salgado, por mí,

nos lanzamos de cabeza. Quiero esto. Te quiero a ti», Elena se sintió fuera de lugar, pese a estar exactamente donde pertenecía.

Estaba donde quería estar, así de simple.

Pero, sin embargo, no sabía qué hacer o qué decir, todo se le quedaba atascado, a medias, como una foto emborronada, como un detalle que no encajaba del todo. Vero se mordió el labio inferior y echó un vistazo al escenario, con los ojos como platos y con la boca abierta.

Elena no quería perderse ni un solo gesto, ni una sola historia.

Pero quizás debería prestar atención al discurso, solo un poco.

—No quiero despertarme un día y descubrir que lo he perdido todo. Me merezco más.

«Madre mía».

Nunca pensó que ese cruce de miradas, que esa conversación unidireccional derivara a esto. Elena quiso cruzar la pista de baile en busca de Carlos para sacarlo de allí, para empujarlo hasta Iván. «Para, detente». De todos modos, fue revelador. Sus palabras, también su tono de voz, su miedo, su determinación, la incertidumbre. El riesgo.

Era el empujoncito que sabía que necesitaba.

—Vero.

No quería vivir constantemente en los *y si*, quería arriesgarse, tomar de la mano a la pelirroja, disculparse una y mil veces, y salir corriendo con ella sin mirar atrás. Quería intentarlo, pero esta vez en serio, sin escudos de por medio, ni engaños, con la verdad por delante, con el corazón en bandeja. Quería gritar «somos novias» y dejar de vivir en los escenarios catastróficos que se formaban en su cabeza.

—Rubia.

Vero quería estar con ella.

Vero quería arriesgarse por ella.

El «me gustas mucho» y «quiero tirarme de cabeza contigo» brillaban en sus ojos. Tenían un verano por delante, toda la vida si querían.

—Quiero bailar contigo.

«Quiero besarte todas las mañanas».

«Quiero perderme en tu cuerpo».

«Quiero tomarte de la mano y devorar el mundo a tu lado».

«Quiero quererte, quiero probar suerte».

—Y yo, yo también quiero.

«Quiero, quiero, quiero, *queremos*».

Fue ella quien le tendió la mano, pero fue Vero la que la arrastró hasta el centro de la pista para perderse entre la multitud, para encontrarse una y un millón de veces más. Bailaron sin música, con el mundo a sus pies. Bailaron como si toda la atención descansara sobre ellas, como

si tuvieran el control. Porque lo tenían, por un segundo, solo por un segundo, era así. Mañana sería otro día. Mañana vendrían las despedidas, los *hasta luego*, las promesas de futuro. Los planes. Mañana comenzaría otra etapa, una mejor, una peor. Mañana sería mañana, esa noche, en cambio, les pertenecía a ellas.

—Me gustas mucho, pelirroja.

Vero le pasó los brazos por el cuello y se puso de puntillas para alcanzar sus labios.

—Y a mí, rubia. A mí me encantas.

Esa noche era suya, nadie se la arrebataría.

Era una noche efímera, una que se le escapaba de entre los dedos.

No importaba.

«¿Acaso la vida no es efímera?».



SOMOS EFÍMEROS

12 de julio, 2021

Hacía casi un año de la última vez que visitó a Sofi.

Era la primera vez en mucho tiempo que iba acompañado. Desde los trece, había ido solo al cementerio y había permanecido junto a su tumba, con unas margaritas y un cuento al azar, por lo menos un par de horas.

A veces, hablaba con su hermana, le contaba cómo iba todo por casa o en la escuela, si había algún chico que le llamaba la atención. O si, por el contrario, la situación (sus poderes, eso que ambos podrían haber compartido si las cosas hubieran sido distintas) le superaba. Había llorado allí, a moco tendido, con el pecho descubierto y con el alma a los pies. Había llorado tanto y tantas veces que había temido el día que no le quedaran más lágrimas que derramar, que el dolor se le agarrara tan fuerte que nunca más le soltara. Y otras, la mayoría, permanecía callado, sumido en sus pensamientos, antes de leer su cuento favorito o uno nuevo.

El año pasado fue difícil, no solo por el confinamiento, sino por todo.

Este año era diferente, todo lo era.

No hubo cuentos de hadas ni confesiones muy elaboradas. Fue allí con intención de liberar su alma, de aceptar por fin que no tuvo la culpa de lo que ocurrió esa noche y que no estaba solo, que nunca lo estuvo. También que su poder, que las sombras que corrían por sus venas, que abrazaban su alma y acariciaban su piel, era parte de él, de la misma forma que había sido parte de su hermana, solo que ella no había estado preparada para sobrellevarlo. Porque ni él ni su madre se percataron de lo que pasaba hasta que fue demasiado tarde.

Se había encerrado en su propia burbuja de autocompasión, solo él se había culpado de lo sucedido, solo él creía que estaba condenado a perderse en las sombras.

Había hablado con su madre esa mañana, entre lágrimas y mocos; se había abierto en canal y los dos se habían roto en los brazos del otro. Fue liberador. No más mentiras, no más secretos y no más medias verdades. Nunca más. Se recuperarían, lo harían juntos. Ahora era el turno de hacer lo mismo con sus amigas, con esas chicas que habían aparecido y se le habían metido bajo la piel; habían escarbado tanto, y tan hondo, que al final tuvo que dejarles un sitio en su corazón. Ellas estaban ahí para quedarse, merecían la verdad tanto como él romper las cadenas que lo oprimían.

Elena le dio un leve apretón en la mano. Julia le sonrió para darle fuerzas.

No fue hasta que estuvieron frente a la tumba de Sofi cuando Carlos se permitió respirar aliviado. No más secretos. Pasó la mano por encima de la lápida, repasó cada letra con la yema

de los dedos y dejó las flores con cuidado, asegurándose de que todos los pétalos estuvieran perfectos, que todo estuviera como debería estar.

—Chicas, os presento a la peque de la familia, Sofi.

Elena y Julia, que permanecieron un paso por detrás, para darle privacidad o porque no terminaban de entender qué estaba pasando, acabaron acucilladas a su lado. Siempre era así. Él siempre estaba en medio. Como si ellas hubieran decidido adoptarlo bajo su ala.

Fue Julia la primera en romper el silencio.

—Es un placer, Sofi. Tu hermano es un encanto de niño.

—Mentira cochina —interrumpió Elena, con un brillo divertido en los ojos y un amago de sonrisa. Se toqueteó el pelo, nerviosa, todavía acostumbrándose a llevarlo tan corto, por encima del hombro, más rizado que ondulado—. Tu hermano es un renacuajo impertinente, pero un renacuajo al que se le acaba cogiendo cariño, ¿quién me lo iba a decir?

Carlos enrojeció hasta la punta de las orejas.

—¡Lena, no digas palabrotas!

—¡Pero si no he dicho ninguna!

«No estoy solo, hermanita, ¿lo ves? Míralas, son maravillosas».

Él quería decir muchas cosas, pero las lágrimas, toda la angustia que llevaba dentro se le atascaba en la garganta. Julia le pasó un brazo por encima del hombro y le abrazó con fuerza. Carlos se aferró a su amiga; olía a canela y a naranja, también a hogar y a seguridad. Elena recogió las flores muertas, que él había dejado a un lado y las guardó para tirarlas luego. Después, le pasó la mano por el pelo y le dio un beso en la mejilla. Así estuvieron un rato, en un silencio repleto de preguntas y de promesas, de verdades sin contar y de secretos a punto de explotar.

Carlos cerró los ojos, saboreó el momento de paz.

—Tengo que contaros una cosa. —Lo que le llevó a tener siempre miedo y a llamar la atención, a existir a toda costa, *todo*. Se aferró a ellas con fuerza, no quería que le soltaran, perder el ancla que ahora representaban para él—. Mi hermana desapareció cuando yo tenía ocho años. Pasó de sopetón. Ella me dijo... Me habló de sombras, de susurros en la oscuridad, de una niña hecha de sombras. No le hice caso, pensé...

»Esa noche desapareció, la oí gritar y la ignoré. Era muy asustadiza, pensé que había tenido una pesadilla. Más tarde, supe que teníamos algo en común, que nunca mintió. Nunca vi a una niña, pero sí a un chico. Mi sombra. Las sombras no estaban escondidas, como ella daba a entender, sino en nuestro interior, eran parte de nosotros. En ese momento, pensé que venían a por mí, que querían devorarme. Ahora sé que no es así, que las sombras son parte de mí, que yo soy las sombras. Tengo que aceptarlo. Lo estoy aceptando.

Notaba el rostro húmedo, frío.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que Julia le limpió las mejillas y Elena le clavó las uñas en la piel expuesta del brazo. Estaban ahí. Igual que las sombras, en la yema de los dedos, y la Muerte en el alma de su amiga. En el cementerio. En todas partes. Eran receptores, portadores de un poder inimaginable y estaban cansados de tener miedo.

Se preguntó si Julia percibiría que allí los poderes de sus amigos se acentuaban, se expandían y ahogaban todo a su paso. Y si se sentiría igual de poderosa.

No eran víctimas de las circunstancias.

Nadie tenía que serlo.

Pero el mundo no estaba listo para descubrir la existencia de personas con habilidades especiales, por muy humanos que fueran y por muy pocas malas intenciones que tuvieran.

—Mi madre nunca supo lo que pasó. Estaba de guardia esa noche. Se volvió loca buscando a mi hermana, movió tierra y cielo para que la encontraran. Invertió muchísimo dinero, pero tuvo que rendirse, tenía a otro crío al que cuidar, alguien que la necesitaba al cien por cien y no al diez o al quince.

—Joder, lo siento mucho —musitó Elena, Julia asintió a su lado.

Él sacudió la cabeza.

—Nunca volvió a ser la misma. Os mentí —dijo de sopetón, como quien se quitaba una tirita de golpe para que el dolor fuera más fácil de digerir. No lo fue—. Nunca supo de nuestros poderes. No quería asustarla. No quería que me culpara, que pensara que era... Hoy se lo conté todo.

Carlos se calló. Ya lo había dicho, lo había dicho todo con esas palabras.

Sin embargo, ni Julia ni Elena reaccionaron.

—Nunca hubo una cura. Mi madre no colabora con ningún laboratorio. Mentí. Estaba desesperado. No quería desaparecer. Quería existir a toda costa, a cualquier precio. Me aferré a la vida con uñas y dientes, acepté cualquier migaja con tal... Qué imbécil he sido. Qué egoísta. Siento no habérselo contado antes, haberme metido en vuestras vidas con falsas promesas. Siento ser un fraude. No quería estar solo.

No podía más, las palabras se le atascaban y las lágrimas le asfixiaban.

Elena y Julia lo abrazaron con más fuerza, se aferraron a él.

—Lo siento muchísimo. Siento que pensarais que había una cura, que podríais... Quería ayudar. Quería muchísimas cosas, soy una mierda de persona.

Julia sacudió la cabeza, lagrimones dibujando surcos en sus mejillas.

—No, no digas eso. Nos has ayudado un montón, ¡ya no necesito estar todo el día con los auriculares puestos! Y he aprendido mucho sobre mis poderes, conozco mis límites gracias a ti.

Carlos se mordió el interior de la mejilla.

Elena asintió con efusividad, un brillo desquiciado en sus ojos grises.

—No seas idiota, renacuajo. No estaríamos aquí hoy si no fuera por ti.

—Pero... —hipó desconsolado, con la cara llena de mocos y de lágrimas, de miedos y de esperanzas. Efímero, todo era efímero, incluso ese momento—. Tendría que haberlo contado antes. Sois mis amigas. Soy un falso. Un hipócrita.

Julia negó con la cabeza.

Elena le apartó el pelo de la cara, le limpió las mejillas y sonrió con ternura.

—Cada persona tiene su ritmo, canijo. Nunca te sientas obligado a contar las cosas, a abrirte en canal solo porque alguien lo haga. Tú a tu ritmo, sin prisas. Nosotras estamos aquí y no vamos a irnos a ninguna parte.

—Os mentí —repitió.

—Te oímos la primera vez.

—Tendríais que estar enfadadas.

Elena se encogió de hombros.

—La cura ya no importa —respondió Julia, después arrugó la nariz, porque tampoco era así—. O quizás sí, pero ya da más igual. Has estado a nuestro lado desde el principio, nos has ayudado a comprender nuestros poderes. Nos has hecho mucho bien. Tú, Luna, nuestra terapeuta...

Elena asintió de acuerdo.

—Nos has hecho ver que no debemos ocultarnos, que no pasa nada por confiar, que debemos vivir como el resto. Que tenemos los mismos derechos. Que somos iguales.

—¿En serio? —se sorprendió, se sorbió los mocos y miró a las dos con los ojos muy abiertos y con el miedo en un segundo plano—. Yo creía... ¡Sois vosotras las que me habéis ayudado a aceptarme, a sentirme en casa, a no tener miedo!

—Tal vez.

—O tal vez, al final, solo dependía de nosotros mismos crecer y aceptarnos, abrírnos al mundo. Solo nosotros podemos ser nosotros mismos —opinó Julia, antes de echarse a reír, como si en lugar de decir una verdad como un templo hubiera contado un chiste—. ¿Importa? Estamos aquí y seguiremos aquí.

«Estamos aquí y seguiremos aquí».

—Somos como una gota en el océano. Efímeros.

—Somos efímeros, sí.

—Qué filosóficos nos estamos poniendo sin nada en el estómago, eh —bromeó Elena, entre divertida y enternecida—. El de filo estaría orgulloso.

Los tres rieron.

Pero era cierto, pensó Carlos, mientras se ponían en pie, al final no dependía del resto, sino de uno mismo. Miró a Sofía una vez más, sonrió por fin, sin restricciones, sin miedo, sin preocupaciones. Eran libres, o todo lo libres que podían ser. No más mentiras, no más medias

verdades y no más secretos, no entre ellos, solo un abanico infinito de posibilidades. No estaba solo, no se sentía solo. Tenía miedo del mañana, pero era un miedo distinto, uno que le hacía cosquillas en la boca del estómago, que le sacaba una sonrisa y que le hacía querer comerse el mundo cogido de la mano de sus amigas, de su madre, de Iván, del tonto y adorable de Iván.

Era un miedo saludable.

—¿Un helado?

—A mí me apetece un *smoothie*.

—¿Y tú qué, renacuajo?

Tal vez un día el mundo les abriera las puertas a los que eran como ellos.

Tal vez un día apareciera una cura.

—Me da igual.

Elena bufó en respuesta.

Nada de eso importaba, ya lidiarían con lo que se avecinara más adelante. Julia sugirió ir a una heladería que habían abierto en el Vial hacía poco y Elena protestó medio en broma, medio en serio, de que le apetecía cero andar con ese calor.

—Pillemos el nueve.

—En la página pone que le queden tres minutos.

—¡A correr!

—¡Elena!

—¡Espabilad, que no pienso esperaros!

Nada importaba excepto el verano que les deparaba, uno repleto de posibilidades; de aceptación, de cambios constantes, de luchas interiores, de sonrisas tontas, de lágrimas de felicidad y de conversaciones absurdas a las tantas de la madrugada. Carlos agarró a Julia de la mano y cruzaron el cementerio, casi pisándole los talones a Elena, con sonrisas gemelas.

Sería un verano de fotografías mal enfocadas, de dibujos a medio acabar, de besos con sabor a helado, de caricias infinitas, de manos entrelazadas, de calor sofocante, de sábanas deshechas, de noches sin fin, de playas infinitas y de sueños, de muchísimos sueños. Era el verano de sus vidas, el primero, pero no el último.

Estaban juntos, el resto no podría importarle menos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Escribí el primer borrador en el verano de 2020. Desde entonces ha pasado por numerosas correcciones y manos. En mayo de 2023, recuperé el manuscrito, luego de varios rechazos y algún *casi*, y dije «se acabó, esta historia va a ver la luz sí o sí», pero nunca imaginé que después de publicarlo en Wattpad, me embarcaría en esta locura llamada autopublicación.

Gracias Raquel por darme ese empujoncito que no sabía que necesitaba, si no fuera por ti, no estaría escribiendo estos agradecimientos. Y gracias Rebe, no solo por resolver todas mis dudas —y aguantarme, soy muy pesada, lo sé, lo siento—, y hacer que esta historia sea el triple de bonita, sino también por estar ahí desde el principio. Sin ti, los efímeros no serían lo que son. Fuiste la primera persona en conocer a Elena, Julia y a Carlos. Reíste con ellos, lloraste con la carta de Carlos y me ayudaste a pulir la historia y a profundizar en todo aquello que se quedaba a medio camino.

Por ti y tus recomendaciones, son lo que son. Gracias por estar ahí siempre.

Gracias Carly, por ser *Team Ivarlos* hasta el final y por tu mini *fic* de Luna y Julia.

Gracias Mónica, creíste en mí desde el principio y le diste a los efímeros la portada más bonita del mundo. Y las mejores ilustraciones. Aunque no te guste oírlo, te quiero mucho y ojalá me dejaras demostrártelo más a menudo. No, tus mordiscos no son muestras de cariño.

Gracias también a las chicas de Telegram (Mar, Darkwake, Anne, Clau, María, Lau...). Por estar ahí. Por ayudarme a que los *posts* de los efímeros se movieran (¡maldito Twitter!). Por gritar conmigo. Por apoyarme en esta locura. Gracias especialmente a María, por ser la mejor compi de escritura que podía pedir y por aguantar todas mis quejas, e idas de olla.

Gracias a todas las personas que le dieron una oportunidad a esta historia en Wattpad (Elena, Rafi, Alice, Vanta...), y a todas las que le habéis dado una oportunidad ahora. Sigo alucinando con el recibimiento en redes, con las palabras de ánimos y vuestros «me voy a pillar el libro en cuanto salga». Es alucinante. Sigo sin gestionar. Sí soy.

Gracias también a mis padres, porque no serán las personas más expresivas del mundo, pero sé que puedo contar con ellos en cada locura que se me pase por la cabeza. Y gracias también a María (mi mujer), tus abrazos siempre me dan paz y me recargan las energías. Te quiero muchísimo. Esta historia también es tuya.

Gracias. Gracias. Gracias.

SOBRE LA AUTORA

Noelia Martín Luna (Córdoba, 1997). Escritora y opositora desastre. Juntaletras desde bien pequeña, utilizaba el ordenador de su padre cuando no estaba en casa e imprimía todo lo que escribía. Ha dedicado muchos años al *fanfiction*, con el que se hizo un hueco en el mundo de la escritura. En 2019, con una mención de honor en *Érase otra vez*, apostó por la autopublicación. Tiene hasta la fecha tres relatos publicados y dos novelas en Wattpad: *El fuego que consume nuestra alma* (2022) y *Somos efímeros* (2023).

En 2023, se unió a VIMART, asociación que reúne a todos los artistas y artesanos de Córdoba.

En 2024, dio un paso más en su carrera literaria y autopublicó una versión corregida y ampliada de *Somos efímeros*.

¿QUIÉRES SABER MÁS?



